un corazón

EN ALQUILER

MARTINA LEIVA



un corazón

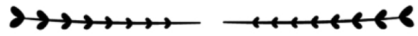


Primera edición.
Un corazón en alquiler
©Martina Leiva
©abril, 2026
©Imágenes por Freepik
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo

Capítulo 1



Nuria

—*Y mírame a la cara, y dime si me quieres todavía…*

—Ya estamos con el hilo musical puesto.

—¿Qué te importa a ti que yo cante?

—Mamá, hija, que ya mismo tenemos aquí la Semana Santa y las ferias y, como se estropee el tiempo, ya sabemos a quién le van a echar la culpa.

—Desde luego, Nuria, no la hay más desagradable que tú.

—¿Desagradable? Lo que es desagradable es escucharte cantar desde tan temprano. Cambia el repertorio, por lo menos, hija.

—*Me prometo no olvidarme, de todos los días malos…*

Así era mi madre, ella siempre había ido a su bola, pero, para que lo entendáis, será mejor que os empiece contando todo desde el principio…

Mi nombre es Nuria, y tengo veinticuatro años. Soy estudiante de doble grado de Derecho y ADE, y con muy buenas notas, la verdad.

Desde siempre, solo hemos sido mi madre y yo, ya que era madre soltera. Mi madre, se enamoró como una loca de un chico alemán, que estaba de Erasmus en mi ciudad y se quedó embarazada de mí.

Cuando se lo dijo al chico, le faltó tiempo para coger el primer avión a Múnich, que era el lugar de donde venía. Básicamente, la dejó tirada como una colilla. Donde mis abuelos, típicos ancianos chapados a la antigua, que veían el embarazo como una mancha a su honor, le pusieron las maletitas en la puerta.

Ella, para no avergonzar más a sus padres, no dudó en cambiar de ciudad, y se vino al sur, dejando su Madrid natal.

Trabajó en todo lo que le salía, su único fin era sacarme adelante. Lo mismo limpiaba casas, que fregaba escaleras, que trabajaba de camarera… Lo que importaba era llevar un sueldo a casa.

Al principio, vivíamos en una habitación de alquiler, hasta que, la señora que nos tenía alquilada esa estancia cayó enferma y necesitó de una persona veinticuatro horas a su lado.

Ese fue el punto de inflexión en nuestras vidas, pues mi madre, dejó todos sus trabajos para dedicarse a ella, que no tenía familia, a cambio de un sueldo que al final, fue lo de menos.

Cuando la señora Rosa murió, teniendo yo siete años, le legó a mi madre todo lo que tenía, que no era una gran herencia, si es lo que estáis pensando, pero a nosotras nos solucionó la vida.

Nos dejó el techo en el que vivíamos y un dinerito en la cuenta que nos sirvió para seguir adelante durante unos meses.

Al final, decidimos continuar con la misma actividad que tenía ella con la casa, que no era otra que alquilar habitaciones, pues teníamos de sobra.

La casa estaba en un barrio céntrico de la ciudad, y a cinco minutos de la universidad. Contaba con cinco habitaciones, dos baños y una terraza preciosa con vistas al mar.

Mi madre y yo compartíamos una de las habitaciones, la que tenía el baño incluido. El otro baño era para uso de los inquilinos. La cocina era enorme, por lo que contábamos con dos neveras, una para ellos y otra para nosotras, pues su uso era comunitario.

Lo único que cambiamos fue que, en vez de alquilarlas por temporadas largas, como hacía la señora Rosa, nosotros se las alquilábamos a estudiantes de intercambio.

—¿Otra vez tenemos inquilinos nuevos? —preguntó María, nuestra vecina.

—Sí, hija, americanos esta vez —dijo mi madre.

—¿No has escuchado el repertorio de cante mientras limpiaba? —pregunté a María.

—Ya va a empezar la niña desaborida esta. Pues no parece que la que es de Madrid sea ella.

Me encantaba picar a mi madre de esa manera. No es que a mí no me gustara una fiesta, que lo hacía, y mucho, como cualquier persona de mi edad, supongo.

Lo que me pasa es que mi madre cantaba peor que mal, pero ella se pensaba que era la Jurado cantando. Cogía el palo de la escoba y mientras barría, se ponía como la que está dando un concierto, usándolo de micrófono.

Si yo me había llevado toda la noche estudiando, como era en esta ocasión, que estuve hasta las cinco, que te despierten a las ocho con un sonido como si le estuvieran pisando el rabo a un gato, pues no es nada agradable, la verdad.

Nuestra relación no era como la de una madre y una hija, sino más bien como la de dos amigas. Nos lo contábamos todo, y no había sido dos ni tres veces las que se había venido de fiesta con mi pandilla.

Daniela y Carla, mis amigas íntimas, la adoraban. Decían que a toda chica le gustaría tener una madre como la mía.

Carmen, mi madre, tenía cuarenta y cuatro años, pero aparentaba muchos menos. Era guapísima, pues tenía un pelo negro azabache y unos ojos verdes que llamaban la atención.

Yo, en cambio, no parecía andaluza. Mi pelo era rubio, casi blanco, y lo único que había sacado de ella era el color de ojos. Y la constitución de su cuerpo, que usábamos la misma talla.

Fui a cambiarme para ir a la universidad, pero escuchaba a las dos, a mi madre y a María hablando en la cocina, y me hizo mucha gracia la conversación.

—Ay, Carmela, que tu hija cualquier día se enamora de un guiri y se larga de aquí.

—¿Qué dices, loca?

—Hija, que le metes a la tentación en casa, y algunos están para coger pan y mojar.

—Mi hija, jamás, se enamorará de un extranjero, ya tiene la experiencia de lo que ocurre. Mucho menos, se va a largar de aquí, que se vive en la gloria.

—La experiencia no la tiene ella, la tienes tú.

—Y yo, se la he compartido.

—¡Qué no! Por mucho que te empeñes, su vida es suya y tiene que vivirla como le dé la gana.

—Por supuesto, como si yo la coaccionara en algo, vamos.

Salí de mi habitación, pero, antes de marcharme para la universidad, pasé por la cocina para prepararme un bocadillo, que la economía no me daba para ir gastando en la cafetería.

—¿Ya te marchas? —dijo mi madre.

—Sí, os dejo que sigáis despotricando sobre mí.

—No estábamos despotricando, le estaba abriendo los ojos a tu madre —dijo María, indignada.

—Podéis decir y hablar lo que queráis, al final, el destino será el encargado de ponerme al amor delante de mis ojos, o no.

Le di un beso a cada una, porque para mí, María era como una tía, y la quería muchísimo. No tenía mucha más edad que mi madre, aunque ella no decía nunca los años que tenía.

En su cumpleaños, la vela que adornaba la tarta era una interrogación. Me partía con ella, porque no podía tener más arte.

María tenía un hijo de once años, y estaba divorciada. Después de toda una vida con su marido, pues estaban juntos desde que tenían, trece años ella y quince él, lo encontró en la cama con su propia hermana.

Él se marchó con su cuñada cuando el niño tenía cinco años, y no lo había vuelto a ver. No se ocupaba de su hijo para nada y cuando se lo reclamaba, siempre decía que ahora tenía otra familia que atender, ya que había tenido otro hijo con su cuñada.

María era una luchadora nata, al igual que mi madre, y trabajaba como dependienta en un centro comercial.

Normalmente tenía el mismo horario de colegio del niño, pero cuando tenía que hacer turno ampliado o el niño estaba de vacaciones, éramos nosotras las que nos quedábamos a su cuidado.

Se venía muchas veces a la playa conmigo, que lo tenía como si fuera mi hermano pequeño, o un primo cercano. De hecho, Saúl, que así se llama el hijo de María, era el único que no me llamaba por mi nombre, sino que se dirigía a mí como "su tata".

Había quedado con Daniela en la puerta de la facultad, pues tenía que entregarle unos apuntes del día anterior. Mi amiga, además de estudiar, trabajaba de azafata en algunos eventos, y el día anterior tenía faena.

—No sé qué haría sin ti, amor de mis amores.

—Déjate de tonterías, sabes que no me cuesta trabajo.

—El trabajo de ayer me vino como agua de mayo.

—¿Te lo pagaron bien?

—Cómo siempre, pero es que teníamos un recibo de la luz pendiente y estaba viendo que nos la iban a cortar.

—De verdad, tía, ya no sé cómo decirte que, cuando te ocurran estas cosas, me lo digas.

—Y yo ya no sé en qué idioma contestarte que me da vergüenza ir aireando mis problemas.

—Pero es que eso no es ir aireando nada, Daniela, somos amigas, no voy a poner un cártel en la puerta con tu número para que la gente te haga Bizum.

—Ya lo sé, pero… es complicado. Anda vamos dentro que te invito a un refresco, que el profesor de primera hora no ha venido hoy.

—¡Vaya novedad!

El profesor que impartía las clases de Economía, que era la que nos tocaba ese día a primera hora, tenía más años que un bosque y por una cosa o por otra, siempre se saltaba una o dos clases a la semana.

Los rumores decían que se jubilaba ese semestre, pero eso llevábamos escuchándolo más de dos años, y siempre volvía.

Entramos en la cafetería, y nos dimos de frente con Alex, un chico de nuestra clase que tenía a todas mis compañeras locas, en especial a Daniela, y con el que tenía mucha confianza.

—Míralo, no puede ser más guapo, el Cabrini.

—Pues, te prometo que no sé qué le veis. Sí, no voy a decir que no sea guapo, pero creo que tampoco es para tanto.

—Eso es porque tú lo tienes ya muy visto.

—Será eso…

Alex y yo nos conocíamos de toda la vida. Habíamos vivido en el mismo barrio y habíamos ido al mismo colegio, hasta que su madre tuvo un golpe de suerte y cogió un buen pellizco en la primitiva.

Desde ese momento, se pensaba que era de la aristocracia andaluza. No él, que seguía siendo el mismo chaval de siempre, sino su madre.

¡Madre del Amor Hermoso! No se podía tener más rollo que ella. Se mudó de barrio, y se marchó a vivir a uno en la zona más cara de la ciudad.

Siempre iba vestida de firma. Cuando la veía, no podía evitar acordarme de las palabras de mi madre.

—Esta, yo creo que hasta los preservativos los usa del Dior ese.

—Mamá, hija, te voy a tener que hacer un diccionario comercial, porque todas las firmas las cambias.

—Bueno, pero tú me has entendido.

—Claro que sí. En pocas palabras, que esta mujer es más tonta que masticar agua.

Cuando se lo conté a Daniela, se tiraba al suelo de la risa y, a partir de entonces, en cada ocasión que nos hemos cruzado con ella, nos acordábamos de eso, y nos partíamos de risa.

—Venga, anda, vamos a sentarnos con el hijo de la del agua.

—No, por favor, que vergüenza.

—Pues, con la vergüenza no te lo vas a ligar. Tú, déjame a mí.

Me acerqué a la mesa en la que estaba sentado con sus amigos, y me puse detrás, tapándole los ojos.

—Tan solo te diré que es una de las tías que está más buena de la facultad, y no es Daniela —dijo uno de sus amigos.

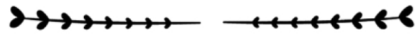
—Vaya por Dios, con esa descripción, ya sabe que soy yo, chico —contesté.

No es que me lo tuviera creído, ni mucho menos, lo que ocurría es que me encantaba seguirle el juego. Yo me consideraba una más de ellos, e incluso podría decir que tenía más *feeling* con los chicos que con las chicas.

Eso es algo que no entendía. ¿Por qué las mujeres, en vez de apoyarnos unas a otras, nos tiramos por tierra?

Pues lo sentía, pero yo no era así, y no lo iba a ser en mi vida.

Capítulo 2



Liam

Llevaba tiempo pensando en cambiar de aires. Un problema con una alumna de mi facultad me había llevado a no estar a gusto en mi trabajo.

Mi nombre es Liam, y tengo treinta y seis años. Trabajo impartiendo clases de económicas en la universidad de Standford desde que terminé mi carrera.

Lo hice graduándome con honores y cuando la terminé, fueron muchas las ofertas de trabajo que tenía sobre la mesa.

Nunca había sido de encerrarme en el despacho de una oficina, sino que me había atraído mucho más la posibilidad de interactuar con las personas, por lo que, dar clases era mi máximo sueño.

Por mi edad, además de por mi físico, porque, aunque esté feo que yo lo diga, era bastante atractivo, causé sensación en cuanto me presenté el primer día.

Siempre había sabido mantener las distancias con mis alumnas, eso no hace falta que lo diga, pero, en un momento determinado, y como humano que soy, me acerqué demasiado a una de ellas.

Aida era una alumna ejemplar, pero en cuestión de semanas, su rendimiento había bajado muchísimo.

Era de ascendencia venezolana, pero llevaba en California muchísimo tiempo, ya que, cuando llegó, apenas contaba con diez años.

Me contó que sus padres querían volver a su país, que ya tenían suficiente dinero ahorrado como para emprender un negocio allí, cerca de los suyos.

Si ella se quedaba, tendría que dejar de estudiar, puesto que tendría que buscar un trabajo con el que poder subsistir.

Pensé que sería una pena que tuviera que abandonar sus estudios por culpa del dinero, con las notas tan buenas y el futuro tan bonito que tendría si seguía estudiando.

No me lo pensé, y fui a hablar con el decano de la facultad. Le expliqué su situación, mostrándole las calificaciones de sus últimos exámenes. Después de darle muchas vueltas, conseguimos que la junta le ofreciera una beca completa.

Una vez que solucionamos eso, quedaba el tema del alojamiento. Mi casa era bastante grande, por lo que podría ofrecerle una habitación.

—No puedo aceptarlo, señor Jackson, de verdad que no.

—Es lo que debo hacer, Aida. Me sentiría muy mal si no hiciera nada para impedir que abandones la universidad.

—Con la beca, ya ha hecho más que suficiente.

—Mira, vamos a hacer una cosa, así no sentirás que es caridad lo que te ofrezco. ¿Qué te parece si ponemos un precio simbólico de alquiler?

—Me parece bien, pero que no sea simbólico, por favor.

—No te pienso cobrar más de cien dólares. A mí, afortunadamente, no me hace falta el dinero.

—Bueno, acepto esa cantidad si compartimos las facturas de los suministros.

—Hecho.

Aida se mudó a mi casa esa misma semana, y sus padres se quedaron muchísimo más tranquilos. Ya podían volver sin que sobre sus conciencias pesara el hecho de dejar a su hija desprotegida.

Ese fue el mayor error que cometí en mi vida, porque se convirtió en un acoso y derribo, confundiendo mi amabilidad y buen corazón con algo que ni siquiera se parecía.

—¿A qué hora vas a volver?

—Aida, ni eres mi madre, ni eres mi pareja, no tengo que darte explicaciones de lo que hago con mi vida, como tampoco te las he pedido nunca.

—No digas tonterías, Liam, vivimos juntos y tengo claro que, si no te has metido ya en mi cama, es porque estás esperando a que no tengamos ninguna relación como profesor y alumna.

—¿Cuándo he dicho yo algo así?

—No hacen falta palabras, Liam, hay miradas que dicen mucho más.

Salí de mi propia casa por no hacer una locura. Por supuesto que, como hombre, si salía del baño con una toalla minúscula tapando su cuerpo, pues miraba, pero de ahí a que me quisiera acostar con ella, iba un mundo.

El problema llegó unas semanas después, cuando los cuchicheos se escuchaban a mi paso por los pasillos de la universidad.

Al parecer, ella había ido difundiendo por toda la facultad, que estábamos juntos, que, incluso vivíamos juntos, y que no quería escuchar un solo comentario sobre lo bueno que estaba su chico.

Eso me llevó a tener una reunión con la junta y el decano, que casi me cuesta el puesto. Por suerte, el decano me conocía bien y se puso de mi lado, y pudimos demostrar que todo lo que estaba diciendo Aida era mentira.

¿Qué fue lo que nos ayudó? Pues, nada más y nada menos, que su embarazo. Sí, tal y como estáis leyendo, estaba embarazada y por eso insistía en meterse en mi cama, para cargarme con un hijo que no era mío.

Ella juraba y perjuraba que el niño era mi hijo, cuando sabía a la perfección que yo no me había acostado con ella, y todo por dejarme mal delante de todos, completamente despechada.

—No te preocupes, Liam, que las mentiras tienen las patas muy cortas.

—Decano, le juro por mi vida que no le he rozado un pelo. Lo único que he querido siempre es ayudarla.

—No hace falta que digas nada, amigo. Te conozco a la perfección y sé que no serías capaz de hacer eso.

Tal y como llegué a mi casa, le dije que preparara sus maletas y se largara de mi casa. Jamás le cogí un centavo y no tenía contrato. Lo máximo que había hecho había sido traer alguna que otra compra del supermercado en el que trabajaba a media jornada.

Ni que decir cabe que, por los pasillos de la universidad, y entre el resto de los alumnos, yo era el cabrón que había dejado a una alumna embarazada y la había puesto de patitas en la calle.

Tuve que escuchar todo tipo de comentarios e insultos, pero jamás entré al trapo, jamás contesté a ninguno de ellos, pues sería darles la razón, y no la tenían.

Mi conciencia estaba muy tranquila, puesto que no había hecho nada de eso que me estaban acusando, por lo que el tiempo pondría todo en su sitio.

Cuando nació el bebé, ya tenía preparada una demanda de paternidad. No iba a permitir que nadie ensuciara mi nombre, no cuando era completamente mentira.

Evidentemente, la prueba salió negativa, ese niño y yo no teníamos nada en común. Con ese resultado, ahora sí que podía contestarle a cualquiera.

Estaba ya todo demostrado, pero mi nombre continuaba manchado por culpa de esa mujer, por lo que cada vez me resultaba más atractiva la idea de cambiar de aires.

—Liam, ha llegado una oferta de trabajo que puede coincidir con lo que necesitas.

—¿En serio? Pues me vendría de lujo. Cuéntame.

El decano me explicó que una universidad del sur de España había solicitado un profesor de economía, ya que el titular que estaba impartiendo esas clases, se jubilaba y querían probar con alguien de fuera.

Lo que me ofrecían no era gran cosa, en comparación con lo que tenía aquí, pero, no sé por qué, me gustó la idea de irme a vivir a España.

Según me contó, era una ciudad de mar, con unas temperaturas y forma de vida muy parecidas a las que teníamos aquí, en Palo Alto, y eso fue lo que me ayudó a terminar de decidirme.

Por el tema económico no tendría problemas, ya que tenía mucho dinero ahorrado. La casa en la que vivía era en propiedad, una herencia de mis abuelos, y la podría alquilar mientras estaba fuera, teniendo así un ingreso extra.

Le pedí al decano que me dejara un par de días para pensarlo y ver lo que me ofrecía la ciudad, y no tuvo problema en concedérmelo.

Me puse a investigar y, salvo el tema de la vivienda, que estaba por las nubes, el nivel de vida que había allí era muy inferior, económicamente hablando, que donde vivía ahora.

En ella, con lo que me pagaban en la universidad, y el ingreso del alquiler de mi casa, podría vivir estupendamente.

Al final, le dije al decano que sí, que me iría en cuanto terminara este cuatrimestre, que sería cuando el profesor titular se jubilaba.

—Chico, puedes buscar una casa compartida, allí se da mucho.

—No sé, lo de compartir piso no me ha salido muy bien que digamos.

—No me refiero a eso, sino que alquiles una habitación a una de esas familias que tienen eso como su fuente de ingresos.

—Lo miraré, eso sí, una vez que esté allí y que pueda ver a la gente cara a cara. Mientras, me alojaré en un hotel.

—Eso es una buena idea, sí señor, así evitas que te hagan una estafa, que están a la orden del día.

Durante el mes que faltaba, impartí mis clases con normalidad, e ignorando los comentarios que seguían sonando a mi alrededor, a pesar de que se demostró que el padre de ese bebé era el gerente del supermercado en el que trabajaba.

Había llegado el momento de partir, y ya tenía todo solucionado en Palo Alto. Mi casa se había quedado alquilada, pero me esperaron unos días a que pudiera recoger mis cosas.

Lo que más me costaba era alejarme de Peter, mi mejor amigo, que no dudó en apoyarme en mi idea de marcharme.

—Liam, te echaré de menos, pero sé que esto es lo mejor que puedes hacer.

—¿Vendrás a visitarme?

—Por supuesto, en cuanto nos den las vacaciones, me tienes allí.

—Gracias por ocuparte del envío de mis cosas. Te pasaré la dirección cuando tenga un sitio al que enviarlas.

—Ahora, vamos a celebrar tu partida, que quiero marcarme una juerga contigo, antes de que te marches.

Habíamos quedado ese día en su casa para dejarle mis cajas, lo que realmente iba a necesitar. El resto, tanto mobiliario como decoración, se quedó en la casa.

Decidimos irnos a cenar a uno de nuestros restaurantes preferidos, y que quedaba en el centro de la ciudad. Después, iríamos a tomarnos unas copas y a bailar un buen rato.

Durante la comida estuvimos hablando del tema de Aida, y de cómo me había afectado, no solo en lo profesionalmente, sino también de manera personal.

Mi amigo sabía que yo no era tal y como me estaban pintando y que eso me provocó muchas noches sin dormir y muchos dolores de cabeza.

Esa noche estaba dispuesto a olvidarme de todo eso y a pasarlo de lujo, por lo que decidí cambiar de tema, radicalmente.

Hablamos de todos estos años que hacía que nos conocíamos, de todas las vivencias que habíamos vivido juntos, todo durante la cena.

En el bar de copas, nos fijamos en un grupo de chicas que estaban al otro lado de la barra. No nos hizo falta palabras y con una sonrisa, nos acercamos a ellas.

—Hola chicas, somos Liam y Peter, y nos gustaría invitaros a una copa —dijo mi amigo.

—Hola, Peter. Hola, Liam, nosotras somos Cloe y Myriam —dijo una de ellas.

Pedimos cuatro copas y nos reímos muchísimo con ellas. Con Cloe tuve una atracción desde el primer momento y no pensaba desaprovecharla.

Desde que Aida entró en mi casa no había estado con ninguna mujer. Un poco por deferencia hacia ella, para que no se sintiera incómoda. Y otra, por mí mismo, para que mi vida privada no estuviera aireada por toda la universidad.

Me iba de Palo Alto, y no sabía si en España sentiría atracción por alguna mujer, así que, no me lo pensé.

Durante una canción que estábamos bailando de manera muy sensual y cercana, la besé. No era un beso de amor, ni mucho menos, pero sí uno de atracción sexual.

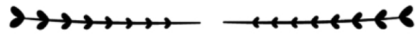
—No quiero engañarte, Cloe, no habrá más que lo que pase esta noche.

—Ni yo tampoco quiero una relación.

—No es que no quiera una relación, que tampoco, pero me marcho del país en unos días.

No le quise decir el día exacto. Desde lo que me ocurrió con Aida me guardaba mucho de contar mis cosas. Ella aceptó y me brindó una noche apasionada.

Capítulo 3



Nuria

Después del buen rato que pasamos en la cafetería, donde Daniela no paraba de mirar a Alex y viceversa, y ultimamos los planes que hicimos para ese fin de semana, no dispusimos a seguir con nuestra jornada universitaria.

Lo cierto es que la mañana se me estaba haciendo eterna. La clase de derecho civil se me estaba haciendo de lo más tediosa, y tenía unas ganas enormes de que terminara ya y poder volver a casa.

Esperaba que mi madre hubiese terminado ya con el concierto matutino, porque me estaba cayendo de sueño. Como siguiera cantando después de comer, la enviaba a casa de María de un empujón.

—Vengo muerta, te lo prometo.

—Bueno, pues ahora, después de comer, te echas un ratito.

—¿Un ratito? Me voy a pegar una, siesta que me van a tener que despertar los arqueólogos con una brocha.

—Mira que eres exagerada, hija mía, ni que fueras andaluza.

Soltamos una carcajada y mientras me cambiaba de ropa, mi madre puso la mesa. Eso lo teníamos por costumbre, ella la ponía, y después me tocaba a mí recogerla.

Ese día había hecho un guiso de patatas con chocos, en amarillo, como se solía decir en mi tierra, con guisantes y zanahorias, y que había dejado un olor en la casa de los que se te meten por la nariz y te abre el estómago.

Eso mismo fue lo que le ocurrió a Saúl, que subía del colegio y en vez de entrar en su casa, lo hizo a la nuestra.

—Tata Carmen, espero que hayas echado de más, porque vengo con un hambre…

—Pero, vamos a ver, chavalote, dile a tu madre que te las cocine ella —le dije yo, para buscarle la lengua.

—Tata Nuria, sabes que mi madre cocina las patatas guisadas que parece que a los chocos le están dando una clase de submarinismo, no las he visto con más agua en la vida.

Mi madre y yo, estábamos llorando de la risa, pues no podía tener más arte ese enano.

Cuando su madre llegó del trabajo, lo vio sentado a nuestra mesa, que por otra parte no era demasiado raro, ya que decía que mi madre cocinaba como los ángeles.

—Anda, mira que bien, y la tortilla de patatas que yo he dejado hecha antes de irme al trabajo, se la damos a las gaviotas —dijo su madre.

—No, mamá, pobrecita de las gaviotas. Acuérdate de la última vez.

A nuestra mente acudió el momento al que estaba haciendo referencia el niño, y me salió una carcajada sola, porque la situación que vivimos fue, como poco, surrealista.

—Eso, tú encima anima al niño. Como no es cargante… —dijo María.

—María, es que, de verdad, el pobrecito tiene razón —contestó mi madre.

—¿Qué quieres? Para una vez que me salió la tortilla así…

—Mamá, por favor, no fue una sola vez. Si el otro día, cuando la hiciste para cenar en vez de tortilla de patatas parecía turrón del duro —dijo el niño.

Ahí ya sí que no podía más, porque era cierto, la pobre no tenía mano con la cocina, por mucho que lo intentaba.

La escena a la que había hecho referencia el niño fue en el verano anterior, en la playa. María había llevado una tortilla para comer, y viendo que no se la iba a comer nadie, porque no podíamos, de lo seca que estaba, se la tiró a las gaviotas.

Os pongo en situación, para que os lo imaginéis. La gaviota, en cuanto vio la tortilla, cogió un trozo con el pico, e intentó tragarla, pero sin poder.

A todo esto, el niño, doblado de la risa, al igual que nosotras, increpando a la madre.

—¡Mamá, pobrecita, échale por lo menos un zumito para que se le vaya para abajo!

—Al final, le vamos a tener que hacer la maniobra de Heimlich a la gaviota —decía mi madre.

Ni que decir tiene que fuimos el espectáculo de la playa esa tarde. Hasta el equipo de socorrismo vino por si necesitábamos ayuda, de lo gritos que la gente estaba dando.

—No, señor socorrista, no nos estamos atragantando ninguno de nosotros, es la gaviota —le dijo el niño.

El socorrista, cuando se dio la vuelta y vio a la gaviota, medio ahogada, no daba crédito, pero no pudo parar de reír.

—¿Qué le habéis dado a la gaviota?

—Un trocito de tortilla… —dijo María, avergonzada.

Cuando la gaviota pudo, por fin, escupir el trozo de tortilla, y todos los presentes lo vieron, los comentarios fueron de todo tipo.

Hubo, desde gente que no podía parar de reír, hasta otra que decía que, menos mal que no se la había comido el niño, o habrían tenido que hacerle un lavado de estómago.

De vuelta a mi casa, en la actualidad, y después de reírnos lo más grande, la pobre María ya no sabía que hacer ni que decir.

—Dejaros ya de cachondeo, que una hace lo que puede —nos dijo.

—Pues no puedas, mamá, que mi estómago te lo va a agradecer —le contestó el niño.

Al final, María también se cogió un plato y se sentó a la mesa con nosotros, donde se sirvió la comida. Cuando se metió la primera cucharada en la boca, se deleitó con el sabor.

—Lo siento, me rindo. Mi hijo tiene toda la razón del mundo.

—Mamá, tú eres muy buena en muchas cosas, pero cocinando, no tienes comparación con ninguna de las dos tatas —dijo el niño.

—Te lo he dicho un montón de veces, que a mí no me cuesta trabajo echar un puñadito más de lo que sea, y coméis los dos —le dijo mi madre.

No solo era porque al niño le gustaba mucho como cocinaba mi madre, sino que también lo hacía porque sabía que iba a lo justo con su sueldo.

Más de una vez, tanto mi madre como yo, le hemos comprado unas zapatillas o algo de ropa porque se le había quedado pequeña o, simplemente, porque lo llevaban todos los niños y él no.

Saúl jamás exigía nada, ni siquiera se atrevía a pedirlo, pero como niño que era, cuando se le hacía un regalo así, le hacía una fiesta.

Por supuesto que no estábamos hablando de artículos de marca reconocidas, ni mucho menos. A eso no queríamos acostumbrarlo, y tan solo se le compraba un chándal o unas zapatillas de esas, en Navidad o por su cumpleaños.

Tampoco habían sido pocas las veces que yo me lo había llevado al cine y a comer una hamburguesa, que disfrutaba como si te lo hubieras llevado de viaje a Disney.

—Tata Nuria, ya han estrenado en el cine la película que queríamos ver —me dijo, con mucha cautela.

—Lo sé, enano, pero este fin de semana no podrá ser. Hoy, me quedaré estudiando, y mañana voy a salir con mis amigos —contesté.

—Y el domingo, estará como el Señor, intentando resucitar —dijo mi madre.

Estuvimos un ratito más charlando, pero llegó un momento en que mis ojos se cerraban solos, no era capaz de mantenerme despierta ni un minuto más.

—Chicos, vuestra compañía es muy agradable, pero la de mi almohada y mi colchita, lo es mucho más.

—¿Ya te vas a planchar la oreja? —me preguntó Saúl.

—Hasta que no quede en ninguna de las dos, ni una sola arruguita.

El niño soltó una carcajada, y se acercó a darme un beso en la mejilla. Su madre le dijo que le tocaba a él quitar la mesa, mientras ella guardaba los cacharros en el lavavajillas.

Por mucho que mi madre y yo insistimos en que no hacía falta, ella decía que cada uno tenía una labor. Si mi madre había cocinado, a ellos les tocaba recoger.

Me pasé la tarde durmiendo y cuando me levanté, tras prepararme un café, me puse a estudiar. Tenía que aprovechar el día, puesto que durante el resto del fin de semana no volvería a coger un libro, y los exámenes estaban a la vuelta de la esquina.

—Nuria, al final, María y yo vamos a llevar al niño al cine.

—Me parece perfecto, mamá. Así no se queda el pobre encerrado.

—Ya sabes que a él no le importa, que se pone con sus juegos y sus cosas y no da lata, pero así, a su madre, también el da el aire, que nada más que va del trabajo a casa y, al contrario.

—Y lo dice la que está todo el día en la calle. La madre que te parió, mamá…

—Esa no sé dónde está, pero, después de estos veinticinco años, tampoco me importa.

Esa era una espinita que mi madre llevaba clavada en el corazón, el no saber nada de sus padres.

Desde el día que la echaron de su casa, fue como si se hubieran esfumado del mapa. Mi madre tenía un hermano menor que ella, y con el que también le habían prohibido tener contacto.

Yo solo sabía que se llamaba Francisco, y que, en estos momentos, debía tener unos treinta y seis años. Como imagen tenía una vieja foto que guardaba mi madre y que se hicieron poco antes de que saltara todo por los aires.

No sería la primera vez que le decía que fuera a uno de esos programas de la televisión en los que buscaban a tus familiares, ante su negativa.

Ella decía que prefería vivir con el recuerdo que enfrentarse a la realidad de que su hermano no quisiera saber nada de ella. Ese rechazo sería demoledor, y lo más doloroso de su vida.

—No sé lo que le han podido contar de mí, Nuria, así que, no vuelvas a insistir con el mismo tema.

—Mamá, pero es que, no puedes vivir con la incertidumbre de lo que podría pasar si lo vuelves a ver.

—Lo sé, pero prefiero vivir en la ignorancia antes que llevarme una desilusión.

—Está bien, está bien, ya no digo nada más…

—Me voy al cine. Quizás, cuando salgamos, nos vayamos a cenar a alguna parte, te escribo un mensaje si lo hacemos.

—Como si lo estuviera viendo, comprareis la comida y os la subiréis a casa, para no dejarme sola.

Mi madre negó con la cabeza, pero es que siempre hacían lo mismo. No era nada nuevo, ni para mí, ni para ella.

Ambas pensaban que yo tenía los once años de Saúl. Lo extraño es que no hubieran insistido en que me fuera con ellas, porque solían ponerse de un pesado que era difícil de aguantar.

Me centré en mis apuntes, tenía que conseguir terminar de aprenderme el tema que tenía entre manos y que, además, era uno de los más pesados de todo el temario.

A Carla hacía muchos días que no la veía por la universidad. Seguramente se había quedado en casa, estudiando, así que, en uno de mis descansos decidí llamarla, a ver cómo se encontraba y explicarle los planes que teníamos para el día siguiente.

—Hola canija, ¿qué tal todo?

—Hola, Nuria, preciosa. Pues con un gripazo de campeonato.

—¿No me digas? Pensé que te habías quedado en casa para estudiar.

—Qué más quisiera yo, hija, y no que estoy en la cama con treinta y ocho.

—Pues dile a alguno de los treinta y ocho que venga por los apuntes.

—Ja, Ja, Ja. No me hagas reír qué me da la tos.

—Bueno, chavala, pues entonces no te digo nada de los planes de mañana, no quiero ponerte los dientes largos.

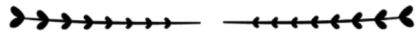
—¡Eres malvada!

—Adiós, corazón, que te mejores, te llamo el lunes si no te veo por la facultad.

—Espero que, si no nos vemos, es porque haya niebla y no porque siga enferma.

Nos despedimos con un beso y al mirar el reloj y ver que eran pasada las diez de la noche, me metí a darme una ducha para quitarme la pesadez que tenía en mi cuerpo.

Capítulo 4



Nuria

Había quedado con Daniela, que la recogería con el coche en la puerta de su casa, pero mi fantástico cacharro, decidió que estaba muy cansado ese día para ir a alguna parte, y no arrancaba.

Definitivamente, necesitaba cambiar mi utilitario viejo por uno nuevo. ¿El problema? Que, si trabajaba más horas, tendría que descuidar mis estudios, y eso no me lo podía permitir.

Yo trabajaba poniendo copas los fines de semana en uno de los pubs más conocidos de la ciudad, pero esta semana, al igual que la siguiente, la tenía de vacaciones.

Yo prefería librar las semanas en las que tenía los exámenes, antes que hacerlo en verano. Entre otras cosas porque en verano, era cuando más propinas se ganaba, y ese dinerito me ayudaba a superar el invierno.

Sé que, si le dijera a mi madre que necesitaba dinero, ella me lo daría encantada, pero nunca me había gustado pedirle nada a nadie, prefería trabajar y ganar mi propio sueldo.

Decidí llamar a Daniela por teléfono mientras buscaba un taxi para que me llevara hasta su casa, y así ponerla en antecedentes.

—Danielita, se nos acabó el paseo, porque mi coche no arranca.

—Pues casi que mejor, así nos quedamos en la ciudad, que no me apetece nada salir fuera.

—Claro, y voy yo y me lo creo. ¿Qué es lo que ha pasado?

—Nada, de verdad, que no ha pasado nada.

—O me lo dices ahora, o me lo vas a decir cuando te vea, me da igual, pero no me voy a quedar con la duda.

Al final, conseguí que me lo dijera en cuanto estuvimos frente a frente. Al parecer, Alex y los de su pandilla, a los que se había encontrado mientras me esperaba, habían cambiado sus planes.

Si nosotras pensábamos ir hasta un pueblo cercano, era precisamente por eso, porque los habíamos oído hablar de sus planes. Ahora, como ya no iban, a mi amiga se le habían quitado las ganas.

—Ya sabes que, por mí, no hay problemas.

—Sí hubiera estado Carla, entonces ya sería otro cantar.

—Ni que lo digas, con lo cuadriculada que es.

—¿Entonces?

—Entonces… ¿qué?

—¿Qué vamos a hacer?

—Pues, por lo pronto, irnos a cenar, luego nos tomamos una copa y más tarde, a bailar hasta que nos duelan los pies.

Nos fuimos dando un paseo hasta uno de los restaurantes que había a pie de playa, en el que su terraza nos invitaba a disfrutar de la noche buenísima que hacía.

Cenar teniendo el mar como decorado de fondo era uno de los mayores lujos que podíamos tener en esta ciudad.

Nos pedimos una ensalada marinera para compartir y como plato principal, yo me pedí una dorada a la sal, mientras que, a Daniela, se le antojó un revuelto de setas.

Como postre, ambas nos decidimos por pedir una degustación de chocolate, que era una bandeja con todo tipo de postres en miniatura y que tenían como ingrediente principal, mi amado chocolate.

—Chica, estoy llena, no puedo más.

—Bueno, ahora hacemos un poquito de deporte bailando, y listo.

—Mira a esos dos de ahí, a mí no me importaría sudar con uno de ellos.

Daniela giró la cabeza y cuando vio a los dos hombres que le había señalado, la boca le llegó a la mesa.

—Mira, yo no cambio a mi Alex por ninguno de esos, pero bueno, para un revolcón, no me importaría.

—Pues, para mí, el moreno. ¡Madre mía, cómo está!

Nos levantamos para dirigirnos a un pub ochentero que habían abierto hacía poco tiempo, que a nosotras nos encantaba, y en el que había un ambiente de lo mejor.

Nada más entrar, nos dirigimos directamente a la barra, donde nos pedimos dos bebidas espirituosas, como decían aquellos del programa de televisión, y nos acomodamos en una de las mesas altas.

Llevábamos un ratito, cuando vimos entrar a aquellos dos mismos hombres que estaban en el restaurante.

Tenían pinta de ser extranjeros, no me preguntéis por qué, pero los distinguía a lo lejos. Debía ser "deformación profesional" como decía mi madre.

Por suerte, tanto mi madre como yo, hablábamos perfectamente inglés, entre otras cosas, porque la mayoría de nuestros inquilinos eran americanos.

—Chica, hoy es nuestra noche de suerte.

—¿Por qué lo dices?

—Fíjate en quienes acaban de entrar…

Mi amiga Daniela, cuando miró hasta la puerta, se dio cuenta de que, aparte de esos dos hombres, había entrado también Alex con sus amigos.

—No me seas idiota, hazme el favor.

—Pues no, hoy pienso disfrutar y si ligo, perfecto, pero si no, no me pienso amargar por lo que haga él.

Daniela lo decía porque, la mayoría de las veces, y a pesar de que todo el mundo sabía que estaban colados el uno por el otro, Alex terminaba marchándose del local con alguna mujer que no era ella.

Cuando eso ocurría, Daniela se venía abajo y se llevaba varios días cabizbaja y triste. No dudaba de que, en la intimidad, no echara alguna que otra lagrimilla.

Empezó a sonar una canción que nos encantaba, y saltamos directas a la pista. Los chicos de la pandilla de Alex no nos quitaban el ojo de encima, al igual que yo no se lo quitaba a los dos guiris.

—Vienen para acá, Nuria.

—¿Quiénes?

—Los dos guiris…

Yo había apartado mi mirada en dirección a uno de los laterales del local, donde me pareció ver a Carla, pero no podía ser, pues ella seguía enferma.

—Buenas noches. ¿Os podemos acompañar? —dijo uno de ellos.

—Por supuesto. Soy Nuria, y mi amiga, se llama Daniela.

—Daniela… qué nombre más bonito. Tanto como ella —dijo el mismo hombre.

—Gracias… —respondió Daniela.

—Bueno, digo yo que vosotros también tendréis nombre, ¿no? ¿O tenemos que llamaros como guiri uno y guiri dos? —les pregunté.

—¿Guiri? —preguntó el otro, que no había hablado todavía.

—Extranjero, para que nos entiendas —contestó Daniela.

Ambos soltaron una carcajada, y ese hombre, el último que había hablado y del que yo me había quedado prendada, tenía una risa de lo más atractiva.

—Soy Peter, y él es mi mejor amigo, Liam. Y sí, somos guiris —volvió a hablar el primer hombre.

No me lo pensé, me acerqué a ambos y los saludé como se saluda aquí, con dos besos. Al principio, se quedaron algo extrañados y cohibidos, pero nos respondieron a los dos besos.

—Hijo, no pongáis esa cara, que aquí todo el mundo se saluda así —les dije.

—Es bueno saberlo.

Se pusieron a bailar con nosotras, y llegado el momento, volvimos a la barra, donde nos invitaron a una copa.

Liam, había estado bailando muy pegadito a mí, con su mano en mi cintura, y no me pudo gustar más ese gesto. Continuaba con su mano en el mismo sitio, yo sentada en una de las sillas altas, y él, de pie, junto a mí.

En ese momento, empezó a sonar una canción de Danza Invisible que no pude evitar cantar, pero lo hice mirándolo a los ojos.

"Sabor de amor
Todo me sabe a ti
Comerte sería un placer
Porque nada me gusta más que tú…"

—¿Eso es una invitación?

—Bueno, tómatelo como quieras…

No me dio tiempo a más, porque se lanzó a mi boca y me dio un beso con el que casi se me salta un empaste.

¡Madre mía! Me habían besado unos cuantos hombres a lo largo de mi vida, pero os puedo asegurar que ninguno lo había hecho de la manera en la que lo estaba haciendo este hombre.

Si con un beso era capaz de provocarme esto, no me quería ni imaginar cómo sería estar con él en una cama, sentir sus manos por todo mi cuerpo…

Uff, Dios mío de mi alma, que calores me estaban entrando, os lo prometo.

Cuando se separó de mi boca, me miró a los ojos y pude notar que él había sentido lo mismo que yo. No nos hicieron falta palabras, nos cogimos de la mano y nos dispusimos a salir del local.

En ese mismo momento, me fijé en que mi amiga se estaba besando con Peter, ante la cara de cabreo que tenía Alex, quien, por primera vez, estaba sintiendo en sus propias carnes lo que mi amiga sentía casi todos los fines de semana.

Liam me dijo que era americano, y que estaría una buena temporada en mi ciudad, porque había aceptado un empleo. Me dijo que necesitaba cambiar de aires, pero no me dio más explicaciones, que, dicho sea de paso, yo no las necesitaba.

Llegamos a la puerta de su hotel, donde se estaba alojando de manera temporal, hasta que encontrara un lugar al que trasladarse. Peter estaba aquí de manera temporal, pues se marchaba en tres días.

No creía que Daniela se enamorara de él, pero le vendría bien echar un buen rato con Peter para darle a Alex en las narices y que comprobara, de primera mano, que no iba a estar esperándolo para siempre.

Bueno, a lo que íbamos, Liam y yo subimos en el ascensor del hotel, uno que me encantaba y al que, Daniela y yo, solíamos acudir al spa, y lo hicimos entre besos y caricias.

Este hombre me encendía de una manera espectacular, no podía negarlo. Entramos en su habitación, y no me dio tiempo a más, me pegó contra la pared, enredando mis piernas en su cintura.

Notar su excitación en el centro de mi sexo fue la cosa más excitante que me había pasado en la vida. Su mano fue directamente a buscar mi botón del placer y, en pocos minutos, me hizo alcanzar el orgasmo.

—Por favor, Nuria, eres tan receptiva…

—No pares ahora, me muero por sentirte.

—Y lo harás, pero despacio, no tenemos prisa.

Dirigí mis manos a su camisa, y la desabroché de manera apresurada. Me moría por sentir el calor de su piel, por comprobar la dureza de sus músculos, y lo hice, vaya si lo hice.

Eso todavía me encendió más, y él lo notó. Con una sonrisa en sus labios, levantó mi vestido y se deshizo de él, tirándolo a un lado de la habitación.

Una vez que me tenía en ropa interior, y sin dejar de besarme, me depositó con mucho cuidado en la cama, donde se dedicó a venerar mi cuerpo de una manera de lo más excitante.

Con su boca recorrió mi cuerpo entero, eliminando también mi sujetador y mi braguita, a la vez que él se quitaba el pantalón y se llevaba con él su bóxer.

¡Madre del Amor Hermoso! Pero, para hermoso, lo que ese hombre tenía entre sus piernas.

Mi reacción de sorpresa no debía ser la única vez que le había sucedido, porque, con una sonrisa en los labios, se dirigió a mí.

—Tranquila, iré despacio…

—Una mierda, despacio, tú dale a tope que, si me duele, ya te aviso yo.

Liam soltó una carcajada por mi manera de decírselo, pero, sobre todo, por la mirada que le dirigí.

Imaginarme lo bien que lo iba a pasar disfrutando de su miembro, provocó que me lamiera los labios de una manera, digamos que poco disimulada.

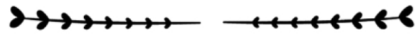
Pero no lo hizo de inmediato, antes de penetrarme tal y como yo le había pedido, me regaló un sexo oral que era para ponerle, cuando terminó, el sonido de aplausos que sale en los programas.

¿Por qué era este hombre tan perfecto? Ya solo faltaba que, follando, fuera un dios, entonces, os prometo que me ataba a la pata de su cama y no me iba a marchar, así tuviera que venir la policía a por mí.

Se puso un preservativo y me penetró, y… ¡cómo lo hizo! Parecía que sus caderas tenían vida propia, y que habían sido diseñadas para que encajaran con las mías a la perfección.

No os puedo contar las veces que me hizo llegar al orgasmo antes de llegar él, porque en el tercero, perdí la cuenta, pero sí que me dio la mejor noche de mi vida.

Capítulo 5



Liam

Al final, como Peter tenía unos días libres, decidió venirse conmigo a España. Decía que tenía que catar el género nacional y comprobar, de primera mano, que sería feliz allí.

Esa noche decidimos salir a cenar y a tomar una copa, pero se convirtió en una de las mejores noches de mi vida.

Jamás me había pasado, el conectar de la manera que conecté con Nuria, a la que no conocía de nada, en el plano sexual, fue alucinante.

Me encantaba el desparpajo que tenía, como te pedía las cosas directamente, sin vergüenza ninguna, por no hablar de su manera de vivir el sexo, lo receptiva que era.

Me había quedado con ganas de más, pero al despertarme, ya no estaba a mi lado, y eso me decepcionó un poco.

No sabía a qué hora se había marchado, ni si estaba bien. Suponía que se marchó en cuanto me quedé dormido, pero me hubiera gustado saber algo más de ella, como su número de teléfono.

La ciudad era pequeña, así que no dudaba en que me la volvería a encontrar y, en cuanto que me volviera a cruzar con ella, no iba a dejar pasar la oportunidad de pedírselo.

—Amigo, ¿qué tal la noche?

—¿Perfecta? ¿Excitante? ¿La mejor noche de mi vida?

—A mí me pasó lo mismo con Daniela.

—Te prometo que, jamás, en mi vida, me había compenetrado tan bien con una mujer.

—Sí, pero tú tendrás la oportunidad de volver a verla, mientras que yo, que me marcho esta misma noche, no tendré esa suerte.

—Yo tampoco las tengo todas conmigo, te lo aseguro. Se marchó a medianoche, y no tengo manera de localizarla.

—Seguro que el destino te la vuelve a poner por delante, ya verás.

Peter empezó a preparar su equipaje, pues su avión salía a las siete de la tarde, y tenía que hacer trasbordo de Sevilla a Madrid, ya que, desde aquí, no había vuelo directo hasta California.

No quiso que lo acompañara al aeropuerto, decía que eran casi dos horas de trayecto y que, al final, me tendría que volver yo solo, por lo que, a las tres de la tarde, me despedí de mi amigo en la puerta del hotel, donde lo esperaba un taxi.

—Llámame en cuanto que estés en casa, por favor.

—¿Te has fijado en la diferencia horaria? Mejor, te enviaré un mensaje, y lo veas cuando te despiertes por la mañana.

—Como si fuera a dormir algo, todavía no me he acostumbrado a los horarios de este país.

—Pues no tendrás más remedio que hacerlo, o te costará la salud.

—Por favor, Peter, si yo ceno a la hora en la que ellos meriendan…

—Cuando vuelva, y con las comidas tan ricas que hay aquí, al final te encontraré que será más fácil saltarte que darte la vuelta.

Ambos reímos y nos despedimos con un abrazo. No tenía ganas de encerrarme en la habitación del hotel, por lo que me fui a dar un paseo por la ciudad.

No tenía pérdida, ya que, cogieras la calle que cogieras, todas daban al mar. Era muy pequeña, y se podía recorrer andando, y eso era algo que me encantaba.

Además de eso, era una ciudad muy luminosa, con una arquitectura espectacular, no porque tuviera edificios de esos altos, tipo rascacielos, ni mucho menos, sino porque sus calles te invitaban a descubrirlas.

Casi sin darme cuenta, llegué a una pequeña playa que, en estos momentos, se encontraba llena de niños jugando a la pelota y de chavales sentados en un corro, charlando.

Me quité las zapatillas de deporte y bajé a la arena. Era fina y dorada, de esas que se amoldan a la postura de tu pie, y que te hacen sentir de lo más cómodo.

Pensé en cómo sería la temperatura del agua, y no me lo pensé, me dirigí hasta la orilla, sumergiendo mis pies.

Tengo que decir que, contra todo pronóstico, la temperatura era ideal, me la esperaba muchísimo más fría, por lo que no lo dudé, me quedé en bóxer y me sumergí en sus aguas.

Estuve nadando durante un buen rato, y tuve claro que, a partir de ese momento, todos los días, acudiría a nadar una hora.

Salí y me sequé al sol, antes de vestirme y volver al hotel. Nadie se sorprendió de lo que hice, y cada cual siguió a lo suyo, como si no hubiera nadie más en la playa.

Eso era otra cosa que me gustaba de esa ciudad que, salvo que hubiera alguien en peligro y necesitara su ayuda, los habitantes iban a lo suyo, sin meterse en la vida de los demás.

Mientras me secaba me puse a pensar en que necesitaba buscar un alojamiento definitivo. Vivir en el hotel estaba bien, pero mi cuerpo me pedía otra cosa.

No quería una casa para mí solo, puesto que no conocía a nadie aquí, salvo a Nuria, y no tendría con quién hablar al llegar a casa.

Me apetecía compartir piso, y por eso, no lo dudé, buscaría una habitación en cualquier casa, si estuviera cerca de la universidad, pues sería un lujo, aunque, en el centro, las casas estaban escasas y solían ser más caras.

Justo cuando estaba pensando en eso, me topé con un anuncio que había puesto en una farola. Me acerqué y, no sé por qué, pero me dio muy buena vibra.

Saqué mi móvil y marqué el número de teléfono que venía en el cartelito, para comprobar si podía ver la casa en ese momento, pues no me cogía muy lejos de donde estaba.

—Buenas tardes, llamaba por el anuncio del alquiler de la habitación.

—Buenas tardes, mi nombre es Carmen. ¿Estaría interesado?

—Perdón, yo soy Liam. Pues la verdad es que me gustaría verla antes, si es posible hacerlo ahora, se lo agradecería, puesto que estoy cansado de vivir en un hotel.

—Por supuesto, así, además, le explico las condiciones…

Quedé con la señora Carmen en que pasaría en quince minutos por allí. Si me interesaba, no dudaría en mudarme al día siguiente, en cuanto que saliera de la universidad.

Estaba a dos calles de mi trabajo, y eso era algo que me llamaba la atención, puesto que no necesitaría madrugar mucho.

Lo único que no me gustaba tanto es que no tuviera ascensor, pero tampoco era un noveno o un décimo, sino que la casa se encontraba en el segundo piso, con una escalera de lo más cómoda para subir.

Pensé que me serviría para fortalecer las nalgas, a falta de gimnasio, eso sería ideal y sumado a mi hora de natación, compensaría todo lo de la comida, porque me encantaba todo lo que se cocinaba en esta tierra.

—Hola, tú debes de ser Liam, y permíteme que te tutee, que somos muy jóvenes.

—Claro, por supuesto. Hablarnos de usted me resulta un tanto extraño. Aunque, tengo que reconocer que esperaba a una señora mayor, de esas de delantal y rulos.

—Los rulos no me los pienso poner, que me enredan el pelo, pero si te hace ilusión que me ponga un delantal y una peluca canosa, no tengo ningún problema.

Solté una carcajada, porque esa mujer, aparte de ser preciosa, tenía un arte que no se podía aguantar. Era algo mayor que yo, pero se notaba en sus manos que había sido una luchadora, que la vida no se lo había puesto fácil.

Me enseñó la casa, la habitación y el baño, que tendría que compartir con otro de los huéspedes, también chico, que llegaría al día siguiente, tal y como yo tenía pensado hacer.

Las condiciones que me había explicado me resultaron de lo más atractivas, sobre todo el tema de que estaba prohibido hacer fiestas en la casa, estuviera ella o no.

—En la cocina, tenéis una nevera para vosotros, independiente de la nuestra, y podréis hacer uso de la cocina cuando os apetezca.

—¿Habría alguna posibilidad de, incrementando el precio, poder incluir la comida?

—¿No te gusta cocinar?

—Si es meter una pizza en el horno, puedo hacerlo. El resto, no soy capaz de hacer ni una tostada sin quemarla.

Carmen soltó una carcajada que me contagió, y casi sin tener resuello, me dijo que no había problema.

—Lo mismo me da echar un puñado más de comida, eso sí, se come lo que haya, no pienso hacer menú especial, para nadie.

—Estaría bueno que encima de que no sé cocinar, te exigiera que cocinaras de una manera o de otra. Conmigo, no vas a tener ese problema, te lo garantizo.

—Entonces, perfecto. Tan solo te cobraré cuando compre algo extraordinario. Me explico, no es lo mismo comprar dos filetes de ternera, que comprar tres…

—Te pagaré doscientos cincuenta euros más todos los meses, y así no habrá problema…

—¿Doscientos cincuenta euros? ¿Pretendes comer caviar todos los días?

—¿Es poco? La verdad es que no sé cómo están los precios aquí…

—Mira, corazón, si me pagas ese dinero, podrás hacer uso de mi nevera cuando quieras, porque vas a pagar…

—No, no, ese dinero tan solo será para el almuerzo y la cena, el resto de mis cosas, me las compro yo.

—Perfecto, entonces…

Nos sentamos en la mesa de la cocina, ante dos tazas de café, que no había probado uno más bueno en mi vida. Y nos dispusimos a contarnos algo de nuestra vida.

Ella me contó que era madre soltera, pero que su hija ya era mayor, y que le había costado mucho sacarla adelante, pues no tenía a nadie más que la ayudara.

Yo le conté que no tenía familia, y que había aceptado un trabajo de profesor aquí, en la ciudad, porque necesitaba cambiar de aires.

Quedamos en que volvería al día siguiente, cuando saliera del trabajo, y que ya me quedaría allí, indefinidamente.

Le hice una transferencia con el importe de dos meses de alquiler, más el dinero que habíamos acordado por la comida de ese mes.

Era una mujer de lo más agradable, y salí de allí con el convencimiento de que, en ella, encontraría a una buena amiga a la que contarle mis confidencias y con la que tendría una convivencia de lo más pacífica.

Me dirigí de nuevo al hotel, donde, una vez que llegué a mi habitación, me dispuse a guardar toda mi ropa en la maleta y preparar la clase que tendría que dar al día siguiente.

El anterior profesor me había enviado un correo electrónico que incluía un dosier con toda la información de lo que habían dado en cada curso, así como el temario del segundo cuatrimestre, que era el que empezaba al día siguiente.

Lo estudié con determinación, pues había cosas que no me cuadraban. Se había saltado conceptos básicos que ni siquiera había tocado y que tendrían que haber estudiado en el primer cuatrimestre.

Según me pude informar, hablando con el decano de la facultad, el hombre estaba enfermo y había faltado a muchísimas clases. Por ese motivo, se había ceñido a dar los puntos más importantes.

Lo primero que haría sería dar esos conceptos, sin los cuales, no entenderían los siguientes temas que teníamos que tratar.

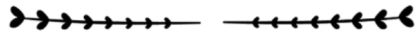
Casi sin darme cuenta, y preparando todo eso, cuando miré el reloj eran más de las once de la noche, por lo que, apagué el portátil y me metí en la cama.

Me había dado una ducha cuando llegué, para quitarme el salitre del mar y me preparé un sándwich con algunas cosas que compré en una tiendecita pequeña, antes de subir a mi habitación.

Me acosté algo nervioso, pues no sabía a qué me tendría que enfrentar al día siguiente. A pesar de que dominaba perfectamente el idioma, tenía mis reticencias a que me entendieran bien, y eso me preocupaba.

No sé cuándo me quedé dormido, pero cuando sonó el despertador, me quise morir, pues no había descansado absolutamente nada.

Capítulo 6



Nuria

Salí de aquella habitación de hotel en medio de la noche. Me gustaba muchísimo ese hombre, pero algo me decía que no debía encapricharme de él.

Por ese motivo, no dije ni adiós. Me vestí como pude y salí de puntillas de allí. Me pedí un taxi por la aplicación y, en vez de irme a mi casa, me fui a la de Daniela.

Daniela no tenía familia, vivía con su abuela desde que su madre falleció hacía dos años. Por ese motivo, trabajaba para poder subsistir, ya que la pensión de su abuela era demasiado pequeña para poder vivir las dos.

Antes de ir, le envié un mensaje, por si no estaba en casa o ya estaba durmiendo, no interrumpir su vida.

Nuria: *Amiga, ¿estás en casa y despierta?*

Daniela: *Sí, acabo de llegar y no puedo dormir.*

Nuria: *Voy para allá.*

Daniela: *Te espero en la puerta, para que no tengas que llamar al timbre. Mi abuela está dormida.*

Le di al taxista la dirección de la casa de mi amiga. No cogía excesivamente lejos, y se podía ir andado, perfectamente, pero a estas horas de la noche, me daba miedo hacerlo sola.

Tal y como mi amiga me había dicho, me estaba esperando en la puerta de la calle, con cara de arrepentimiento.

—No me vayas a decir que no te lo has pasado bien y que estás arrepentida de lo que has hecho, porque te parto la cara aquí mismo.

—Por supuesto que me lo he pasado bien, ese hombre es un portento, pero sí me arrepiento, no haberlo hecho, sino del modo en el que lo hice.

—Anda, vamos arriba y me cuentas todo bien.

Subimos al primer piso, que era en el que vivía Daniela con Maruja, su abuela. Era una señora encantadora, a la que todas la llamábamos abuela, porque ella siempre nos trató como una más de sus nietas.

Nos sentamos en el salón y cerramos la puerta, para que no nos escuchara y se desvelara. Ella tomaba una pastilla para dormir puesto que, desde que falleció su hija, no lo hacía con tranquilidad.

La madre de Daniela sufrió una enfermedad que llegó sin avisar y de manera muy agresiva. Se la llevó en menos de dos meses, y a su madre no le dio tiempo de asimilarlo del todo.

Se pasaba las noches llorando y pidiéndole al cielo que se la llevara a ella antes que, a su hija, que le quedaba mucha vida por vivir, pero sus plegarias no fueron escuchadas.

Daniela preparó dos infusiones de manzanilla, que nos encantaba tomar cuando llegábamos de estar toda la noche de fiesta. Encendimos la lamparita pequeña, que nos daba la luz suficiente como para vernos las caras, pero sin molestar a nadie.

—Ahora, sí. Cuéntame qué es lo que te ocurre.

—Peter es un hombre espectacular, en todos los sentidos.

—Eso salta a la vista, amiga. ¿Pero…?

—Pero el ver la cara de decepción con la que me miró Alex cuando me marché con él, me ha dejado un poquito tocada.

—¡Venga ya! Cómo si él no lo hiciera todas las semanas.

—Lo sé, pero eso no significa que no me haya dolido.

—Lo que te tenía que doler es que él se fuera con una distinta en cada ocasión.

Estuvimos hablando hasta que, sin darnos cuenta, se había hecho de día. Envié un mensaje a mi madre para decirle que me quedaba en casa de Daniela, y nos fuimos a la cama.

Eso sí, antes de hacerlo, la abuela Maruja nos preparó un desayuno digno de reyes, pues en esa mesa había absolutamente de todo.

Me levanté sobre las cinco de la tarde, al igual que mi amiga, y nos fuimos a la cocina, donde Maruja nos había dejado una tortilla de patatas y una ensalada.

Su abuela, todos los domingos después de comer, se iba con sus amigas a bailar y a jugar al bingo. No era un bingo como podéis pensar, ya que no se jugaba por dinero.

En su asociación tenían patrocinadores, que les donaban regalos y que era lo que obsequiaban cuando cantaban línea o bingo.

Eso no lo perdonaba ella, así se encontrase mal. Decía que era su válvula de escape, el único ratito en el que se olvidaba de la muerte de su hija y de todo lo que las rodeaba.

Terminamos de comer y me dispuse a marcharme, pero vi la cara que llevaba mi amiga, y decidí quedarme un rato más.

Le dije de salir a dar una vuelta, pero no tenía ganas, lo único que le apetecía era quedarse tirada en el sofá.

No me gustaba verla así, y menos por un hombre que era como el perro del hortelano, que ni comía, pero tampoco dejaba comer.

—Daniela, de verdad que no te entiendo.

—No lo hago ni yo, cuanto más lo vas a hacer tú.

—¿Por qué no hablas con él y le pones las cosas claras?

—Porque me da miedo que me diga directamente que no quiere nada conmigo. O, peor aún, que nos acostemos, y luego pase de mí como lo hace de las demás.

Estábamos charlando, cuando recibimos una videollamada de Carla. Llevaba toda la semana mala, pero a mí me pareció verla el sábado en el local de copas.

Dudé si preguntárselo o no, pero al final, decidí que no me iba a quedar con esa duda en el cuerpo, y se lo pregunté.

—Carla… ¿estuviste el sábado en un reservado del local de copas al que vamos siempre?

Mi amiga se quedó callada, y agachó la cabeza. Sabíamos que algo le sucedía, y ahora sí que no me iba a quedar de brazos cruzados, mucho menos callada.

—¿No estabas enferma? —preguntó Daniela, algo enfadada.

—En realidad… tan solo estaba algo resfriada, pero es que…

—Venga ya, Carla, déjate de rodeos y dinos que es lo que te está ocurriendo —le dije, nerviosa por lo que tenía que decirnos.

—Será mejor que lo hablemos cara a cara. Os espero en la cafetería de la playa en media hora.

Cortó la llamada y ambas entendimos que, cuando nos había llamado y quería quedar con nosotras, era porque lo que tenía que contarnos era importante, al menos para ella.

Nos levantamos del sofá, me di una ducha y me vestí con la ropa que tenía en casa de Daniela. Como no era la primera vez que nos ocurría algo así, ambas teníamos ropa en casa de la otra.

No era así con Carla, que siempre había sido más independiente y volvía a su casa a dormir, dándole igual a la hora que nos recogiéramos.

Salimos dispuesta de llegar a la cafetería lo ante posible, y allí la encontramos, sentada en una de las mesas de la terraza y con las gafas de sol puestas.

—No quiero que me juzguéis, ¿vale? Dejadme que os cuente todo y luego, si queréis me dais vuestra opinión —nos dijo Carla.

—Sabes que, si te vamos a juzgar por algo, es por no haber tenido la confianza de contárnoslo antes —dijo Daniela.

—Lo demás, pasa a un segundo plano, Carla —respondí yo.

Nos sentamos junto a ella y pedimos tres refrescos. Esperamos hasta que el camarero nos trajo las bebidas para empezar a hablar.

Ambas sabíamos que Carla estaba trabajando en una tienda de ropa y que su jefe se había encaprichado de ella, partiendo de ahí, empezó a contarnos la historia.

Al parecer, hacía unos meses, su jefe la había invitado a cenar y a tomar una copa. Era un hombre de cuarenta y dos años, bastante atractivo, eso es innegable, pero tenía un pequeñito defecto, estaba casado.

Nos contó que había aceptado y que, ese mismo día, se acostaron juntos. Desde ese mismo momento habían iniciado una relación clandestina.

—Por eso os dije que estaba mala y por eso, también, he dejado de salir algunos fines de semana con vosotras.

—Claro, aprovecha cuando su mujer está de guardia o fuera por algún congreso —respondió Daniela.

Su mujer era médico, ginecóloga para más señas, y trabajaba en una de las clínicas más prestigiosas de la ciudad. Cuando tenía que asistir a algún congreso o le tocaba trabajar en turno de noche, era cuando él aprovechaba para quedar con Carla.

—No te pienso juzgar, es tu cuerpo y solo tú sabes lo que hacer con él, pero me parece que esta situación no te compensa.

—Él me ha dicho que entre ellos hay más una amistad que una relación —me respondió Carla.

—Claro, claro, y también te habrá dicho que está con ella por la niña que, dicho sea de paso, ya tiene diecisiete años.

Mi amiga agachó la cabeza, y supimos de inmediato que habíamos dado en el clavo. Daniela la miró y negó con la cabeza, porque teníamos claro que aquí, la única que iba a sufrir, sería ella.

Estuvimos un buen rato más con ella. No pudimos, ni quisimos, decirle nada más, pues era una decisión que tenía que tomar ella.

Debía poner en una balanza si le compensaba lo que tenía con lo que perdía, y decidir si quería seguir con esa relación, o no.

Después de eso, volví a mi casa, pues estaba muerta de cansancio y al día siguiente me tocaba ir a clases temprano. No sabíamos si el profesor de Economía aparecería o no, pero no podía faltar.

—Ya tenemos al otro inquilino, es profesor y me paga doscientos cincuenta euros más porque le cocine.

—Joder, mamá, por poco y no me mandas un telegrama para que lo supiera, no me has dejado ni soltar el bolso.

—Ay, es que estoy tan emocionada…

—¿Cómo es? Lo digo por si hay posibilidad de que tenga un padrastro pronto.

—Es guapísimo, no voy a negar lo evidente, pero no es para mí. Eso sí, el rato que hemos pasado juntos me ha dejado claro que seremos buenos amigos.

—Pues nada, por lo menos tendrás a alguien con el que irte de juerga.

Me contó que había visto uno de los anuncios que pegamos en las farolas alrededor de la facultad, y que había querido ver la casa en ese mismo momento.

—Mamá, a ver si se va a tratar de un psicópata o algo…

—Hija, voy a tener que prohibirte que sigas viendo esas series policíacas que ves.

—Tú, píntate los labios de rojo cada noche, por si acaso.

—Claro, por si me mata mientras duermo, que no se vea que estaba descuidada cuando encuentren mi cadáver…

Mi madre negó con la cabeza, y empezamos a reírnos. Le di un abrazo, pues me encantaba ver a mi madre feliz, tal y como la estaba viendo ahora.

Le conté como había sido mi noche, que había conocido a un hombre que había conseguido que me temblaran hasta las pestañas, pero del que no había querido ni su teléfono.

—Hija, con lo que cuesta encontrar a un hombre que te deja plenamente satisfecha, vas tú y lo dejas escapar.

—Si el destino quiere que estemos juntos, me lo volverá a poner por delante.

—Tú sigue pensando así, que te veo como yo, soltera y entera.

—Entera no estamos ninguna de las dos, mamá. Es evidente.

—Ay, Nuria, hace tanto tiempo que no estoy con un hombre, que creo que se me ha regenerado el himen.

Soltamos una carcajada, yo mientras iba por el pasillo hasta nuestra habitación. Me puse un pijama cómodo y me fui hasta la cocina, donde ya estaba mi madre preparando la cena.

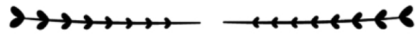
Mientras ella empanaba los filetes, yo me puse a pelar y a cortar las patatas. Era como un ritual entre nosotras. Los domingos, pasara lo que pasara, cenábamos filetes empanados con patatas fritas.

—Tata Carmen, ¿ya está la cena? —gritó Saúl por el pasillo que comunicaba su casa con la nuestra.

—Le queda nada, enano, pero, antes, pregúntale a tu madre —respondí yo.

El niño salió corriendo y volvió gritando que hiciera más, que su madre también venía, que no se quería perder esa cena.

Capítulo 7



Liam

Cogí aire en las escaleras de la facultad, era mi primer día y tenía que enfrentarme a mi primera clase del día y de mi nueva etapa en este país.

El decano me había citado un rato antes en su despacho para explicarme el tema de horarios y demás.

Tal y como habían programado las del cuatrimestre anterior, en este también habían concentrado todas mis clases en las primeras horas, por lo que, a partir de las doce de la mañana ya estaba fuera de las aulas.

Eso no significaba que hubiera terminado de trabajar, porque me quedaban las tutorías a los alumnos, la preparación de las clases y demás, pero me daba la libertad de disfrutar de todas las tardes.

En ese horario sería cuando me iría a nadar a la playa, así no me tendría que levantar más temprano de lo habitual, además, me serviría para coger bien el sueño, relajado.

Cuando entré en el aula para impartir mi primera clase, quise conocer a todos los alumnos, para ir familiarizándome con sus nombres. No me gustaba dar la sensación de ser una persona estirada, más bien todo lo contrario, quería ser un profesor cercano.

—Buenos días, chicos, mi nombre es Liam, y desde este preciso momento, impartiré las clases de economía…

Me presenté y les expliqué como serían mis clases. No quería que fueran las típicas clases aburridas en la que todo era teoría.

Quería que las clases fueran dinámicas y les dije que la nota del examen sería un cincuenta por ciento de la nota, y el otro cincuenta, sería la correspondiente a su participación en clase, así como sus trabajos de supuestos prácticos.

—Ahora, si me lo permitís, voy a ir nombrando uno a uno, para así hacer más fácil que os vaya reconociendo por vuestros nombres.

—Yo si quieres te doy hasta mi DNI. ¡La Virgen, cómo está el americano! —dijo un chico al fondo de la clase.

No pude evitar que una sonrisa se pintara en mis labios, una que me duraría muy poco, y que enseguida comprenderéis el por qué.

Fui, uno por uno. Esa clase no daríamos teoría ni nada parecido, quería saber algo de cada alumno. No personal, por supuesto, sino lo que esperaban de esta asignatura.

Todo iba genial, pues las respuestas fueron de lo más variadas y divertidas, porque no decirlo. En Standford, si hubiera preguntado esto, la mayoría de las respuestas habrían sido para saber llevar la empresa familiar.

Sin embargo, en este aula, lo único que había era un afán de superación personal que era digno de admirar. Y me tocó preguntarle a la siguiente alumna…

—Nuria Flores, ¿dónde está y qué espera de mi clase?

Cuando levanté la mirada y me di de bruces con la dueña de semejante nombre, casi me caigo de culo.

¿Se podía tener más mala suerte que yo? Pues os lo contesto ahora mismo, ¡NO! Así, en mayúsculas y no lo pongo en negrita y subrayado porque queda muy feo, que si no…

—Pues yo, lo único que espero de esta clase es enterarme de algo y salir viva de esto —murmuró, pero todos la oyeron.

Las risas fueron generalizadas y yo… pues yo intenté disimular lo mejor que pude. Mira que había mujeres en la ciudad, pues me había acostado con una que sería mi alumna.

Si en vez del fin de semana pasado, me la hubiera encontrado este, sabiendo lo que sé ahora, ni loco me habría acostado con ella. Sabía lo que era ser víctima de los rumores, y no quería volver a pasar por eso nunca más.

En un determinado momento, uno de los alumnos, un tal Alejandro Gallego, se atrevió a preguntar algo que nada tenía que ver con la clase.

—Profesor Jackson…

—Liam, por favor, que, si me llamas así, parece que te estás dirigiendo a un anciano.

—Está bien, Liam… ¿Tú no estabas el sábado con un amigo en uno de los locales de moda de la ciudad?

Os juro por lo más sagrado que sentí como el suelo se abría bajo mis pies. Me recompuse de la sorpresa inicial que había sentido con esa pregunta, y me dispuse a contestarle.

—No tengo que dar explicaciones de mi vida privada, pero, aun así, te diré que no.

—Pues debo haberme confundido —lo dijo en un tono que no dejaba lugar a dudas, sabía que le estaba mintiendo.

—Yo he estado todo el fin de semana en el hotel, donde he estado preparando las clases. Además, acabo de llegar y no conozco a nadie en esta ciudad.

Con estas palabras quise zanjar todo rastro de dudas. Mi primera intención, que era decirle a Nuria que viniera a mi despacho, se tendría que posponer, pues no quería que surgiera la duda de que, entre ella y yo, había algo más.

Por suerte, la clase terminó pronto y pude salir del aula airoso, al menos, de momento. Ahora tocaba el enfrentarse al día a día.

Por su forma de ser, supe que Nuria no era igual que Aida, o lo hubiera demostrado en ese momento. No sé si tenía un convencimiento real o que era eso lo que quería creer, pero salí del aula super convencido de que no me volvería a ocurrir lo mismo.

Esa noche que pasamos juntos se quedaría como algo anecdótico que, por supuesto, no volvería a repetirse. Iba pensando en eso, cuando me choqué con otra alumna.

—Lo siento… ¡Me cago en la leche! ¿En serio eres tú?

—Daniela, me gustaría que habláramos en el despacho, por favor.

—Sí, claro. Si es por mi ausencia de esta mañana…

—No, eso puede estar justificado, es otro el asunto que quiero hablar contigo.

Me siguió hasta mi despacho, ese cuya puerta cerré en cuanto estuvimos los dos adentro. La invité a sentarse al otro lado de mi escritorio, y me dispuse a hablar con total sinceridad.

—Verás, me acabo de dar cuenta de que, tanto tú como Nuria, sois mis alumnas, os rogaría, por favor, máxima discreción con lo que sucedió el sábado por la noche.

—Si te piensas que Nuria va a ir pavoneándose por ahí de que se acostó contigo, no la conoces.

—Es cierto, no la conozco, y ante la imposibilidad de hablar con ella esto directamente, he aprovechado la oportunidad de ese encontronazo para hablarlo contigo y que seas tú la que…

—La que vaya de correveidile, ¿no? Pues has pinchado en hueso, amigo. Si quieres decirle algo, ten los huevos de decírselo tú.

—Daniela, no te olvides de que estás hablando con un profesor.

—No, él que parece que te has olvidado de que soy una alumna, eres tú. A mi amiga no le hace falta ir diciéndole a nadie que se ha acostado contigo. Ella, da un pisotón en el suelo, y le sobran candidatos para pasar por su cama.

Se levantó, enfadada y salió de mi despacho dando un portazo y mascullando algo así como que todos los hombres éramos iguales.

No voy a decir que no me quedé preocupado, porque sí que lo hice, pero preferí dejar que el tiempo actuara en mi lugar.

Eso sí, no quería que la situación se apoderara de mí, como había sucedido en Standford, así que, salí de mi despacho y me dirigí a hablar con el decano.

José Manuel, que así se llamaba el decano, era un tipo un poco más mayor que yo, y sabía que, cuando le explicara todo, me entendería.

—¿Se puede pasar?

—Adelante. ¿Ocurre algo?

—Algo ocurre, aunque espero que me entiendas y no sea nada grave.

Me senté ante él y sin dejarme nada, le conté todo lo que me había ocurrido ese fin de semana con Nuria, y como algunos de mis alumnos habían sido testigos de esos primeros besos y de cómo salimos juntos del local.

—No debes preocuparte, siempre que me prometas que, si hay alguna novedad a lo largo del curso, me lo vas a hacer saber.

—Por supuesto que no va a haber ninguna novedad.

—Liam, sobre el corazón no se manda, y te lo digo yo, que me casé con una de mis alumnas. Lo único importante es que vayas un paso por delante de los demás.

—Gracias, José Manuel, lo tendré en cuenta.

Salí de ese despacho mucho más tranquilo, y con la firme intención de que me alejaría de Nuria lo máximo posible.

Cuando terminé mi jornada laboral, y puesto que hoy no tenía ni tutoría ni evaluación de trabajos al ser el primer día, me dispuse a ir al hotel a recoger mis cosas.

No me quedaba muy lejos, la verdad, pero el calor empezaba a apretar y me apetecía terminar con todo lo antes posible, por lo que paré un taxi que pasaba por allí.

Había liquidado la factura esa misma mañana, y dejado mis maletas en la consigna de recepción, avisando de que pasaría a recogerlas, más o menos, a esta hora.

Le dije al taxista que no se marchara, que tardaba menos de un minuto, y así hizo el hombre, que se bajó para ayudarme a guardar mi equipaje.

Con la dirección del nuevo destino, arrancó el motor y pusimos rumbo a mi nuevo hogar. Por suerte, allí tendría un remanso de paz, por la manera de ser de su dueña.

No creía que su hija fuera de esas que están dando por saco todo el día con la música o los dibujos animados, entre otras cosas porque me dijo que ya era mayor.

Supuse que debía estar en torno a los doce o catorce años, la llamada "edad del pavo" pero, viendo a su madre, sabía que no era de las que le consentían todo.

Llegamos y le di al taxista una generosa propina, pues me ayudó hasta a subir las maletas. Era un segundo, como he dicho antes, pero tendría que dejar una de ella abajo mientras que subía la otra, porque las dos no cabían por las escaleras.

—¿Ya estás aquí? ¡Qué prontito!

—Sí, Carmen, es que hoy he terminado antes y estaba como loco por venir y darme una ducha.

—Pues ahí tienes el baño, aprovecha mientras termino de hacer la comida y llega mi hija.

—Eres un amor de mujer. El que te dejó escapar, debía de ser tonto. Y no te lo digo porque esté intentando ligar contigo, que te veo como a una amiga, aunque eso no significa que no te vea guapa, que lo eres…

—Ay, Liam, por el amor de Dios, deja de decir pamplinas y métete ya en la ducha. El calor te está afectando.

Solté una carcajada, porque esta mujer tenía ese don, el hacerme reír cuando más lo necesitaba. Me iba a encantar vivir en esta casa.

Cuando salí de la ducha, me puse ropa cómoda y fresquita, y me senté en la cocina con ella, con dos latas de refresco y dispuesto a esperar a que llegara su hija del colegio.

A ella no había tenido el placer de conocerla, ni siquiera sabía su nombre, pues el día anterior, cuando vine a ver la habitación, ella no se encontraba aquí, había ido a pasar el día a casa de una amiga.

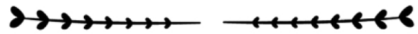
Carmen me contó que también comerían con nosotros su vecina, María, y su hijo Saúl, que tenía once años, y me contó la historia de los dos, sin entrar en detalles que pertenecían a su intimidad, por supuesto.

Cuando esa mujer empezó a hablarme de sus guisos, de lo que llevaba cada uno, para saber si me gustaba o no, y de cómo lo cocinaba ella, supe que tendría que apuntarme a un gimnasio si quería seguir estando en forma.

—Y luego dicen de la comida americana, se nota que no ha venido a España el que hace esos informes…

Estábamos enfrascados en una conversación, intentando cuadrar los menús de la semana, de manera que comiera variado y sin repetir, cuando una voz me llamó la atención, y no me lo podía creer.

Capítulo 8



Nuria

Cuando entró en el aula el profesor nuevo y vi de quién se trataba, me quise morir. El momento en el que le dije a mi madre que si el destino quería que estuviéramos juntos me lo pondría por delante, no era a esto precisamente, a lo que me estaba refiriendo.

Sí, era Liam, el nuevo profesor de economía. Para mi regocijo, a él le ocurrió lo mismo cuando se dio cuenta de que Nuria Flores era yo, aunque intentó disimularlo.

Si pensaba que no podía pasar nada más, llegó el momento en el que Alex le preguntó si había estado el sábado en el local en el que estábamos nosotros.

Era evidente que no podía decir que sí, por mucho que mi compañero supiera que le estaba mintiendo, pero el tono en el que me negó, en el que dijo que él no conocía a nadie en la ciudad, me dolió muchísimo.

Había maneras y maneras de decir las cosas. Muchas veces no es lo que se dice, si no en el tono en el que se dice, como ocurrió en esa ocasión.

Salí del aula sin ni siquiera mirarlo, no podía, porque la rabia me iba a cegar y terminaría diciendo cosas que no sentía, y de las que mis compañeros se podían hacer eco y sacarlas de contexto.

Tampoco quería perjudicar a nadie en su trabajo, así que, lo mejor para todos sería hacer como que no había sucedido nada entre nosotros. Total, no se iba a volver a repetir…

Desde lejos vi a Daniela, por lo que me paré a esperarla. Traía una cara que, más que una cara, parecía una cruz, y supe que quería contar algo.

—No te vas a creer lo que me acaba de pasar.

—Por la cara que traes, nada bueno. Aunque, te garantizo que, comparado con lo que me ha pasado a mí, no será nada.

—Me acabo de tropezar con Liam, con tu Liam.

—No es mi nada, pero yo también, es nuestro nuevo profesor de economía.

—Lo sé, me ha dicho que lo acompañara al despacho…

Me contó lo que le había dicho en ese despacho y, conforme mi amiga iba hablando, la rabia se iba apoderando de mí.

—Desde luego, ese tío no puede ser más gilipollas, como si él fuera George Clooney y tuviera que ir avisando de que no dijera nada.

—Eso mismo le dije yo, que a ti no te hacía falta ir aireando esos asuntos.

Fuimos al resto de clases y, a la hora de la salida, me acompañó hasta mi casa, pues le cogía de camino, ya que ella vivía un poco más alejada de la facultad.

Durante todo el camino fuimos hablando de lo mismo, del tema Liam y, sobre todo, como Alex se había metido donde no lo llamaban.

—Tengo la impresión de que ese va a meter la pata.

—No tiene por qué, puesto que, ni yo le gusto ni él me gusta.

—Ya, pero es una cuestión de ego.

—Pues, el ego, que se lo meta por el… bolsillo, por decirlo de una manera fina y elegante.

Me despedí de ella en el portal de mi casa, y subí corriendo las escaleras de los dos pisos, tenía la necesidad de contarle a mi madre todo lo que me había pasado.

Ella, ante cosas así, siempre le encontraba el lado positivo a todo, y eso era lo que yo necesitaba, ver lo positivo de la situación, porque, en este momento, no lo encontraba por ningún lado.

Abrí la puerta, y desde allí mismo, me dirigí a mi madre, que estaba en la cocina y a la que estaba escuchando hablar con alguien, y supuse que sería el americano.

—No te vas a creer lo que me ha pasado. ¿Te acuerdas del hombre del que te hablé anoche? Pues…

No me lo podía creer, al igual que él. Allí, sentado en la cocina de mi casa, se encontraba Liam, conversando tranquilamente con mi madre.

—¿Qué coño haces tú aquí?

—Eso mismo iba a preguntar yo.

—¿Os conocéis de algo? —preguntó mi madre, asombrada.

Durante unos minutos, ninguno de los tres dijimos nada, nos limitamos a observarnos los unos a los otros, hasta que mi madre rompió el hielo.

—Mira, no sé, qué es lo que pasa aquí, pero pienso que somos todos adultos y que podemos llegar a un entendimiento —dijo ella.

—Mamá, él es Liam, el hombre con el que me acosté el sábado y que, además, es mi profesor de Economía.

—Nuria, él es el nuevo inquilino, el que vino ayer mismo. Liam, ella es Nuria, mi hija.

—Me parece que no hace falta más presentaciones, aquí, él y yo, nos conocemos de sobra —le contesté.

Liam no había abierto la boca, pero lo que tenía claro es que no le iba a jorobar a mi madre el negocio. Costaba encontrar inquilinos como él, y yo lo sabía a la perfección.

—Mira, vamos a sentarnos y a hablar de manera civilizada —dijo mi madre.

—Sí, porque no me gustaría tener que buscarme otro alojamiento. Este me gusta mucho.

—Y no tienes por qué hacerlo, al menos no por mi culpa —le dije.

Lo primero que le hice saber fue que, por mi boca, no se iba a enterar nadie de lo que había sucedido entre nosotros. Me dolía, porque ese hombre me gustaba mucho, pero hasta ahí.

Después de mucho charlar, al final decidió que se iba a quedar, que seríamos amigos y que, para que no hubiera confusiones, diría en el decanato que se había establecido en mi casa, como inquilino, por supuesto.

En cuanto que llegaron María y Saúl, nos sentamos a comer. La sintonía entre todos era buenísima, sobre todo con Saúl, que le indicó que lo tenía que ayudar con el inglés, su asignatura pendiente.

Cuando terminamos de comer, me fui a mi habitación, tenía que procesar todo a lo que me tendría que enfrentar a diario.

Mi madre, que me conocía mejor que nadie, sabía que eso me provocaría una gran inquietud y que me costaría hacer un gran esfuerzo, me siguió.

—Nuria, si de verdad te vas a sentir mal con Liam en casa, ahora mismo le digo que se rompe el contrato, no tengo ningún problema.

—No, mamá. Lo que ha pasado entre Liam y yo ha sido algo puntual, no es que hubiéramos tenido una relación.

—Pero te conozco, y sé que te gusta mucho.

—¿A quién no? Pregúntale a María, que se lo comía con los ojos.

El tono que empleé me salió un poco más duro de lo que pensaba, y mi madre lo notó. ¿Eran celos? Pues no lo sé, la verdad, lo único que sabía era que me había sentado muy mal ver a María coquetear con él.

—Nuria, si él se queda aquí, sabes que no puedo prohibirle que traiga a alguna mujer…

—Mamá, tengo claro que eso no va a pasar. No creo que tenga tan mal gusto de meter a nadie en casa.

—Aun así, si él decide salir con María…

—Mamá, te repito que no es mi novio, que puede hacer lo que le dé la gana.

—No te mientas a ti misma, Nuria, ese hombre es para ti más de lo que me estás diciendo.

—Lo siento, mamá. No pienso seguir hablando de esto. Lo que habíamos tenido que hablar, ya lo hemos hecho fuera, antes de comer. Ahora, si no te importa, tengo que estudiar.

Mi madre sabía que, cuando me ponía en ese plan, nada ni nadie me sacaba de ahí. Entré a darme una ducha rápida, me puse cómoda y me metí en el despacho, que solía ser el sitio en el que me ponía a estudiar, y donde no molestaba a nadie.

Procuré no salir de ahí en toda la tarde. No sabía qué hacer si me lo encontraba de frente por el pasillo. A las siete de la tarde no tuve más remedio que hacerlo, pues había llegado el otro inquilino.

También era americano, pero en este caso, de Nueva York, y era estudiante de cuarto de medicina. Según nos contó, le había dicho a mi madre que, si se sentía a gusto, permanecería con nosotras hasta que terminara su especialidad.

Se llamaba Kyle, y tenía mi edad, más o menos. Para que no se sintiera excluido, le contó el acuerdo que había llegado con Liam, el de la cocina, por si también le interesaba.

—Pues, siendo sincero, me encantaría. Por el tema del dinero no hay problema, tengo una cantidad incluida en mi presupuesto.

—Te garantizo que no vas a comer en ningún sitio mejor que aquí —le dijo Liam, que entraba por la puerta de la cocina.

—Hola, yo soy Kyle.

—Bienvenido, Kyle, yo soy Liam.

Se pusieron a charlar entre ellos, momento que yo aproveché para levantarme con disimulo y volver a encerrarme en el despacho.

Mi madre resopló, y vino detrás de mí, hasta entrar en el despacho conmigo.

—¿Te vas a llevar toda la vida encerrada en este despacho?

—No, solo el tiempo que tengo para estudiar.

—Eso no te lo crees ni tú, chavala.

Mi madre volvió a lo mismo, y ya, cansada de escucharla, levanté un poquito la voz, de lo que me arrepentí en el mismo instante.

—Lo siento, mamá, pero no quiero que me sigas machacando con lo mismo.

—Es que no quiero que estés aquí, encerrada, con lo bonita que está la tarde.

—Te prometo que, en cuanto que termine de estudiar, salgo y me tomo algo con vosotros.

Me miró con una cara de comprensión, pero también de tristeza, pues sabía que para mí había sido un buen palo todo lo que me estaba sucediendo.

Me dejó sola, entre apuntes de derecho civil y salió de la habitación, dejando la puerta ligeramente encajada.

Me mantuve allí hasta las nueve de la noche, aproximadamente, que era la hora en la que solíamos cenar. Allí, en el salón, estaban Liam y Kyle charlando amigablemente, pero también María y mi madre.

—¿Habéis cenado ya? —pregunté.

—No, te estábamos esperando —me contestó María.

Supe que mi madre le había contado algo de nuestra conversación, por la manera en la que me habló y el tono que había empleado.

Era mi tía, aun sin llevar mi sangre, y sabía de sobra que jamás haría nada que pudiera causarme ningún dolor, al menos no de manera consciente.

—Anda, vamos a poner la mesa —le dije.

—Sí, mientras que tu madre termina de calentar la cena.

Al levantarse, me dio un abrazo. Ellos no nos entendían, pero nosotras sí que lo hacíamos. Con ese gesto me quería decir que podía contar con ella para lo que quisiera, que jamás me iba a traicionar.

En ese momento decidí cambiar el chip, pues si no lo hacía, lo iba a pasar muy mal, y me acerqué a Kyle, por si necesitaba ayuda con algo relacionado con el idioma o con conocer a más gente.

—Pues no sabes cómo te lo agradecería, Nuria. Me muero por conocer la ciudad, pero temo perderme.

—No te preocupes, que este fin de semana, mis amigas y yo, te podemos hacer un tour.

—Yo también puedo ayudarte por las tardes, ya me conozco muy bien el centro —le dijo Liam.

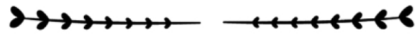
La manera en la que lo dijo y el tono que empleó, era como si estuviera celoso y no quisiera que Kyle se acercara a mí.

No podía ser, pues él era el primero que había dicho que no volvería a pasar nada entre nosotros, y eso me confundió muchísimo.

¿Y si me estaba formando una película yo sola? ¿Y si nada de lo que estaba pensando era verdad?

En fin, el tiempo lo dirá. Ahora, prefería centrarme en lo que me tenía que centrar, nada más, y nada menos, que, en mis estudios, que era lo más importante.

Capítulo 9



Liam

Al día siguiente, comuniqué al decanato la relación de inquilino que tenía, no con Nuria, sino con su madre, Carmen, y no tuve ningún problema.

—Liam, de verdad que no tienes por qué dar explicaciones a nadie, mucho menos cuando no hay relación sentimental entre vosotros.

—José Manuel, es que ya he pasado por algo similar en Standford, y no te puedes imaginar el lío que me montó aquella chica.

—Mira, no sé cómo era aquella chica, lo que sí que te puedo decir es que no tiene nada que ver con Nuria.

—Por lo que la conozco, tampoco me parece que sean iguales, la verdad.

—Carmen, su madre, lleva muchos años alquilando habitaciones, a profesores y alumnos, y el respeto siempre ha sido mutuo, al igual que con Nuria…

Estuvimos un buen rato hablando entre nosotros, hasta que entendí que la manera de ver la vida de una ciudad y de otra, eran completamente diferentes.

Me centré en mi trabajo y cuando volvía a casa, intentaba que la relación de convivencia fuera lo más amable y cordial que podía.

La relación entre Kyle y Nuria se iba haciendo más estrecha, y no puedo negar que no me gustaba un pelo.

Los celos se hacían presentes en cada ocasión en la que los veía reír o compartir planes y más de una vez, me entraron ganas de decirles que me iba con ellos.

Esa noche habían quedado para salir a cenar y a una discoteca. Me enteré por casualidad, y no sabía qué hacer. Estuve toda la tarde dando vueltas por mi habitación, como si estuviera enjaulado.

Tenía un cacao mental bastante considerable. Por un lado, me decía que no era asunto mío, que no podía involucrarme y que me tenía que centrar en mi trabajo, no podía ocurrirme otra vez lo mismo.

Pero, por otro lado, el simple hecho de pensar que podía pasar algo entre Kyle y Nuria fuera de la amistad, el imaginarme que sus labios eran los que los iba a besar, hacía que mi sangre hirviera.

Os prometo que fue la peor noche de mi vida. Cómo no podía dormir, me bajé a la playa e hice unos largos. No era como cuando me bañaba después de comer, porque el agua estaba demasiado fría.

Pero, me vino bien. El frío del agua sirvió para quitarme el calentón que tenía, y no precisamente en el tema sexual, sino del cabreo que llevaba encima.

Subí a casa y sentada en el salón, a pesar de que ya eran altas horas de la madrugada, estaba Carmen.

—¿Te encuentras mal, Liam?

—No lo sé.

—Mira, aunque no te lo creas, no me chupo el dedo. Sé que todo esto es por mi hija.

—Carmen, estoy hecho un lío…

Me senté con ella en el sofá del salón y le confesé todos mis miedos, pero también mis anhelos.

Carmen me escuchaba con atención, y me dejó hablar sin interrumpirme, intentando entender todo lo que pasaba en estos momentos por mi cabeza y, sobre todo, por mi corazón.

—No me había sentido así en la vida, te lo prometo.

—Eso, amigo mío, se llama estar enamorado.

Cuando Carmen pronunció esas palabras, algo en mi interior dio un vuelco. Era como si mi cerebro al escucharlo de boca de otra persona hubiera sido capaz de procesarlo.

Sin decir una palabra más, me levanté y me metí en mi habitación. No me podía creer que me hubiera enamorado de Nuria, doce años menor que yo y, encima, mi alumna.

Salí con la ropa para darme una ducha, que me serviría, además de para quitarme el salitre del cuerpo, para relajar mi musculatura.

Gracias al cielo, no tenía que dar clases al día siguiente, puesto que era sábado, porque si no, tendría que avisar de que no podía asistir, ya que el dolor de cabeza se iba a hacer presente, lo tenía claro.

Vi como Carmen se dirigía a su habitación. Al pasar por mi lado, me tocó el brazo y me dedicó una sonrisa, antes de hacerlo con unas palabras.

—Liam, en el corazón no se manda. Lo único que te voy a pedir es que no juegues con ella, no se merece que le hagan daño.

—Eso es lo último que pretendo, Carmen.

Le dejé un beso en la mejilla, porque me nació así. Entré en el baño y me metí bajo el agua de la ducha, dejando que el chorro eliminara la pesadez que sentía en mi cuerpo.

No podía dormir y en cuanto que los escuché llegar, riendo, no me pude reprimir y me puse detrás de la puerta.

Si escuchaba que entre ellos iba a pasar algo, me retiraría, incluso buscaría otro alojamiento, por muy a gusto que me sintiera, pero no podría verlos a diario, coqueteando, besándose…

En el momento en el que escuché la puerta de Kyle cerrarse, abrí la mía y la cogí por el brazo, entrándola en ella.

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo?

—Ponerte las cosas claras.

No dije una palabra más, la pegué contra la pared y, tras mirarla a los ojos, para obtener su consentimiento, la besé.

No fue un beso lento, ni tampoco romántico, sino que fue un beso hambriento, con la desesperación de saber si otros labios la habían besado.

—Para, para, no voy a ser tu juguete.

—Ni pretendo que lo seas.

—¿Qué buscas de mí, Liam?

—Todo, lo busco todo.

Nos miramos a los ojos y ya sí que no pudimos aguantar más, ninguno de los dos, y nos devoramos como si estuviéramos hambrientos el uno del otro.

Mis manos buscaron sus nalgas y en cuanto las encontré, las agarré como si me fuera la vida en ello. La levanté en brazos y enrosqué sus piernas en mi cintura.

En cuanto que notó mi miembro, erecto y duro como una piedra, en su centro del placer, la escuché gemir, y eso fue el pistoletazo de salida, lo único que necesité para dejarme llevar.

—Hazme tuya, Liam, no aguanto más.

—Mierda, no tengo preservativos aquí…

—Tomo la píldora y estoy limpia.

No me hizo falta más. Saqué mi miembro y, apartando a un lado sus braguitas, la penetré fuerte, de una sola embestida.

Notar su vagina sin ninguna barrera, la suavidad y el calor que me estaba envolviendo, me terminó de volver loco.

—Esta vez será rápido, pero tenemos toda la noche por delante.

—No puedo más, necesito correrme.

—Tus deseos, son órdenes para mí.

Llevé mis dedos hasta su clítoris y haciendo círculos con ellos, conseguí que llegara al clímax, uno que me llevó con ella.

Fue el orgasmo más demoledor de mi vida, jamás había sentido algo así, y creo que a Nuria le ocurrió lo mismo.

Intentó bajarse y marcharse, pero no se lo permití. No iba a consentir que ocurriera como en el hotel, que se marchara como si hubiéramos hecho algo malo.

La llevé hasta mi cama, dejándola en el suelo a los pies de ella. Sin dejar de besarla, me deshice de su vestido, así como de su ropa interior, que no podía ser más sexy siendo tan sencilla.

Cuando estuvo completamente desnuda, la tumbé allí. Me levanté y le dije que no se moviera, pues iba por una toalla que humedecí para limpiarla. No quería que se sintiera incómoda.

—Antes, hemos follado, pero ahora, ahora te voy a hacer el amor.

Pronuncié esas palabras mientras la limpiaba, cogiéndola completamente por sorpresa, pues no se esperaba que le dijera algo así.

Me subí a la cama, situándome entre sus piernas. Besé su boca, y fui bajando con mis besos por todo su cuerpo, hasta llegar a su sexo.

Lo primero que hice fue lamerlo, de abajo arriba, y provocando que se retorciera de placer. Nuria tuvo que morder la almohada para no gritar, pues el orgasmo la sorprendió muy intensamente.

Hice el camino inverso con mi boca, hasta llegar a la suya, que volví a devorar. La diferencia entre la vez anterior y esta era que, a pesar de hacerlo con la misma intensidad, no era solo deseo, también era amor.

Casi sin darme cuenta, invirtió nuestras posiciones, y ahora era ella la que bajaba besando mi cuerpo.

Cuando llegó a la altura de mi miembro, no se lo pensó y, después de cogerlo con su mano, lamió de la base a la punta. Sentir su lengua en mi glande fue de las cosas más maravillosas que había sentido en mi vida.

Pero, nada en comparación a cuando la engulló entera. Os prometo que me pareció tocar el cielo con las manos. Sentir como succionaba, como pasaba su lengua por mi glande…

—Para, por favor, que no quiero terminar ahí.

Nuria me miró, con una sonrisa de satisfacción en su mirada, pues había conseguido lo que quería.

La levanté y la volví a colocar a la altura de mi boca. Besándola como si no hubiera un mañana. Ella, mientras, cogió mi miembro y lo dejó a la altura de su vagina, penetrándose con él.

Cogió un ritmo lento, yo diría que, hasta tortuoso, pero que me puso los vellos de punta, de lo que me hizo sentir.

La dejé durante un buen rato que tomara las riendas de la situación, hasta que, sin que se lo esperara, le di la vuelta, dejándola bajo mi cuerpo.

Era el momento de demostrarle que no era solo sexo lo que quería con ella, que quería mucho más, y esperaba que ella estuviera dispuesta a luchar conmigo por sacarlo adelante.

Nuestros cuerpos se movían sincronizados, como si estuvieran diseñados para bailar juntos, en la misma sintonía, y así nos mantuvimos hasta que ambos alcanzamos el orgasmo.

Nos llegó a ambos al unísono, y eso sí que no me había pasado con ninguna mujer con la que había mantenido sexo, ni una sola lo consiguió.

Casi sin resuello, nos dejamos caer en la cama, hasta que, poco a poco, volvimos a recuperar el aliento y fuimos capaces de hablar de nuevo.

Le pasé el brazo por encima de sus hombros y la pegué a mí, dejando que su cabeza reposara sobre mi pecho.

Tengo que reconocer que nunca me había sentido así de completo, pero llegaba el momento de poner las cartas encima de la mesa, y ver si ella era capaz de hacer por mí lo que tenía pensado.

—Nuria, me gustaría que habláramos de esto que ha pasado.

—Si lo que pretendes decirme es que no se lo cuente a nadie, o que no volverá a pasar, no hace falta que rompas este momento, de verdad.

—Con respecto a lo primero, sé que no será así, y con lo que has dicho de que no volverá a pasar, precisamente quiero todo lo contrario.

—¿A qué te refieres?

—A que quiero que nos dejemos llevar, que empecemos algo, pero eso sí, tendremos que ser discretos, no quiero que nadie de la universidad se entere.

—No pienso ir con una campanita por ahí pregonando nada…

—Pero, tanto a ti como a mí, se nos puede escapar un comentario, una sonrisa o algo que nos delate.

—¿Pretendes que lo mantengamos en secreto?

—No tanto como en secreto, porque no pienso vivir en cautividad, pero sí con la mayor discreción.

—Está bien, pero tan solo espero que esta situación no dure mucho.

—El tiempo que termine el curso, el año que viene, puedo solicitar un cambio de clases y que yo no sea tu profesor.

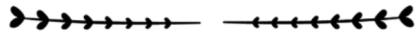
Pareció entenderlo, y con una sonrisa en los labios nos quedamos dormidos. Cuando nos despertamos y salimos al salón, su madre nos miraba con una sonrisa de satisfacción, y no pude más que abrazarla.

—Gracias por ser tan comprensiva.

—Gracias a ti, por hacer feliz a mi hija.

Era casi la hora de comer, por lo que nos esperamos sin desayunar. Lo que sí me tomé fue un café, pues lo necesitaba para poder mantenerme en pie y con los ojos abiertos.

Capítulo 10



Nuria

Nuestra "relación" parecía ir viento en popa. En la universidad, ambos actuábamos como profesor y alumna, mientras que en casa nos comportábamos como una pareja normal.

La única que lo sabía todo era Daniela, a ella no podía ocultarle nada, y Liam lo sabía. Lo que le pidió es que no hiciera comentarios que nos pudieran perjudicar.

—Amiga, mira que está bueno.

—¿Quién, mi chico o Alex?

—Los dos, pero yo me quedo con el segundo.

Soltamos una carcajada por lo surrealista de la situación. Daniela no se había declarado a Alex, ni siquiera se habían vuelto a dirigir la palabra desde que la vio salir de la discoteca de la mano de Peter.

Ahora bien, las veces que nosotras coincidimos con ellos por la noche, se cuidaba muy mucho de ligarse a nadie en su presencia.

Ese fin de semana, Liam me había dicho que tenía una cena con los compañeros de trabajo. Al parecer, era el cumpleaños del decano y habían organizado una salida conjunta.

Para nada me molestaba que fuera, lo que sí lo hacía era que todos iban con sus parejas, menos él, que seguía empeñado en mantener oculto lo nuestro, a pesar de que quedaba una sola semana para terminar el curso.

—Es que no lo entiendo, de verdad. No estamos haciendo nada malo a nadie.

—Te lo dije, y aceptaste. No me parece de recibo que ahora me lo eches en cara.

—No te estoy echando nada en cara, simplemente me duele que me tengas oculta, como si, por hacerlo público, estuviéramos haciendo daño a alguien.

Tuvimos nuestra primera bronca, y fue épica, hasta el punto de que, cuando se marchó, no me dijo ni adiós.

Si pretendía con eso que me quedara en mi casa, lo llevaba claro. Hoy, más que nunca, me iría a disfrutar de la noche y ojalá coincidiéramos con él para que viera que no me hacía falta para nada su presencia para pasarlo bien.

Ese fin de semana quedamos con Carla, ya que su jefe había salido de viaje con su mujer y su hija, y decía que estaba cansada ya de estar en la sombra.

Ella, al fin y al cabo, tenía un motivo para mantenerse oculta, pues el susodicho tenía una familia, pero nosotros no teníamos a nadie, ninguno de los dos.

No sabía cómo la entendía, y le propuse salir a cenar, donde lo hacíamos siempre, y luego ir a bebernos hasta el agua de los floreros.

—Amiga, estoy de acuerdo contigo. Te recojo en media hora.

—Perfecto, puesto que Daniela también viene para acá.

—Nos vemos, entonces.

Mi madre, que había sido testigo de toda la bronca, decía que ella no pensaba meterse en nada, pero que, si yo había aceptado lo que me había propuesto, ahora no podía recriminarle nada.

Ella se había ido con María y el niño a un centro comercial que había en una ciudad cercana. Lo hicieron a media tarde, y estarían allí hasta bien entrada la noche, pues lo iban a llevar al concierto de un grupo del que Saúl era fan y del que le regalamos las entradas por su cumpleaños.

Me di una ducha ligerita, y me arreglé. Esa noche quería estar especialmente arrebatadora, por lo que me decidí por unos shorts de raso negro, que acompañé con una camisa de gasa, también de color negro, con un top lencero debajo.

Mis cuñas negras altas y una chaqueta vaquera, pues por las noches refrescaba un poquito. Recogí mi melena en una coleta alta, y me maquillé con una sombra ahumada en los ojos, máscara de pestañas y mis labios rojo putón, como decía mi vecina María.

Avisé a Kyle por si quería venir con nosotras, pero declinó mi oferta. El lunes tenía un examen complicado y no lo llevaba muy bien.

Estaba ahí por una beca, y si bajaba la media podía correr el riesgo de que se la quitaran y tener que volver a su país.

Sus padres no eran adinerados, ni mucho menos. Era una familia de clase media con dos hijos, que tenía que hacer muchos números para cubrirlo todo y llegar a fin de mes.

Su único deseo era terminar la carrera, encontrar un buen trabajo y ayudar a su familia a salir adelante. Por ello, se dejaba las pestañas en cada folio y en cada apunte que caía en sus manos.

Nos fuimos al bar de Menchu, que era donde cenábamos habitualmente. Le pedimos una tabla de montaditos y un surtido ibérico para empezar, así como una botella de vino blanco, muy frío.

—Por nosotras, para que ningún macho ibérico nos quite nunca nuestra sonrisa —dijo Daniela, levantando la copa.

—Bueno, el mío, ibérico no es, pero bueno, que así sea —respondí.

Soltamos una carcajada que contagiamos a Menchu, que venía a traernos la comida, y que, como no tenía mucha afluencia, todavía, se sentó a tomarse un vino con nosotras.

Para nosotras, Menchu era como otra madre, pues no dudaba en reñirnos o en aconsejarnos cuando era necesario.

—Contadme. ¿Celebramos y olvidamos? —nos preguntó Menchu.

—Un poquito de todo, Menchu —le contestó Daniela.

—Sí, celebramos que somos mujeres empoderadas, pero también intentamos olvidar el daño que nos están haciendo los hombres —respondí yo.

Menchu levantó la copa e hizo un brindis, por nosotras, por las dificultades que nos había puesto la vida.

Ella tampoco lo había tenido fácil. Su marido la abandonó y la dejó completamente arruinada.

Con la confianza que te da que sea tu pareja, él le traía documentación para firmar, alegando que eran facturas y trámites del negocio, para que no tuviera que ir hasta el gestor.

Se aprovechó de su amor para quitarle todo, pero no se conformó con eso, sino que se dedicó a pedir préstamos a diestro y siniestro, dejando a la pobre casi en la indigencia.

Pero tuvo los cojones suficientes para empezar de cero. Solicitó acogerse a la ley de segunda oportunidad, demostrando que ella no había visto un solo céntimo de ese dinero.

Con la venta de su casa, pagó todo lo que le alcanzó, y el resto, se lo condonaron, dejando que volviera a respirar.

Estuvo durante un tiempo viviendo en una de nuestras habitaciones, limpió escaleras, cuidó ancianos, hasta que tuvo el suficiente dinero reunido para cumplir su sueño, que no era otro que ese bar en el que estábamos cenando.

De ahí nos fuimos hasta el local en el que conocimos a Liam y a Peter. No sabía si nos lo íbamos a encontrar, pero me daba exactamente lo mismo.

Entramos, y quienes sí que estaban allí, en una especie de reservado, eran Alex con sus amigos, que no dudaron en llamarnos, haciendo gestos para que los viéramos.

—Chicas, nos están invitando al reservado, y yo no pienso decir que no —les dije.

—¿Sabes qué? Que yo tampoco —me respondió Daniela.

—Pues vamos, que ya estamos tardando.

Subimos las escaleras hasta la primera planta, donde estaban los reservados. Cada uno de ellos se encontraban en un pasillo con una barandilla, desde donde se veía toda la barra y la pista.

—Hola chicas, sentiros como en casa —nos dijo Alex.

—Pues como me sienta como en casa, me acuesto en el sofá y ya me despertáis cuando os vayáis a marchar —le contesté.

Empezamos con las bromas y con el cachondeo, hasta que vimos a los profesores de la facultad entrar. Cuando vi a Liam como le daba paso a la profesora de derecho mercantil poniendo su mano en la parte baja de la cintura de ella, no os podéis imaginar lo que me entró por el cuerpo.

Intenté disimular que me había dado cuenta de ese gesto, así como de que habían entrado, hasta que escuché a uno de los amigos de Alex, hablar.

—Mira, ahí está el americano, con Sofía —dijo Mario.

—No puede tener más suerte, el cabrón. Con lo buenísima que está —en esta ocasión fue el propio Alex.

Daniela, al ver mi cara, intentó quitar hierro al asunto, pero todavía fueron peores los comentarios. Os prometo que me entraron ganas de bajar y darle un bofetón, por lo que me estaba haciendo.

¿Lo hice? Por supuesto que no. Si él no me iba a respetar, yo sí que lo haría. No me pondría como una histérica, ni como una celosa patológica ante toda la facultad.

—Joder, mira como bailan. Solo le falta comerle la boca —dijo Alex.

—Tampoco es para tanto, pueden ser solo amigos —dijo Carla, mirándome con pena.

—Como se nota que tú no lo has visto por la facultad con ella. Esos dos están liados, fijo, y esta noche lo vamos a comprobar —le contestó Alex.

No sabía si lo estaba haciendo para joderme, porque sabía que yo me había acostado con él aquel día, o si era cierto, pero lo que no puedo negar es que me dolió en el alma.

Mi mirada no podía apartarse de ellos dos, me dolía, pero quería saber la verdad. Era cierto que la manera de bailar que tenían no era la de dos compañeros de trabajo, ni siquiera la de dos amigos.

En un momento dado, vi como ella le decía algo al oído, y él soltaba una carcajada. De la mano, salieron de la pista y se dirigieron hasta la barra, donde se unieron a los demás.

La mano de ella estaba enganchada a la trabilla del pantalón de Liam, mientras que la de él descansaba encima de su hombro.

Después de que ella le diera un beso en el cuello y de que él la mirara con una sonrisa, ya no aguanté más.

—Chicos, yo me marcho ya, me duele muchísimo la cabeza.

—Nosotras nos vamos contigo —dijo Carla.

—No, de verdad, quedaos aquí, yo me voy directa a la cama.

Me despedí de todos con un beso en la mejilla, y bajé las escaleras. No iba a montar un numerito, pero sí haría que me viera, por lo que, como me cogía de camino, me paré a saludarlos a todos.

—Buenas noches, profes.

—Buenas noches, Nuria. ¿Qué tal todo?

—Perfecto, aquí disfrutando con unos amigos, pero ya me marcho. Pasadlo bien.

La cara de Liam era un poema, entre el miedo de que yo pudiera decir algo que le comprometiera y la incertidumbre por saber lo que yo había sido capaz de ver.

Salí de allí con lágrimas en los ojos. Estaba claro que no quería verlo más allá de la facultad, pero no podía privar a mi madre de ese dinero, por lo que hablaría con la abuela de Daniela, por si me podía ir a vivir allí.

Lo tenía claro y en cuanto llegara a mi casa, lo hablaría con mi madre. No me apetecía estar encerrada entre cuatro paredes sola, por lo que, en el momento en el que entré, llamé a la puerta de Kyle.

Cuando me vio los ojos rojos, no preguntó, tan solo me abrazó, esperando a que fuera yo la que le contara todo.

Estuve en su habitación hasta casi que dieron las claras del día, y Liam seguía sin volver. Un nudo en el pecho me impedía respirar, así que, salí del cuarto de Kyle con la intención de hacerme una infusión, justo cuando él aparecía por el pasillo.

—Ahora entiendo el motivo por el que no querías que se enterara nadie en la facultad, estabas liado con Sofía.

—Yo no estaba liado con nadie.

—¿Hablas en pasado? ¿Eso quiere decir qué sí que te has liado con ella?

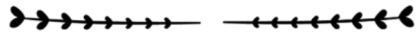
—No he hecho ni más ni menos que tú con Kyle.

Esas palabras, junto a la marca de labial rojo que traía en el cuello de la camisa, hicieron que me terminara de hundir.

¿Cómo podía haber sido tan gilipollas? ¿Cómo pude permitir que me mantuviera en la sombra?

Ahora sí que lo tenía claro, no quería verlo ni siquiera como profesor, y por eso, le envié un correo electrónico al decano en cuanto que entré a mi cuarto, o me ponían otro tutor de economía, o abandonaba la asignatura.

Capítulo 11



Liam

Después de la discusión que tuvimos Nuria y yo, me entraron ganas de quedarme en casa, de no ir a ninguna parte, pero si lo hacía, se acostumbraría a montar un pollo cada vez que ella quisiera que no hiciera algo o fuera a algún lugar.

No le quitaba la razón, porque la tenía, ya que todos acudían con sus parejas, menos yo, y eso tenía que doler, lo cual no significaba que tuviera que hacerlo.

Entre nosotros, y mucho antes de que empezáramos algo romántico, llegamos al acuerdo de mantener todo de manera oculta, hasta que terminara el curso.

No quería que me acusaran de aprovecharme de una alumna, o de que se cuestionara mi trabajo a la hora de corregir y evaluarla.

Salí de aquella casa con un nudo en la garganta, pues no le dije ni adiós. Su madre ya se había marchado con la vecina y su hija, pero había tenido la deferencia de no meterse en nada, y eso me gustó.

Llegué hasta el restaurante en el que habíamos quedado, y allí estaban todos mis compañeros, acompañados de sus parejas, excepto Sofía, la profesora de derecho mercantil.

—Bueno, bueno, si ya ha llegado el soltero de oro de la facultad, porque la soltera de platino, esa soy yo —dijo Sofía.

—Bueno, tanto como soltero de oro… Vamos a dejarlo en bronce —contesté.

Saludé a todos y, al llegar a la altura de José Manuel, el decano, que, por otro lado, era el único que conocía mi historia, notó en mi rostro que algo me ocurría.

Con mucho disimulo me llevó a un lado, con la excusa de preguntarme algo de un regalo para su mujer, y me preguntó.

—¿Problemas en el paraíso?

—Más que eso, creo yo.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Pues, que ha pasado lo que tenía que pasar. Me ha recriminado que todos vengan con pareja y yo, la siga manteniendo oculta.

—Ya te he dicho en multitud de ocasiones que, eso, terminaría por pasarte factura.

—Pero… no puedo poner mi trabajo en entredicho, José Manuel.

—Nadie te va a juzgar, Liam. Ya te he contado que mi mujer había sido mi alumna, y aquí estamos.

Estábamos enfrascados en esa conversación, cuando vi que Sofía venía hasta nosotros. José Manuel me miró y, con esa mirada, me quiso advertir de algo, pero no supe bien a qué se estaba refiriendo.

Nos pasaron a la sala donde nos habían preparado la mesa en la que cenaríamos, y, casi sin darme cuenta, mi compañera se sentó a mi lado.

Tengo que reconocer que era guapísima, morena y con un cuerpazo de escándalo. Todo el que pasaba por su lado tenía que pararse a mirarla, y ella estaba encantada con esas atenciones.

Según las malas lenguas, se acostaba con todo lo que se movía. Pero era soltera, con lo cual, no le hacía daño a nadie y a mí me parecía perfecto.

Cada cual era muy libre de vivir su sexualidad como le diera la gana, sin tener que ser juzgados por nadie. Y, eso, ella, lo llevaba a gala.

No me extrañaría que se hubiera acostado con algún alumno, puesto que, a la facultad aparecía vestida, siempre, con ropa muy ceñida y pantalones muy ajustados.

Hoy llevaba un vestido negro, estrecho y que le llegaba a medio muslo, con un escotazo que hacía ver que tenía un pecho estupendo.

—Hijo, cambia esa cara, que parece que te has lavado los dientes con vinagre.

—¿Con vinagre? ¡Vaya cosa más asquerosa!

Ella soltó una carcajada que me contagió. Y así, pasamos toda la cena, entre bromas y risas. Sofía era una mujer de lo más divertida, eso era innegable.

—Venga, vamos a tomarnos una copita al local nuevo de la calle Nueva —dijo uno de mis compañeros.

—¡Yo, me apunto! —contestó Sofía.

—Yo…

—Tú, también, y te quitas esa cara de haber chupado un limón —me interrumpió Sofía.

—Venga, vale, yo también me apunto.

Al final, nos apuntamos todos. Era el mismo local en el que había conocido a Nuria, donde la besé por primera vez y desde donde salimos hasta mi hotel, para tener sexo.

Un nudito se me formó en la garganta, pero lo disimulé bien, pues ninguno de mis compañeros me preguntó nada.

Nos situamos en un lateral de la barra, donde nos pedimos unas copas y nos pusimos a charlar.

En un determinado momento, empezó a sonar una bachata y Sofía, me quitó la copa de las manos, la situó junto a la suya en la barra, y me cogió de la mano para bailar.

Desde pequeño me había encantado bailar y mis padres, siempre me tuvieron apuntado a danza, sobre todo los últimos años de mi adolescencia, donde me especialicé en bailes de salón.

La salsa y la bachata eran mi especialidad y cuando empezaba a bailar, me olvidaba del mundo y de todo lo que me rodeaba.

—¿Sabes bailar esto, Sofía?

—Bueno, digamos que me defiendo.

—Entonces, déjate llevar.

La situé en posición, con mi mano en la parte baja de su cintura, abrí sus piernas en el ángulo perfecto, y la pegué a mí.

Quien nos viera desde fuera, podría pensar que estábamos tonteando, o que éramos una pareja calentándose mutuamente, pero nada de eso era cierto. Tan solo estábamos bailando, hasta que Sofía se acercó a mi oído.

—Cómo sigas bailando así, encendiéndome de este modo, vas a tener que actuar de bombero, te lo aseguro.

—Lo mismo no te gusta mi manguera.

—Créeme, por lo que estoy notando en mi pierna, no solo me va a gustar, me voy a volver loca.

Solté una carcajada que resonó en todo el local. Estuvimos bailando hasta que terminó la canción, que volvimos con nuestros compañeros.

Salimos de la pista tal y como habíamos entrado, de la mano, pero, en un momento determinado, ella soltó mi mano para ponerla en mi cintura, enganchada a la trabilla de mi cinturón, y yo puse la mía encima de sus hombros.

—Me gustas mucho, Liam…

—Sofía, no quiero ser desagradable, pero… tengo pareja.

—¿Me lo dices en serio?

—Pues sí, he conocido a una mujer fantástica de la que me he enamorado.

—¿Por qué no ha venido contigo?

—Porque hemos discutido antes de que saliera de mi casa…

No le quise dar más detalles, pero eso, lejos de incitarla a preguntarme, lo que hizo fue que no se lo creyera, por lo que se acercó a mi cuello y me dejó un beso de lo más sensual.

Justo cuando iba a decirle que no iba a pasar nada entre nosotros, escuché una voz, una que reconocería entre mil, y que hizo que se me pusieran los vellos de punta.

—Buenas noches, profes.

—Buenas noches, Nuria. ¿Qué tal todo? —le preguntó José Manuel, mirándome de forma que me estaba increpando, algo así como "te lo dije".

—Perfecto, aquí disfrutando con unos amigos, pero ya me marcho. Pasadlo bien.

De mi cambio de actitud y de la manera en la que mi rostro había mudado de color, se dieron cuenta todos, y cuando Nuria se marchó, todos giraron su rostro hacia mí.

—¿Tienes algo que contarnos, Liam? Y no te lo pregunto a modo de reproche, de verdad —me dijo uno de mis compañeros.

—¿Es esa la mujer tan maravillosa de la que te has enamorado? —me preguntó Sofía.

Llevé mis manos a mi cara, como muestra de vergüenza, pero también de desesperación.

Al final, todo lo que había intentado ocultar había salido a la luz, y no porque ella hubiera dicho o hecho nada, sino por el gesto de dolor que llevaba en su cara y el mío de desconcierto.

Miré a José Manuel que, con un gesto de cabeza, me animó a que abriera mi corazón, a que les contara a todos como había conocido a Nuria y lo que había sucedido entre nosotros.

Así lo hice, por primera vez me desahogué con mis compañeros, les conté todo: como la conocí, como, la casualidad, hizo que el destino moviera sus hilos para volvernos a encontrar en las aulas y cuando me la encontré en el piso en el que había alquilado una habitación.

—Liam, lo siento por ti, pero estáis destinados a entenderos —me dijo la mujer de José Manuel.

—Chico, la vida no se toma tantas molestias para nada —me contestó otro de mis compañeros.

Así, uno tras otro, me fueron animando a que dejara de ocultar nuestra relación. Sofía utilizó las mismas palabras que había pronunciado Nuria esta misma tarde.

—Mira, Liam. Soy dos personas jóvenes, solteras y enamoradas. Nadie tiene derecho a juzgaros, a ninguno de los dos, porque, ni le estáis haciendo daño a nadie ni tenéis que darle explicaciones —me dijo Sofía.

—Eso sí, espera a que sea de día para hablar con ella, porque, si te ha visto bailar con Sofía, si te ha visto de esta manera tan "cariñosa" con ella, tiene que estar muy dolida —me dijo el decano.

—Vamos, te invito a un café en mi casa, que vivo aquí al lado, y así hablamos con tranquilidad —me dijo uno de mis compañeros.

Salimos todos de allí y, efectivamente, me fui con David y su mujer, a su casa, donde me invitaron a una infusión tranquilizante.

Por mucho que intentaba poner mis ideas en orden, por mucho que pensaba en cómo le explicaría a Nuria que, entre Sofía y yo, no había pasado nada, ni iba a pasar, no encontraba las palabras adecuadas.

Aurora, la mujer de David, nos dejó a solas en el salón, y ella se fue a acostar, ya que, al día siguiente, tenía que ir temprano a recoger a su hijo a casa de su madre.

No es que la mujer no quisiera quedarse durante más tiempo con su nieto, como así me contó ella, sino que, lo echaba tanto de menos, que no podría estar sin él por más tiempo, por mucho que estuviera cansada.

—No te lo pienses, deja que sea tu corazón el que hable.

—Te prometo que, siempre he querido hacer las cosas bien, no lo he hecho por ocultarla con malas intenciones.

—Lo sabemos, amigo, pero, en el corazón, no se manda.

—Terminaré tatuándome esa frase, te lo prometo.

Estuvimos hablando durante un buen rato, hasta que vi que estaba amaneciendo y decidí volver a casa.

No pediría un taxi, sino que me iría dando un paseo. La brisa de la mañana me vendría de lujo para terminar de despejarme.

Metí la llave con cuidado, por si estaban durmiendo, ya que no quería despertar a nadie. Eso sí, tenía claro que no me acostaría hasta no hablar con Nuria.

Justo cuando entré, la vi en el pasillo, saliendo de la habitación de Kyle, con el pelo revuelto y una camiseta larga puesta, que no era suya. La ropa que había llevado la noche anterior, la llevaba en la mano, echa un montón.

En cuanto me vio, vino hasta mí, con furia, pero no menos que la que yo sentía por dentro. Le había bastado una sola discusión, para correr a los brazos de Kyle.

—Ahora entiendo el motivo por el que no querías que se enterara nadie en la facultad, estabas liado con Sofía.

—Yo no estaba liado con nadie.

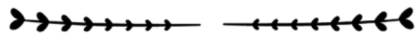
—¿Hablas en pasado? ¿Eso quiere decir qué sí que te has liado con ella?

—No he hecho ni más ni menos que tú con Kyle.

No hablaba yo, hablaba mi rabia, mis celos, pues tan solo de pensar que otros labios, otras manos, habían recorrido su cuerpo, hacía que me hirviera la sangre.

Ella se dio media vuelta y entró en su habitación, mientras que yo entré en la mía. Al fijarme en mi imagen en el espejo, vi lo que le había hecho pensar que yo me había acostado con Sofía, y era que tenía el cuello de la camisa manchado del mismo labial rojo que llevaba ella esa noche.

Capítulo 12



Nuria

Esa misma mañana, y aprovechando que él estaba dormido, hablé con mi madre. Ella no había dormido en casa, sino que lo hizo en casa de María, pensando que yo lo haría en casa de Daniela, como tantas otras veces.

—No puedo más, mamá, y necesito alejarme de él.

—Pero, esta es tu casa, si alguien se tiene que marchar, es él.

—Mamá, será algo temporal, y ese dinero te viene muy bien.

—Prométeme que vendrás a verme a diario, que, si necesitas algo, acudirás a mí.

—No me vas a perder, mamá, te lo prometo.

Le di un abrazo y salí camino a casa de Daniela. Sabía que su abuela me abriría los brazos de par en par y, por supuesto, ayudaría con los gastos de la casa, lo que vendría también de lujo para aliviar su carga.

Lo hice por el camino más largo, pues me apetecía dar un paseo antes de hablar con la abuela de mi amiga.

Durante toda la mañana había ido preparando mi ropa, tampoco me llevaría mucho, al fin y al cabo, estaba a pocas calles de mi casa, con lo que, cuando necesitara algo, siempre podría acudir un momento a buscarlo.

Llegué a su casa y llamé al timbre, ya que el portal se encontraba abierto, y esperé hasta que Maruja, su abuela, me abriera. Tenía claro que Daniela continuaría durmiendo.

—Hija, ¿qué haces aquí tan temprano? ¿Ha ocurrido algo?

—Hola Maruja. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto, mi vida. Pasa y te pongo un refresquito, que hoy hace mucho calor.

Maruja me contó que su nieta llegó con las claras del día y que, tras darse una ducha, se había acostado directamente. No había querido ni desayunar antes de hacerlo.

Después de darle muchas vueltas, le conté para lo que había venido y, tal y como supuse, me dijo que su casa era mi casa, que podía permanecer en ella el tiempo que necesitara.

Donde no llegamos a un acuerdo fue en el tema económico, repetía, una y otra vez, que no me iba a consentir que pagara nada, pero yo tenía otra idea en mi cabeza.

El mismo lunes, llamaría a la compañía eléctrica, y pagaría con tarjeta las facturas que hubiera pendientes, al igual que las que tuvieran de agua, aliviándolas así durante unos meses.

Otra cosa que tenía pensada hacer, y que lo haría en cuanto que tuviera mi portátil, era una buena compra online, para que no les faltara absolutamente de nada en la nevera.

Ayudé a Maruja a preparar la comida, ya que no iría a mi casa hasta que no supiera que Liam había salido a nadar, como hacía a diario.

Terminábamos de pelar y cortar las patatas, que las haría guisadas con carne, cuando Daniela apareció por la cocina.

—Escuchaba tu voz, pero pensaba que estaba soñando —me dijo.

—Claro, ahora tu amiga es un espectro —dijo Maruja, negando con la cabeza.

—Pues ya ves que no, que soy muy real.

Daniela se sentó a mi lado sin preguntar nada, pues sabía que, en cuanto que su abuela se fuera al baile y al bingo, yo se lo contaría todo, como así fue.

La comida salió deliciosa, y es que, si mi madre cocinaba como los ángeles, Maruja lo hacía como el mismo Dios. Ella, con cualquier cosita, te montaba un festín, cuya comida estaba para chuparse los dedos.

—Niñas, me marcho a mi baile, que ya está la Mari esperándome abajo —nos dijo.

—Muy bien que haces, Maruja, disfruta mucho, que ya has sufrido bastante —le contesté, levantándome para darle un beso.

—Abuela, ten cuidadito no vayas a venir con una barriga a tu edad —le dijo Daniela.

Maruja se acercó a ella y le dejó un cosqui en la cabeza, pues siempre que salía, le decía lo mismo.

—Las que debéis tener cuidado sois vosotras, que tenéis toda la vida por delante, y siempre habrá tiempo para eso.

—¡Abuela! ¡Qué yo no te he dicho nada! —le dije.

—Por si acaso. Volveré sobre las once de la noche.

—No te preocupes, que nosotras vamos a pedir pizza para cenar —contestó Daniela, sabiendo que a su abuela le encantaba.

—Entonces, en vez de a las once, vendré a las diez.

Mi amiga y yo, soltamos una carcajada, que provocó que Maruja se marchara riendo. Era para verla, entresemana, su batita y su mandil eran parte de ella, pero cuando llegaba el domingo, sacaba sus mejores galas.

Hoy, en concreto, y como sabía que a mí el tema de peluquería se me daba bien, me hizo cogerle los rulos y peinarla luego. Porque decía que, en el baile, había una mujer que siempre iba de punta en blanco, y que tenía a todos los hombres locos.

—Mira, Nuria, no es que yo a mis años quiera tener un novio por el tema de sexo, que eso ya quedó muy atrás, pero sí que me gustaría tener un compañero de vida.

—Maruja, el sexo, da igual la edad que se tenga, siempre es bueno. Y en cuanto a lo otro, estoy segura de que encontrarás al mejor.

—Hija, tengo claro que mi nieta volará pronto, como lo hemos hecho todas en un momento de nuestra vida, y no quiero estar sola.

—Pues nada, como ahora estaré aquí, yo te daré tu toquecito en el peinado, para que seas la más guapa de todo el baile.

—Para eso, tendría que cogerme el mejor cirujano plástico. O mejor, tendría que ir a la Virgen de Lourdes, a ver si me hace un milagrito.

Maruja era de lo más divertida y, a pesar de todo lo que la vida le había hecho sufrir, ella siempre tenía una sonrisa pintada en su cara, y les veía el lado positivo a las cosas.

Cuando Daniela y yo nos quedamos a solas, mi amiga preparó dos tazas de café, que llevó hasta el salón, donde se sentó a mi lado, esperando a que me decidiera a contarle todo.

No esperé mucho y, tras darle el primer sorbo a mi café, empecé a contarle todo. Hasta el momento de mi marcha del local de copas, ella estaba al tanto, no a partir de ahí.

Se quedó completamente alucinada con lo que le estaba diciendo, negando con la cabeza.

—No me lo puedo creer, que te faltara al respeto de esa manera.

—Es por eso por lo que, tras hablar con mi madre, he venido para hablar con tu abuela, no tengo intención de vivir bajo el mismo techo que él.

—¿Te vienes a vivir aquí?

—Por supuesto, pero antes, me tienes que ayudar a traer mi ropa. Si vamos ahora, no me lo tendré que cruzar.

—Me pongo ropa cómoda y nos vamos.

Ni diez minutos después, estábamos las dos en mi casa, donde mi madre me miraba con pena, pues no quería que me fuera.

Liam había salido, pero no a nadar. Según le dijo a mi madre, lo había llamado un compañero de la facultad para invitarlo a comer a su casa, pero yo sabía que no había sido un compañero, sino una compañera.

La gran Carmen, o sea, mi madre, intentó convencerme de todas las maneras habidas y por haber, pero no tuvo éxito.

Ya había tomado una decisión, por lo que, lo único que pudo hacer fue darme un abrazo y decirme que volviera cuando quisiera, cuando estuviera preparada y me encontrara con la suficiente fuerza.

No voy a decir que no me dolió dejar a mi madre, porque estaría mintiendo. Claro que lo hacía porque, desde el principio, tan solo habíamos sido las dos, y ahora, la echaría de menos.

En cuanto llegamos a casa de Daniela, colgamos toda mi ropa en uno de los armarios empotrados y vació unos cuantos cajones para que metiera mi ropa interior y mis calcetines.

La habitación de mi amiga era enorme, y contaba con dos armarios empotrados, a uno de ellos no le daba uso, por eso pude guardar mi ropa sin problema.

Contaba con dos camas y un escritorio doble, en el que no habían sido pocas las veces que ambas habíamos estudiado.

Tenía también una terracita con vistas al mar, y en la que mi amiga había puesto una mesa y un par de sillas de exterior, que era donde pasábamos muchas noches de verano que no nos apetecía salir, con una cerveza bien fría.

Una vez que lo tuve todo colocado, cogí el portátil y le dije a mi amiga que viniera. Ella me miró, sabiendo lo que pretendía hacer, y negó con la cabeza.

—No vayas a hacer lo que estoy pensando, o mi abuela se cabreará muchísimo.

—Por supuesto que pienso hacerlo. No voy a vivir aquí por la cara, menos sabiendo las dificultades que tenéis para llegar a fin de mes.

Daniela me contó que ella tenía habilitada la oficina virtual, tanto en la compañía eléctrica como en la del agua, por lo que no necesitaría ni llamar ni acudir hasta allí.

Lo primero que hice fue ponerla al día de las dos cosas, pagando todas las facturas que tenía pendiente y domiciliándolas en mi cuenta, sin que Daniela se percatara de ello.

A continuación, entré en la página web de un reconocido supermercado, y me dispuse a hacer una buena compra.

—¿No te parece ya suficiente con lo que has hecho?

—Para nada, no quiero que en esa nevera se vea la pared de detrás.

—Desde luego, cuando mi abuela se entere, se va a formar un buen pifostio.

—¡Qué va! Y si lo hace, ya me inventaré algo.

Nos sentamos las dos frente al portátil y, pese a que ella me hizo una lista de todo lo que faltaba en la casa, nada más que eran productos de primera necesidad, y no solo iba a adquirir esas cosas.

Metí en la cesta absolutamente de todo, desde natillas de los sabores que sabía que le gustaban, hasta frutos secos y patatas chips. También metí refrescos y cervezas, así como tintos de verano sin alcohol, que era lo que le gustaba a Maruja.

Pagué la compra y ordené que la trajeran el lunes de diez a doce de la mañana, de manera que, cuando lo hicieran, Daniela y yo estaríamos en la facultad, ahorrándonos la bronca de la primera impresión.

Eso sí, antes de salir para la universidad, le diría que estuviera pendiente, que, en el horario establecido, tenían que traer una cosa y que vendría a su nombre, para no tener problemas.

Cuando terminamos de hacer todo, al mirar el reloj, nos dimos cuenta de que eran cerca de las diez de la noche, por lo que, antes de meternos a darnos una ducha y ponernos el pijama, pedimos las pizzas.

A los veinte minutos, aproximadamente, escuchamos la llave de la puerta, y apareció Maruja, con las dos pizzas en la mano, lo que nos hizo mucha gracia.

—Abuela, no sabía yo que te habías empleado ahora como repartidora. ¿Dónde has dejado la moto?

—Mira, mejor no te digo donde, que no quiero ser ordinaria —respondió ella.

Mi amiga y yo soltamos una carcajada que resonó en toda la casa, por la manera en la que Maruja lo dijo. Venía con una sonrisa, lo que significaba que algo había pasado con el hombre que le interesaba.

—Me he encontrado al repartidor abajo, y para que no tuviera que subir las escaleras, le he dicho que las subía yo.

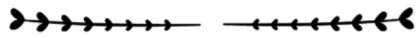
—Maruja, en realidad, lo que querías era pagarlas, pero lo siento, ya están pagadas.

—Lo sé, cuando he sacado el billete de cincuenta euros del monedero, el chico me ha dicho que el pedido ya estaba pagado. Por eso, tan solo le he dado la propinilla.

—Venga, abuela, cámbiate que vamos poniendo la mesa, que ya es muy tarde y mañana tenemos que ir a la facultad —le dijo Daniela.

No sería la primera vez que dormiría en casa de mi amiga, o que cenaba con ellas, pero echaba de menos a mi madre.

Capítulo 13



Liam

En cuanto escuché que Nuria salía por la puerta, salí de mi habitación, me di una ducha, y me vestí.

Tenía la necesidad de salir de ahí, de que me diera el aire, porque me iba a volver loco, pero antes, enfrentaría a Kyle, no me podía callar todo lo que llevaba dentro.

Llamé a su puerta y esperé a que me diera paso, cuando lo hice, la abrí y asomé la cabeza.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto. Dime, ¿en qué te puedo ayudar?

Ambos hablábamos en inglés, era como si nuestro idioma natal nos diera la suficiente libertad como parar expresarnos mejor.

Le espeté que hubiera aprovechado la debilidad de Nuria para liarse con ella, mientras que él me miraba, negando con la cabeza.

—¿Sabes lo único que he hecho con Nuria?

—Liarte con ella.

—No, lo único que hice fue apoyarla, escucharla como se había sentido traicionada por ti.

—Pero… la vi salir de esta habitación, e iba con una camiseta tuya.

—Claro, porque no sabía que su madre no estaba y no quería entrar en la habitación a despertarla.

—Entonces… ¿entre vosotros no ha pasado nada?

—Ni pasará en la vida. Primero, porque ella está completamente enamorada de ti y segundo, porque a mí no me gustan las mujeres.

Cuando me hizo esa confesión, os juro que el mundo se me cayó encima. ¿Se podía ser más gilipollas que yo? La respuesta estaba clara, era un no como una casa de grande.

Le había hecho creer que me había liado con Sofía, cuando, en realidad, la noche la pasé en casa de David.

No le di las explicaciones que ella necesitaba, y eso me había llevado a perderla para siempre. Porque eso sí que lo tenía claro, me iba a costar media vida que, tan siquiera, se dignara a escucharme.

Salí de allí como las balas, diciéndole a Carmen que había quedado con un amigo para comer, cuando era completamente mentira, no había quedado con nadie.

¿Qué hice? Pues me fui a mi refugio, el único lugar en el que encontraba la paz, que era a un rincón de la playa donde no acudía nadie.

Antes de llegar, paré en una tiendecita y me compré un bocadillo y una lata de cerveza. Quería mantenerme allí hasta que encontrara la manera de acercarme a Nuria, y no iba a estar todo el día sin comer.

En cuanto llegué, y menos mal que me había vestido con un pantalón de algodón corto y una camiseta, pues me quité las zapatillas de deporte y los calcetines e introduje mis pies en el agua.

La temperatura era ideal, y no descartaba que me diera un chapuzón en cuanto subiera la marea, pues, ahora, todavía estaban las rocas demasiado a la vista y no quería partirme la crisma.

Justo cuando estaba más a gusto, mi teléfono sonó, era Peter, así que no dudé en cogerlo.

Habíamos hablado varias veces a través de mensajes o correos electrónicos, pero hacía mucho tiempo que no escuchaba su voz.

—Amigo, ¿qué tal te va todo por tierras españolas?

—Peor que mal, Peter.

—¿Y eso? ¿No estabas viviendo el sueño español?

Me hacía mucha gracia, porque Peter decía que todo el mundo se iba a cumplir el sueño americano, mientras que yo había venido de América a cumplir el sueño español.

¿Qué era para él el sueño español? Pues os lo explico enseguida. Trabajar pocas horas, comer hasta la saciedad, dormir la siesta y tener un mujerón española al lado.

—Chico sueño español el mío…

—¡No me jodas!

Le expliqué todo lo que había pasado porque, no es lo mismo contarlo de viva voz que escribirlo en un mensaje.

Peter me escuchó atentamente, sin juzgarme, sin interrumpirme, hasta que consideró que era oportuno intervenir.

—¿Estás enamorado de Nuria, Liam?

—Hasta la médula, pero la he perdido, por gilipollas.

—Ese no es el Liam que yo conozco. Mi amigo, lucharía hasta el final, hasta que no tuviera ya aliento, para recuperar a esa mujer.

Estuvimos un buen rato más hablando, y me dijo que, al mes siguiente tenía una semana libre, pues había estado haciendo horas extras y trabajando lo fines de semana para poder venirse conmigo unos días.

Se lo agradecí, puesto que lo que más me apetecía era tenerlo a mi lado, lo echaba tremendamente de menos.

Me mantuve en la playa, sentado en esa roca hasta bien entrada la tarde y, después de comerme el bocadillo, decidí volver a casa, tenía que pedirle perdón a Nuria y hablar con ella.

Cuando llegué, no me encontré a Nuria, sino a Carmen, que se encontraba de lo más afligida y triste. Supe que tenía que ver con su hija, pues era con lo único que la había visto así.

—Carmen…

—Te estaba esperando, Liam.

—¿Te ocurre algo?

—Me ocurre que mi hija se ha marchado de mi lado. Me ocurre que, lo único que te pedí, y me prometiste, no lo has cumplido…

—Te prometo que, entre Sofía y yo no ha ocurrido nada, lo que le dije a Nuria…

—Frena el carro. No tengo ni idea de lo que ha pasado entre vosotros, ni me interesa. Lo único que quiero es que mi hija no sufra como lo está haciendo.

—¿No te ha contado nada de lo que ha pasado entre nosotros? ¿No sabes lo que hablamos en el pasillo ayer por la noche?

Carmen negó con la cabeza, y supe que Nuria no era la persona que yo me imaginaba que era, y eso me hizo saber lo mucho que me había equivocado con ella.

—Dime dónde está, Carmen, por favor, necesito hablar con ella.

—Y mi hija necesita tranquilidad, y eso es lo único que me importa.

—Por favor te lo pido, ha sido todo un malentendido. En ese momento no hablaba yo, lo hacían mis celos, mi rabia.

—Me da exactamente igual. No te pienso decir absolutamente nada, apáñatelas como puedas.

Se levantó de la cocina y salió de la casa, dejándome allí con dos palmos de narices, y sin saber qué demonios hacer para recuperar a Nuria.

Los días pasaban, y en la universidad, salvo en las clases que compartíamos, no la volví a ver. Intenté decirle que fuera a mi despacho, delante de todos sus compañeros, de manera desesperada, pensando que me diría que sí, aunque fuera para no dar la nota, pero me equivoqué.

—Lo siento, profesor Jackson, pero he solicitado que mi trabajo lo lleve otro profesor.

—¿Perdona?

—Sí, es que no creo que su manera de evaluarme sea la correcta.

—Quédate al final de la clase, señorita Flores, hay mucho que hablar.

—Pues, lo siento de nuevo, pero luego tengo clases de derecho mercantil y no me la puedo perder, o no tendré los apuntes.

—Yo me encargaré de hablar con la profesora para que le haga llegar los apuntes de hoy.

De fondo escuché como ese mismo chico que me preguntó el primer día lo de la discoteca, decía algo así como que tendría los mejores, pues no había nada como que te los pidiera el hombre con el que estabas liada.

—¿Me puede aclarar eso que acaba de decir, señor Alejandro?

—Pues es muy sencillo, ya toda la facultad sabe que Sofía y usted están liados. Nosotros mismos os vimos en un local de copas, bailando de una manera que… uf.

—Así que eso es lo que piensan. Muy bien. ¿Quiere venir aquí, señor Alejandro, por favor?

Me fui hasta mi mesa, saqué el móvil y puse la misma canción que sonaba aquel día en el local, y lo cogí de la mano.

Hice exactamente lo mismo que había hecho con Sofía, y bailé con él de la misma manera en que lo hice con ella, ante la atenta mirada de todos sus compañeros, que no sabían cómo actuar.

Cuando terminó la canción, y viendo que se había puesto rojo como un tomate, lo solté, lo miré a la cara y me dirigí a él.

—¿Esto significa qué también estoy liado con usted?

—No, pero…

—Pero nada. Soy campeón nacional de baile de salón y tal y como bailé con mi compañera, lo haría con cualquier otra persona, porque no sé hacerlo de otra manera.

—Claro, pero hay una diferencia notable, Alex no le ha dado un beso en el cuello ni le ha manchado la camisa de labial rojo —dijo Nuria, que salía por la puerta del aula.

—Nuria. Nuria, ven aquí, haz el favor —le grité, pero no me hizo ni puto caso.

¿Pensáis qué se volvió? Pues, como se dice en España, me comí un mojón de kilo y medio, por lo menos.

Al salir, vi como Sofía estaba en el pasillo, viendo toda la escena, ya que la puerta del aula estaba abierta.

Mi compañera esperó a que salieran todos los alumnos de la clase, para entrar a continuación a hablar conmigo.

—¿Me puedes explicar qué ha pasado aquí?

—Lo que tenía que pasar…

Le conté lo que había dicho Alex, y ella soltó una carcajada cuando le conté que lo había sacado a bailar, pero se le quitó cuando se enteró del comentario que había hecho Nuria.

—Me veo en la obligación de ir a hablar con ella, Liam.

—Da igual, no te va a escuchar y si lo hace, no te va a creer. Yo le di a entender que me había acostado contigo.

—¿Tú eres tontito o comes bolitas de alcanfor?

—¿Perdona? No he entendido lo que has dicho.

—Qué no se puede ser más imbécil que tú, eso es lo que he dicho.

—Eso no es una novedad, Sofía, lo tengo asumido desde hace mucho tiempo.

—Yo pienso poner todo de mi parte para que me escuche, tan solo espero que tú seas capaz de demostrarle todo lo que sientes.

Sofía salió del aula, pues llegaba tarde a impartir su clase. Supe que, en ella, y a pesar de todo lo que pudiera suceder entre Nuria y yo, tendría a una buena amiga, para siempre.

Ese día llegaba Peter, que había reservado una habitación en el hotel en el que nos hospedamos la primera vez que llegamos.

Fui a mi casa, me di una ducha y preparé una mochila con algo de ropa, pasaría esos días allí, con mi amigo, y así se lo hice saber a Carmen, por si Nuria quería pasar esos días con ella.

—Carmen, viene un amigo americano, esta semana la pasaré con él en el hotel.

—¿Por qué no te lo traes aquí? A mí no me importa que compartáis habitación.

—Pero…

—Si lo haces para que Nuria vuelva, no lo va a hacer, y tampoco quiero que lo haga.

—¿Me lo dices en serio?

—Claro. Me ha costado entenderlo, pero, al final, he comprendido que mi hija también necesita su espacio y su tiempo, y que no va a permanecer a mi lado durante toda la vida.

—Está bien, hablaré con él. Eso sí, esta semana te pagaré un suplemento, es otra boca más.

—No digas más tonterías, no va a suponer nada echar un puñadito más de comida.

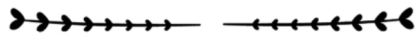
Le di un beso en la mejilla, dejé la mochila otra vez en la habitación y salí a buscar a mi amigo, lo esperaría en la puerta del hotel, donde le diría que rechazara la reserva.

Con ese dinero que se iba a ahorrar, no dudé en pensar que invitaríamos a Carmen y a María, junto a Saúl, a comer algún día en uno de los magníficos restaurantes que había en la ciudad.

Peter, nada más bajarse del coche, me dio un abrazo como lo hacen dos hermanos que hace mucho tiempo que no se ven.

Era algo mayor que yo, pero un problema de salud, lo obligó a estar varios años sin ir a la escuela. Tuvo un accidente de tráfico en el que casi muere, pero consiguió salir adelante, obsequiándome con años maravillosos a mi lado.

Capítulo 14



Nuria

Me pareció de un insolente la actitud de Liam que, si pretendía dejar en ridículo a mi amigo con ese baile, al final, el que quedó ridiculizado fue él.

Ni siquiera me paré cuando me llamó, insistentemente en la puerta de su aula. No era una muñequita con la que poder jugar a su antojo.

Según me contó Kyle, días atrás, cuando me lo encontré a la salida de la facultad, había ido a pedirle explicaciones. Unas que, no tenía el derecho de pedir, después de lo que había hecho, pero que tampoco mi amigo tenía que dar.

Entré en la clase de derecho mercantil, y os juro que apunto estuve de levantarme y marcharme, pero me quedaba tan solo ese año de esa asignatura en toda la carrera, y no la iba a tirar por la borda por su culpa.

No me quitó el ojo de encima durante toda la clase, haciéndome sentir de lo más incómoda, pues no paraba de hacerme preguntas sobre su explicación.

Si lo que pretendía era dejarme en ridículo, lo llevaba claro, porque no me perdí de la teoría que estaba explicando en ni un solo momento.

Tocó el timbre de que la clase había terminado y cuando estaba a punto de salir, escuché que me llamaba.

—Señorita Flores, ¿tiene un minuto, por favor?

—Dígame, Sofía, ¿en qué puedo ayudarla?

Se paró durante un breve espacio de tiempo. Fue un minuto, quizás menos, pero palpable para cualquiera que se hubiera fijado en ella.

No sabía por dónde empezar, era como si, en su cabeza, estuviera hilando la manera de contarme algo, y tuve claro que sería de Liam, por lo que le ahorré tiempo y palabras.

—Si me va a contar que usted no se ha acostado con el profesor Jackson, o que solo son amigos, o cualquier otra milonga que él le haya dicho que me cuente, no me interesa.

Me di la vuelta, con la clara intención de marcharme de allí, pero me retuvo, de una manera suave, por el brazo.

—Es cierto, Nuria. Entre Liam y yo no ha habido nada, ni lo va a haber nunca.

—Y, porque usted lo diga, yo me lo tengo que creer, claro que sí.

—Te lo juro por mi vida. Él está enamorado de ti.

—Tan enamorado que me lleva ocultando durante tres meses. Que, en cada ocasión que salíamos juntos, teníamos que ir por separado y quedar en la puerta del cine, nunca en esta ciudad, por supuesto.

—Ha metido la pata y no te lo voy a negar, pero el sábado se sinceró con nosotros.

—¿Sabes qué? Me ha faltado al respeto, pero lo peor no es eso, sino que me lo he faltado a mí misma, y eso no volverá a suceder. Ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer.

Salí de allí con la cabeza muy alta, pero con el ánimo por los suelos. En esta semana venían unos días de puente, y tuve claro que me tenía que marchar de la ciudad.

No iríamos muy lejos, porque la economía de mis amigas, al igual que la mía, no estaba para tirar cohetes, pero se podía encontrar cosas muy buenas sin tenernos que ir a la otra punta del país.

Envié un mensaje en el grupo de mis amigas, y esperé a que me pudieran contestar. Quería quedar con ellas y tomar algo, así podría hablarle de mis planes.

Nuria: *Chicas, necesito una reunión de mujeres empoderadas venidas a menos. ¿Nos vemos en el bar de Menchu en media hora? Además, tengo que proponeros algo.*

Ni diez minutos después, ya tenía las respuestas de las dos, que me dijeron que ellas también necesitaban una convención de amigas al rescate, por lo que me puse de camino al bar.

Ese día, en la facultad, habíamos tenido clases mañana y tarde, así que me comí un bocadillo en la cafetería, no me apetecía tener que ir hasta casa para una hora.

Normalmente, cuando esto ocurría mientras que vivía con mi madre, sí que volvía a mi casa, pues estaba a dos minutos andando desde la facultad.

Desde que vivía con Daniela en su casa, era más complicado, pues tardaría quince minutos en cada trayecto, y no me merecía la pena.

Casi sin darme cuenta, llegué hasta el bar de Menchu, que estaba limpiando una mesa. En cuanto me vio, se le pintó una sonrisa en los labios.

—¿Dónde va la más bonita de la facultad?

—Hola, preciosa. Aquí vengo, a tomarme algo, que he quedado con las chicas.

—¿Te traigo lo de siempre?

—Sí, por favor, pero con mucho hielo.

Menchu se dirigió al interior del bar, pero no sin antes dejarme un beso en la mejilla al pasar por mi lado.

Me senté en la terraza mirando al mar, ese que tanto me gustaba y me calmaba en mis días malos y a lo lejos, pude ver a Liam con Peter. Por suerte, no siguieron adelante, sino que bajaron a la playa.

—En cuanto vengan estas, ya me estoy largando de aquí —murmuré para mí, porque no había nadie más a mi lado.

Quince minutos después, y cuando ya me había fijado en que Liam y Peter habían cogido el camino contrario a donde estaba yo sentada, aparecieron mis amigas.

La primera en llegar fue Carla, que traía una cara que dejaba muy claro que no había tenido un buen día.

—Hola, amor. ¿Qué tal todo?

—Una mierda, Nuria. Mi vida es una mierda como la catedral de grande.

—¿Y eso? ¿Qué te ha pasado?

—Movidas con mi jefe…

Carla me contó que el día anterior, casi los pilla la mujer de él, que vino a la tienda por sorpresa, y que entró en el despacho sin llamar.

—Nuria, si lo hubiera hecho cinco minutos antes, nos coge en plena faena. Ya no puedo seguir así.

—¿Se lo has dicho a él?

—Claro qué se lo he dicho y, ¿sabes lo qué me ha contestado?

—Ni idea, pero me lo puedo imaginar.

—Pues el muy… cabrón, porque no tiene otra palabra, me dijo que eso era lo que había. Que cuando me acosté con él la primera vez, ya sabía que estaba casado.

—Será hijo de puta —dijo Daniela, que acababa de llegar.

—Así es, amiga. Al final, nos enzarzamos en una discusión.

Carla nos contó que ella le había reprochado lo que él decía, que no la quería y que estaba con ella por la niña.

Y él, que le contestó que eso no significaba que la fuera a dejar. Al final, se descubrió que todo el dinero era de ella, incluso la tienda, de la que tanto fardaba, estaba puesta a nombre de la mujer.

—Pues anda que estamos apañadas, porque yo también he tenido movida con Liam esta mañana.

Cuando les conté como había sacado a Alex a bailar bachata, y la cara que puso mi amigo, las dos se tronchaban de risa.

—Hija, por favor, la próxima vez, queremos un video —dijo Carla, sin parar de reír.

—Pues no me extraña que alguno de los capullos de sus amigos no lo haya grabado y lo suba al TikTok o algo parecido —contesté.

—Ahora mismo estoy revisando las cuentas de ellos en todas las redes sociales —dijo Daniela, sacando el móvil del bolso.

Tal y como había pensado, uno de ellos lo grabó y lo subió a las redes con la leyenda “¿Se le puede llamar a esto un baile de números?”

Automáticamente lo descargamos, porque estaba completamente segura de que, en cuanto que Alex, o su querida madre, lo vieran, no tardarían ni un segundo en decir que lo borraran.

Después de eso, les comenté mi intención de querer irme los días del puente de vacaciones a alguna parte.

—Conmigo no contéis, mi cuenta, ya no es que esté con los números en rojo, están en naranja fosforito, por si no me he dado cuenta —dijo Daniela.

Carla y yo nos miramos, y no hicieron falta palabras. Ambas sabíamos que no la dejaríamos en tierra que, si no iba una, no iría ninguna, pero no le dijimos nada a ella.

Nos pusimos a mirar destinos cercanos, hasta que dimos con uno que nos gustó a todas, el Algarve portugués.

Nos cogía a unas cuatro horas en coche desde nuestra ciudad, teníamos playa y buena gastronomía, y el alojamiento no nos saldría nada caro, pues lo haríamos en un camping, en un bungaló.

—Venga, lo contrato todo y luego me haces Bizum —le dije a Carla.

—¡Qué ganas tengo qué llegue el miércoles a esta hora! —respondió ella.

—Chicas, pasadlo de lujo, y tomaros una copita a mi salud —nos dijo Daniela.

Tanto Carla, como yo, soltamos una carcajada que ella no entendía, pues nos miraba primero a una, después a la otra, con cara de circunstancia.

—¿En serio pensabas qué nos iríamos sin ti? —dijo Carla.

—Aquí somos las tres mosqueteras, donde va una, van las demás —le dije yo.

Daniela nos miró, completamente agradecida, y se puso a llorar. A pesar de que yo las ayudaba en todo lo que estaba a mi alcance, no era suficiente para que mi amiga pudiera tomarse ciertas licencias en la vida.

—Chicas, no sabéis lo bien que me vendrá este fin de semana fuera, lejos de todo y de todos.

Mi amiga nos contó que el fin de semana anterior, había terminado en la cama de Alex, pero que, cuando se fue a la mañana siguiente, se atrevió a preguntarle si se volverían a ver, a lo que él le contestó que claro, que lo harían en la facultad.

Con esa respuesta, le dejó claro que no tendría nada serio con ella, ni siquiera serían follamigos, un término que estaba muy de moda en estos tiempos.

Eso, lejos de animarla a seguir luchando por él, a pesar de que había tenido el mejor sexo de su vida, lo que hizo fue que decidiera tirar la toalla.

—No puedo con más desprecios, os lo prometo —nos dijo.

—Eso es lo que tienes que hacer, pasar de su culo como él ha pasado del tuyo —le dijo Carla.

—Eso es muy fácil de decir, pero muy difícil de hacer. ¿Acaso tú pasas del culo de tu jefe?

—No he pasado, y me costará media vida hacerlo, pero no dudes en que lo conseguiré —le contestó ella.

Las tres nos levantamos y nos fundimos en un tierno abrazo, al que, Menchu, no tuvo ningún reparo en unirse.

Le contamos lo de nuestro viaje y nos dijo que, con gusto se hubiera unido a nosotras, pero que no podía dejar el bar solo en unos días de tanta afluencia de público.

A quién sí que se lo diría sería a mi madre y a María, al igual que a Kyle. Este último no dudaba que se uniría a nosotras, pues decía que necesitaba desconectar de los apuntes durante unos días.

Casi sin darnos cuenta, se nos hizo de noche, por lo que nos despedimos, ya que al día siguiente teníamos clase.

Mañana, en cuanto saliera de la facultad me acercaría a hablar con mi madre, y me daba igual que estuviera Liam. Total, al fin y al cabo, estaba obligada a verlo cada día en clase.

Esa noche me acosté con la ilusión de ese viaje de amigas, de esos momentos que viviríamos y en el que podríamos desconectar de todo y pasar unos días inolvidables.

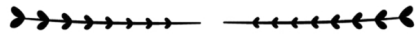
Antes de hacerlo, le envié un mensaje a Kyle, pues quería que se fuera organizando con los estudios.

Nuria: *Amigo, ve organizándote, que el miércoles por la tarde, nos vamos de viaje.*

No me dio tiempo a darle a enviar, cuando ya tenía su respuesta en mi móvil, y me hizo que se pintara una sonrisa en mi cara.

Kyle: *Me da igual dónde nos vayamos, como si es con una caseta de campaña a la playa de Cortadura. Pero… ¡Sácame de aquí!*

Capítulo 15



Liam

Sofía intentó hablar con ella, y a pesar de que lo consiguió, no fue capaz de convencerla de que no habíamos tenido nada.

Después, haciendo averiguaciones, me enteré de que todo se debía a comentarios que habían hecho sus compañeros de clase, en especial el tal Alex, que no sabía por qué me tenía tanta inquina.

Me encontraba en la playa con Peter, pues habíamos querido bajar a pasear un rato, pensando que me evadiría, pero resultó ser todo lo contrario.

—Dime qué está pasando por esa cabecita tuya.

—Que no me pueden salir las cosas peor, te lo aseguro.

—¿Otra vez pensando en Nuria?

—Es que, no es ni medio normal que me esté pasando esto.

—¿Has probado a hablar con ella otra vez?

—¿Qué gano con eso? Si hasta Sofía lo ha intentado, y no se lo cree.

—Creo que debemos utilizar otras bazas, alguien más cercano a ella.

—Si estás pensando en las amigas, desde ya te digo que te vayas olvidando. No he visto unas personas más leales a una amiga, en toda mi vida.

—No era en ellas precisamente en quién estaba pensando…

—¿Su madre? ¿María? Pierdes el tiempo, ellas, desde un principio, me dejaron claro que no se metería en nada.

—No, me refería a Kyle. ¿Crees que él podría ayudarte?

—No lo sé, pero podríamos intentarlo.

—El no, ya lo tienes, y no pierdes nada por hablar con él.

Estuvimos un rato más paseando por la playa, y había llegado el momento de volver a casa.

María se había quedado prendada de Peter, al igual que mi amigo se había quedado de ella.

Estaba claro que entre esos dos iba a ocurrir algo, y que solo era cuestión de tiempo. Uno que, por otro lado, tampoco tenían, pues Peter estaría aquí tan solo una semana.

Durante el trayecto a casa, vi que mi amigo estaba pensando algo. Era como si quisiera preguntarme por alguna cosa y no supiera cómo hacerlo. Hasta que se decidió a preguntar.

—¿Te has planteado quedarte a vivir aquí?

—Pues, sinceramente, no lo sé. En mi trabajo estoy súper a gusto, y la ciudad me encanta…

—¿Pero?

—Pues todo depende de lo que termine ocurriendo con Nuria.

—Entonces, voy pidiendo el traslado, porque te arreglas con ella, seguro.

Esas palabras me hicieron romper a carcajadas, porque lo dijo en un tono que no dejaba lugar a dudas, como si lo hubiera visto en una bola de cristal.

Llegamos hasta el edificio y desde abajo del patio, pude ver que la luz de la cocina estaba encendida, lo que significaba que Carmen estaba allí.

Había hablado con ella en multitud de ocasiones, y le había abierto mi corazón de todas las formas posibles, pero ella siempre me decía lo mismo, que, si la quería, fuera a por ella sin dilación, sino era ese el caso, que me alejara lo máximo posible.

Al entrar en casa, no solo estaba Carmen sentada en la cocina, sino que la acompañaban María y Kyle.

Estaban discutiendo no sé qué de un viaje, y si deberían decírselo a alguien, o no. Me paré frente a la puerta de la cocina, a ver si me enteraba de algo, cuando Carmen levantó la mirada, y me vio.

—Adelante, Liam, sentaos, que Kyle tiene algo que contarte, y si no lo hace él, lo haré yo —dijo Carmen.

—¿Qué me tienes que decir, Kyle? ¿Tienes algún problema?

—No, yo no tengo ninguno, lo que tengo es la solución a los tuyos, pero no sé si contártelo o no.

—Hombre, siendo de la manera que dices, te lo agradecería, la verdad.

—Liam, lo que te voy a contar puede que haga que mi hija no vuelva a mirarme a la cara, o que me coma a besos, todo depende de cómo salga la cosa —me dijo Carmen, viendo que Kyle no se decidía a decirme nada.

—Esperemos que sea lo segundo. ¿Qué ocurre?

—Mi hija se marcha de viaje con sus amigas, al igual que Kyle, que va con ellas y tiene todos los detalles —me contestó.

—¿Me estás diciendo que podré hablar con ella fuera de todo este entorno?

—Eso mismo y si todo sale bien, volver como la pareja que eráis —me dijo su madre.

—No, como la que éramos, no, ya que no pienso esconderla más.

—Eso espero, porque, entonces, sería para matarte —me dijo Peter, que no se callaba ni debajo del agua.

—Mira, chaval, te vamos a contar todo lo que sabemos. Pero, como le vuelvas a hacer daño a mi niña, te cojo por ese flequillo que me llevas y te arrastro por toda la calle —me dijo María, mirándome fijamente.

—Tampoco hay que ser tan agresiva, mujer. Lo mismo en otras circunstancias…—le dijo Peter, con una mirada de lo más pícara.

—Eso, te lo demuestro cuando quieras. Ahora, vamos al lío del Montepío, que lo que nos interesa es arreglar lo de este muchacho —le contestó, sin vergüenza ninguna.

Kyle se decidió a hablar y me contó todos los detalles de ese viaje, en el que saldrían el miércoles, después de la facultad, y volverían el domingo, aprovechando el puente.

Me envió la captura de pantalla que le había mandado Nuria, en la que aparecían todos los datos de la reserva.

Habían reservado una cabaña en un camping en el Algarve portugués, y se irían hasta allí en el coche de Carla, la otra amiga de Nuria, con la que tan solo había coincidido en un par de ocasiones.

—Peter, ve a buscar el portátil, date prisa.

—Amigo, no creo que se vayan a quedar sin cabañas en cuestión de minutos, la verdad.

—Chiquillo, no seas más quemasangres, y tráetelo ya —le dijo María.

Me hacía mucha gracia la manera de ver la vida que tenía la vecina. Siempre iba con prisas y cuando alguna persona era un poquito más lenta de lo normal, se ponía enferma.

Menos mal que mi amigo se levantó rápidamente para ir a buscarlo, porque no dudo que no lo hiciera ella, si tardaba medio minuto más.

—Aquí lo tienes.

—Gracias, Peter. Supongo que tú te vendrás conmigo, ¿no?

—Por supuesto, y nosotros también, Saúl incluido. Así que, busca una cabaña individual para ti, para la reconciliación, y otra familiar para nosotros tres —dijo María, sacando su tarjeta para pagar su parte.

—Eso, ¿y yo dónde duermo? —dijo Carmen.

—Tú, como este se va a llevar a tu hija el primer día, duermes en la cama de ella —respondió María.

—Guarda esa tarjeta, que no pienso permitir que pagues nada. Tómatelo como un regalo de cumpleaños para el niño —le dijo Peter.

—¿Tú cómo sabes qué el cumpleaños de mi hijo es la semana que viene? —preguntó María, asombrada.

—Yo siempre me entero de todo lo que me interesa. Como que el tuyo es dentro de cuatro días, y que nos cogerá de viaje —le respondió.

María se puso completamente roja, como un tomate. No por lo que había dicho Peter, sino por la manera en la que lo hizo.

Peter, sin pensarlo ni un minuto, se acercó a ella, le levantó la cara y la besó en los labios.

No fue un beso apasionado, sino que se trató de un leve roce de labios, algo sutil, pero que reflejaba las intenciones que tenía de ir en serio.

Después de eso, me miró, fijamente y me hizo un gesto para que buscara en el camping, y que no perdiera más tiempo.

En el documento que me enseñó Kyle venían reflejados todos los datos de su reserva, por lo que, entré en la web y busqué en el plano los números de las cabañas que estaban disponibles.

Tuve una suerte enorme, pues estaban libres las dos contiguas a la que habían reservado las chicas, una a la izquierda y otra a la derecha.

Con todo ya reservado, Peter me quiso hacer una transferencia del importe, pero no lo consentí, ellos me habían ayudado mucho.

La ayuda que recibí fue, tanto psicológicamente, como de manera material haciéndome la vida mucho más fácil.

Esa noche me fui a la cama con la satisfacción de que, por que yo no lo intentara, no iba a ser.

Peter se marchó con María y Saúl, con la excusa de que el niño quería enseñarle un videojuego nuevo, que estaba en inglés y que necesitaba traducción.

Ya sabía yo la traducción que le iba a dar mi amigo, pero no al niño, sino a la madre, que lo estaba mirando como si fuera una Coca Cola fría en medio del desierto.

Me desperté temprano. Ese día no me tocaba impartir materias en la clase de Nuria, pero sí que tenía que revisar un montón de trabajos, por lo que, me tomé un café, y me marché a la facultad.

Me gustaba hacerlo en mi despacho, con la tranquilidad de no ser molestado por nada ni por nadie, pero me equivoqué.

No llevaba ni media hora trabajando, cuando llamaron a mi puerta. Era mi amigo, que venía a hablar conmigo.

—¿Puedo pasar?

—Hasta el fondo. ¿Qué haces aquí?

—He venido para hablar contigo.

—Pues empieza, que tengo un montón de trabajo.

—Verás, la noche que he pasado con María ha sido como un regalo…

Me contó que no podían tener más compatibilidad entre ellos, y que se habían enamorado, sin remedio.

Tuve claro que fue un flechazo a primera vista, por la manera en la que ambos se miraron el día que se conocieron.

Y ahora, supe que venía lo que quería pedirme, o, al menos, explicarme sus planes, porque no sabía yo en qué lo podría ayudar.

—Amigo, he decidido que me vengo a vivir aquí.

—¿Y el trabajo? ¿Qué piensas hacer con él?

—Ya lo tenía hablado antes de venir. Allí ya no me queda nada ni nadie, porque pienso vender mi casa, o alquilarla, todo depende de las ofertas que me hagan.

—Entonces… ¿en qué te puedo ayudar?

—Me gustaría que vinieras conmigo para arreglarlo todo en Palo Alto, y volvernos juntos.

—Por mí, no hay problema, pero tendrás que esperar a que termine el cuatrimestre.

—Me parece perfecto, puedo esperar hasta entonces.

Me estuvo contando que había hablado con su jefe y que, como él podía teletrabajar, lo haría hasta que pudiera volver y que le dieran el traslado a una de las sucursales que la empresa tenía en España.

La más cercana era en Sevilla, una localidad próxima a nuestra ciudad, que no estaba a más de una hora y media en tren.

Tal y como me explicó, teletrabajaría desde casa y una vez al mes, tendría que ir a la sucursal para entregar y recoger más proyectos.

Lo tenía todo pensado antes de volver y, a mí, al igual que a Carmen, no le importaría que se quedara en la casa, aunque tendría que pagar algo para la comida.

—Por el alojamiento tampoco tengo inconveniente, pues María me ha dicho que me traslade a su casa.

—Entonces, amigo, te ha salido todo rodado. Espero que a mí me salga todo, la mitad de bien que te está saliendo a ti.

Miré el reloj y era la hora de dar mi próxima clase, por lo que me despedí de Peter hasta la hora de comer, que nos volveríamos a ver en casa de Carmen.

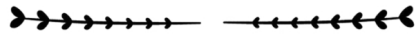
Me crucé con Nuria y sus amigas por el pasillo, pero, aunque me saludaron, no hicieron ni un ápice de intención de pararse.

Una sonrisa acudió a mis labios, pues ninguna se imaginaba lo que se les venía encima en ese viaje.

No pensaba parar hasta que no lo aclaráramos todo, hasta que no me perdonara por las tonterías que había cometido y aunque me costara la misma vida, lo iba a conseguir.

El resto de la mañana, al igual que el día siguiente, transcurrió con normalidad. Mientras que yo estaba en clase, mi amigo se encargó de prepararme una mochila con ropa para esos cuatro días, que guardaría en el maletero del coche.

Capítulo 16



Nuria

Estaba de lo más emocionada y nerviosa por ese viaje que íbamos a hacer. No era nada del otro mundo, pero me hacía una ilusión enorme salir de mi entorno.

Puede que haya gente que no lo entienda, pero yo no me movía de mi ciudad. Todo era trabajo y estudio, estudio y trabajo, y, como mucho, alguna salida con mis amigas un sábado que no tuviera mucho que estudiar.

Ese día, antes de entrar en la facultad, dejamos todas las mochilas en el coche de Carla. Ella sería la que vendría a buscarnos cuando saliera del trabajo.

Nosotras nos encargábamos de los bocadillos y las bebidas para el camino, pues ninguna comería antes, así que lo haríamos todas juntas en cualquier área de servicio.

Habíamos calculado el tiempo, y llegaríamos al Algarve sobre las ocho de la tarde, muy buena hora, porque, con el cambio de horario, todavía tendríamos luz en la carretera.

No es que a Carla no le gustara conducir de noche, que le encantaba, a la que no le gustaba estar en carretera a esa hora era a mí, porque, tratándose de un día víspera de un puente, nos podríamos encontrar a mucho loco al volante.

Había llegado el momento de salir y estábamos en la puerta, esperando a que llegara Carla, que nos avisó que llegaba pronto, pues su jefe se había puesto chulo con ella.

Cuando llegó, vimos que tenía los ojos rojos de llorar, pero ninguna le quiso preguntar nada, preferíamos que nos lo contara cuando estuviera preparada.

—Nuria, ¿te importaría conducir a ti? —me preguntó.

—Para nada, cariño. Déjame el sitio, anda —respondí.

Mi amiga bajó del asiento del conductor, y se subió en el del copiloto, mientras que Daniela se sentó en el asiento trasero.

Llevábamos como unos diez minutos de camino, cuando Carla empezó a hablar.

—Es un hijo de puta, en toda la extensión de la palabra —nos dijo.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Daniela.

—¿Sigue igual? —fue mi turno de preguntar.

—No, sigue peor. Ahora me ha dicho que quiere rescindirme el contrato que, si quiero seguir trabajando ahí, tenemos que volver a lo teníamos antes.

—¿Me lo dices en serio? —le pregunté.

—Y tanto. Te juro que estoy a nada de denunciarlo. El problema es que, por mucho que yo diga, él va a decir que todo ha sido consentido.

—Hasta que ha dejado de serlo, entonces, ya se convierte en acoso —respondí.

—Estoy a punto de renunciar a mi puesto, y que le den por culo.

—De eso nada, porque si lo haces, no tendrás derecho ni a paro ni a indemnización, que eso es lo que está buscando —le dijo Daniela.

—Te quedarás con una mano delante y otra detrás, Carla —respondí yo.

Vimos como nuestra amiga se echaba a llorar de manera desconsolada. Sabíamos que no era por eso, porque, aunque el trabajo estuviera mal, ella encontraría algo, con la experiencia que tenía.

Encontré un área de descanso antes de entrar en la autopista de Sevilla, y eché el coche a un lado. Estaba dispuesta a quedarme ahí hasta que se calmara y nos contara que era lo que le ocurría.

—Vale, baja y estira las piernas. Vamos a fumarnos un cigarro, mientras, te vas calmando.

—Es que, eso no es todo, Nuria. Maldita la hora en la que caí en sus redes.

—¿Qué te sucede más? Si está en nuestra mano ayudarte, sabes que lo haremos.

—No podéis, al menos hasta que yo no tome una decisión al respecto.

—¿Sobre qué tienes que tomar esa decisión, Carla? —preguntó Daniela.

No sabíamos que era lo que le ocurría, y nos estábamos empezando a agobiar. En ese momento se me ocurrió sacar los bocadillos de tortilla que habíamos comprado en la cafetería de la universidad.

—Sé que no te apetece comer, pero creo que las cosas se digieren mejor con el estómago lleno —le dije, tendiéndole uno a cada una.

Comimos en completo silencio. Si algo teníamos nosotras, es que sabíamos respetar el tiempo de cada una.

No todo el mundo procesaba las cosas en el mismo tiempo, y eso era algo que todas entendimos desde el principio.

—Estoy embarazada —dijo Carla, cogiendo una bocanada de aire antes de soltar semejante bomba.

—No me puedo creer que no usaras protección, ahí sí que no tienes excusa —le dijo Daniela.

—Carla, joder, que sabías que estaba casado. ¿Lo has hecho a propósito para obligarlo a dejar a la mujer? —le pregunté, pues era lo único que se me ocurría.

—Ni mucho menos. ¿Por quién me tomas?

—No lo sé, amiga. Hay veces que siento que no te conozco.

—Te entiendo, yo tampoco lo hago desde hace algún tiempo.

—Entonces, ¿qué explicación tienes para eso? Espero que sea una convincente, porque sería para matarte —dijo Daniela.

—Para matarlo a él, en todo caso, que ha sido el culpable de todo.

—No, Carla, no te confundas. Dos no hacen algo si uno de los dos no quiere.

Mi amiga empezó a llorar de nuevo, poniéndose las manos en la cara, por la vergüenza que sentía.

Me dio tanta pena verla así, que no dudé en darle un abrazo. Tenía que comprender que no estaba sola, que nunca lo estaría, para eso estábamos nosotras a su lado.

Cuando recobró el aliento, cortado por el llanto, empezó a contarnos la realidad, que no era otra que el engaño al que se había visto sometida.

Nos explicó que, cuando estuvieron juntos la primera vez, él le dijo que no era necesario utilizar ningún método anticonceptivo, puesto que él se había sometido a una vasectomía.

Su propia mujer había sido la encargada de practicársela, ya que no quería tener más hijos. Con el trabajo y una hija, ya tenían suficiente, porque, además, a la niña la habían tenido muy jóvenes, cuando todavía estaban estudiando.

Según le contó él, entre ambos decidieron que, mientras que ella seguía estudiando, él se encargaría de proveer de alimentos a la familia. Primero, trabajando como dependiente, luego, abriendo la tienda en la que trabajaba mi amiga.

—¿Se puede ser más cabrón que él? —dijo Daniela.

—¿Se lo has dicho? —pregunté, temerosa.

Me daba la impresión de que todo el tema de la bronca podría haber venido por ahí, y no me equivoqué, a juzgar por lo que me contestó Carla.

—Sí qué se lo he dicho, y me ha dicho que suyo no es, que él no puede tener hijos.

—¿No sabe qué hay muchos hombres a los que la vasectomía se le revierte? —preguntó Daniela.

—Al parecer, no. O no quiere saberlo, que también puede darse el caso —respondí.

Después de esa conversación, en la que Carla se confesó con nosotros, decidimos seguir el rumbo hasta nuestro destino.

Kyle nos dijo que él iba en el coche con unos amigos, que al final se habían apuntado a esta escapada.

No me dijo nada de quienes eran, aunque, la realidad es que yo tampoco se lo pregunté. Di por hecho que serían algunos compañeros de la facultad.

El resto del trayecto lo hicimos charlando animadamente. Carla se había tranquilizado soltando esa bomba.

Al parecer, llevaba días callándoselo, pue no quería decir nada hasta que no hablara con su jefe.

Me negaba a nombrarlo como la pareja de mi amiga, porque no lo consideraba así, por mucho que ella nos hiciera creer que sí.

Para mí, era un hombre que se había encaprichado con una de sus empleadas y se había valido de su condición de jefe para coaccionarla hasta conseguir lo que quería.

Ahora, cuando las cosas se ponían feas, escurría el bulto, como hacían muchos otros ante un caso similar.

Ojo, que no estoy juzgando a nadie, simplemente me limito a decir mi opinión sobre algunos hombres, no estoy demonizando a todos.

Entre los hombres, al igual que entre las mujeres, los hay para todos los gustos, quienes son responsables y quienes pasan de todo, como era el caso del jefe de mi amiga.

Hicimos otra parada para hacer pis, pues todavía nos quedaba unas dos horas de camino, y aprovechamos para comprar agua y alguna chuchería.

—Si quieres conduzco lo que queda de trayecto —me dijo Carla.

—¿Estás segura? Mira que a mí no me cuesta trabajo seguir conduciendo —respondí.

—Sí, me vendrá bien, así estaré pendiente de la carretera.

—Pues entonces, todo tuyo.

Volvimos a intercambiar nuestras posiciones en el coche. Daniela decía que ella se negaba a conducir el coche de nadie.

Tenía carné desde que cumplió los dieciocho años, pues fue una cosa en la que su madre insistió muchísimo, incluso se quedó con el coche de ella.

Su coche era como el mío, de la época de la prehistoria. Tan solo faltaba que sacáramos los pies por debajo y fuéramos corriendo.

Por fin habíamos llegado hasta el camping, y no os vayáis a pensar que estaba nada más llegar al pueblo, ni mucho menos.

Casi tenemos que hacer una oposición para encontrarlo, ni siquiera con el GPS del coche de Carla dimos con él.

Al final, me tuve que bajar en un barecito que había en una de las calles, y preguntarle a un señor que estaba en la terraza disfrutando de un vinito.

Por suerte hablaba español, ya que, según me contó, porque a ese hombre le dio tiempo de todo, había trabajado de camionero y su principal ruta era hasta Madrid, y tuvo que aprenderlo.

Nos dio las indicaciones necesarias para llegar, y lo hicimos sin problema. El llegar al camping, digo, porque encontrar la recepción para que nos dieran las llaves del bungaló, eso fue otro calvario.

—Con lo facilito que era poner la recepción al principio, no que esta gente la ha puesto donde Cristo perdió la alpargata —dijo Daniela.

—Mujer, es para que, mientras que das con ella, tengas claro donde está todo lo demás del camping —respondí.

—Como si yo me fuera a alejar de la casa… Tirando por muy largo, y suponiendo que el tiempo nos deje, llegaré a la piscina —me respondió Daniela.

—Pues, fíjate, que esa no la hemos visto —habló Carla.

Las tres soltamos una carcajada, mientras seguíamos de excursión por el interior del camping.

Harta ya de dar vueltas, le preguntamos a uno de los campistas, que, por otro lado, era lo primero que teníamos que haber hecho nada más llegar, y que nos dijo dónde encontrarla.

—Me cago en todo lo que se pueda cagar una, si por aquí hemos pasado tres veces —dijo Daniela, loca por bajarse ya del coche.

—Sí qué es verdad, pero es que no pone nada, ningún rótulo que indique que esto es la recepción —dijo Carla.

Era cierto lo que decían mis amigas, una porque tenía razón en que habíamos pasado por delante un montón de veces, y la otra, porque no ponía nada que indicara lo que era.

—Nuria, ¿tú estás segura de que no has reservado en un camping para adivinos? —preguntó Daniela, como si estuviera diciendo algo que pudiera ser posible.

—¿De qué estás hablando, loca? —le pregunté.

—Coño, porque hay que adivinar dónde están las cosas, no es nada extraño.

Volvimos a soltar otra carcajada, porque ella hablaba completamente convencida de lo que estaba diciendo.

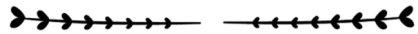
Me bajé del coche, pues era la que más fácil lo tenía. Carla estaba al volante y Daniela, esa se había quitado los zapatos en el mismo momento en el que retomamos el camino desde la estación de servicios.

Eso era algo común en ella, decía que tener los zapatos puestos en el coche, hacía que le doliera la cabeza. Lo sé, no tenía sentido, pero Daniela era así, no podíamos cambiarla por otra.

En cuanto tuve las llaves, nos dirigimos al bungaló. Para que no nos perdiéramos, la chica de la recepción nos dio un plano y nos señaló el camino.

Debió pensar que éramos tontitas o algo. Pero claro, después de habernos visto pasar tres veces por delante, tenía toda la lógica del mundo.

Capítulo 17



Liam

Acabábamos de llegar al camping y una chica muy amable nos dio las llaves de las dos cabañas.

Al final, Kyle vino con unos amigos de la facultad que, al enterarse de sus planes, habían decidido apuntarse.

Ellos habían reservado dos cabañas más allá, y venían delante de nosotros en el coche, pues ninguno de los que íbamos sabíamos el camino para llegar hasta allí.

—No voy a salir de mi cabaña hasta que Nuria no os vea a vosotros —les dije.

—Claro, que listo el guiri. Si se cabrea y grita, que seamos nosotros los primeros en recibir sus elogios —dijo María.

Me hacía muchísima gracia la manera que tenía la vecina de decir las cosas. Era María Refranes, como le decía Carmen, pues siempre tenía un dicho que venía bien a cada situación.

—No seas mala, cariño, que el pobre no quiere empezar las minivacaciones con un ojo morado —salió Peter en mi defensa.

—Pues que tenga cuidado, porque Nuria tiene un montón de puntería —dijo Saúl, haciéndonos reír a todos con su anécdota.

Nos contó que, un día, unos niños mayores de su colegio no lo dejaban jugar a la pelota, tranquilo en el patio y que volvió a casa llorando.

Cuando le contó a Nuria lo que le ocurría, al día siguiente, lo acompañó ella al colegio, donde estaban los niños con la pelota con la que jugarían en el recreo.

Le preguntó si eran ellos, y ante la respuesta afirmativa del niño, no se lo pensó, fue hasta ellos, les quitó la pelota y de un solo manotazo, la embarcó en el tejado de la escuela.

—Y ahora, si tenéis huevos, hacedle algo más a mi niño, que lo próximo no va a ser la pelota, serán vuestras pelotas las que acaben allí arriba.

Cuando Saúl se puso a decir eso, imitando a Nuria, su voz y su postura, tanto Peter como yo, nos doblamos de la risa, no así su madre, que le riñó porque no estaba bien imitar a nadie.

—Mamá, es que, si no lo hago así, no iban a entenderme —se justificaba el pobre.

—Tú sí que me vas a entender a mí —le respondió ella.

Carmen me indicó que había visto el coche de Carla, en el que venía Nuria, y entré del tirón en mi cabaña.

No la había visto por dentro, por lo que aproveché para echar un vistazo algo más en profundidad.

Sus paredes estaban todas revestidas en madera, dándole un toque de lo más rústico. Contaba con una habitación con cama doble, con un cabecero de hierro forjado de lo más ideal.

La cocina estaba equipada con todos los electrodomésticos y estaba unida al salón, en un concepto abierto y separada por una mesa de desayuno con dos taburetes.

El baño era una pasada de bonito y de bien pensado. Se suponía que esa cabaña era para una escapada romántica, por eso, en el baño había un jacuzzi para dos personas.

Contaba también con una bañera con patas y una placa de ducha, además del lavabo y váter, que estaba dentro de un cubículo y separado del resto con una puerta.

Desde esa ventana, precisamente, vi llegar a Nuria y a sus amigas, además de la sorpresa de ver a su madre y a su vecina allí, se quedó un poco cortada cuando vio a Peter.

Me fijé en como Daniela, que se había acostado con él, la misma noche en la que yo lo hice con Nuria, se sentía algo incómoda.

Pegué la oreja, sin dejarme ver todavía, para ver si podía escuchar la conversación que tuvo Peter con ella. Me moría de la curiosidad.

—Hola, Daniela, ¿qué tal? —le preguntó.

—Hola, Peter. No esperaba encontrarte aquí, y me gustaría que habláramos un momento.

—Por supuesto, yo también quería hablar contigo.

—Tú primero —le dijo ella.

—No, no, por favor, las damas primero.

—Peter, no quiero que lo que pasó aquella noche enturbie nuestra amistad, solo fue una sola noche, nada más. Ambos lo pasamos bien, pero quedó como algo anecdótico.

—Eso mismo pretendía decirte. Me he enamorado, Daniela, como un tonto.

—¿De quién? —escuché que se acercaba Nuria.

—De María, hasta el punto de que estamos viviendo juntos y de que dejo mi tierra para venirme aquí con ella.

—Me alegro por ella, y también por ti. Pero no le hagas daño, no se lo merece.

—Por supuesto que no se lo haré, ya te digo que, ella y su hijo, me tienen enamorado.

Daniela se abrazó a Peter, y justo cuando iba a salir de mi cabaña, vi como María se acercaba a ella, fingiendo estar celosa y enfadada.

—Tú, niñata de mierda, quita ahora mismo tus zarpas de mi hombre —le dijo.

—Lo siento, María, pero yo lo caté primero —le respondió Daniela, en tono de broma por supuesto.

—Tú, lo catarías en el pasado, porque ahora lo cato yo, y bien catado. ¿A qué sí, amor?

—Lo que tú quieras, mi vida. Pero, eso sí, Daniela seguirá siendo mi amiga —dijo Peter, que todavía no distinguía muy bien la ironía de los andaluces.

—Por supuesto que sí, idiota, si estamos de broma. Anda, ven aquí, mi niña, que te dé un abrazo.

Ahora sí, ahora era el momento de salir, antes de que llegara más gente y aquello pareciera el camarote de los hermanos Marx.

—Buenas noches —dije.

Ninguna de ellas me contestó, pero sus caras eran un poema. No podían estar más desconcertadas, sobre todo, Nuria, que no se pudo reprimir ni un momento más.

—Como coja a Kyle, va a llegar de vuelta a su casa sin necesidad de coger un avión, de la patada en los cojones que le pienso dar —dijo, buscándolo con la mirada.

—No lo busques, no llegan hasta mañana por la mañana. Además, no ha sido él, he sido yo —le dijo Carmen.

—¿Tú? ¿Y se puede saber con qué derecho?

—Con el derecho de ser tu madre y de querer todo lo mejor para ti. Quiero verte reír como lo hacías antes, quiero tenerte en casa y escuchar cómo te preparas un café cantando…

Nuria agachó la cabeza, y supe que era el momento ideal para pedirle que habláramos, que entráramos en mi cabaña para hacerlo.

—Nuria, será mejor que entremos y hablemos. Estamos sufriendo los dos por una tontería, por un malentendido.

—Que entre a hablar contigo no significa que te vaya a perdonar, pero necesito no tener tantos frentes abiertos.

—Está bien, pero empecemos por el principio.

Entramos en mi cabaña, donde saqué dos cervezas y la invité a que se sentara en el sofá del salón.

No sabía por dónde empezar, así que, preferí ponerla en antecedentes sobre lo que me había pasado en Palo Alto con una alumna.

Después de contarle todo eso, le expliqué como, entre Sofía y yo no había pasado nada, ni pasaría, porque yo estaba completamente enamorada de ella.

—¿Cómo puedo creerte? Todo me suena a demasiado pactado.

—No te puedo decir eso, lo que sí puedo hacer es decirte que es cierto, y que lo que te dije era mentira.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque te vi salir de la habitación de Kyle con una de sus camisetas, y pensé que te habías acostado con él.

—¿Cómo me voy a acostar con él, si es gay?

—Eso yo no lo sabía. De hecho, me enteré en el momento en el que entré a su habitación a recriminarle lo que había hecho la noche anterior.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Completamente, y eso te lo juro por mi vida.

—También están los rumores… Alex me contó que os había visto en tu despacho, muy acaramelados.

—Ese chaval es tonto, de verdad.

—¿Por qué lo dices?

—Pues, porque si me quiero liar con alguien, sea compañera o no, lo menos que puedo hacer es cerrar la puerta del despacho, ¿no crees?

—Entonces, por qué estabais así, porque no lo entiendo.

—Pues porque a Sofía se le había metido algo en el ojo, y le estaba arañando con la lentilla.

Vi como Nuria ponía cara de arrepentirse de haber escuchado a su amigo, y bajaba la mirada. No se lo iba a permitir, por lo que, puse mi mano en su mentón y la levanté.

—Los dos hemos hecho muchas tonterías, Nuria, pero creo que es hora de dejar todo eso atrás y comenzar a ser felices, ¿no te parece?

—Sí, me parece que sí, que ya hemos perdido tiempo suficiente, pero…

—Dime todas las dudas que tengas, no quiero que se te quede nada dentro, que luego se enquista y se hace una bola.

—¿Te marcharás a Palo Alto de nuevo?

—Me marcharé unas semanas cuando termine el curso, pero no para quedarme, sino para ayudar a Peter con su traslado. Si quieres, puedes venir conmigo.

—Ojalá, pero mi economía no me da para llegar más lejos de aquí, y eso, haciendo un gran esfuerzo.

—No te he preguntado cómo está tu economía, evidentemente, los gastos, los pago yo. Pero ya tendremos tiempo de hablar de eso, ahora quiero centrarnos en nosotros.

No hizo falta más, no sé quién de los dos dio el paso, pero terminamos fundiéndonos en un beso que me supo a gloria.

Después de eso, salimos para decirles a todos que habíamos aclarado las cosas y que volvíamos a ser pareja.

—Pero vamos, que, al chivato de Kyle, cuando lo coja mañana, le voy a dar una colleja que se le van a quitar las ganas de ir contando mis planes.

—Nuria, corazón mío, te repito que no fue Kyle, que se lo he contado yo.

—¿Eres adivina, acaso? Verás tú que Daniela va a tener razón y hay que serlo para venir a este lugar.

Su madre se quedó callada y, tras unos segundos, empezó a reír a carcajadas, contagiándonos a todos, pero sin saber de qué nos reíamos.

—Es verdad, tienes toda la razón del mundo —le dijo Carmen.

—Amiga, si nos lo cuentas a nosotros, mejor, porque yo no me entero de nada —le dijo María.

—Pues que yo se lo conté a Liam porque Kyle me lo contó a mí antes. Si él no se hubiera chivado de los planes de mi hija, ninguno estaríamos aquí, más que ellas.

—Entonces, no le tienes que dar una colleja, lo que tienes que hacer es comértelo a besos, porque, gracias a que es un bocachancla, estás con el amor de tu vida —le dijo su vecina.

—Visto de ese modo…—contestó Nuria.

—Mira, ni una cosa ni la otra, con que le des las gracias, tenemos bastante. A ver si ahora lo vas a cambiar de acera… —le contesté, y volvimos a reír.

Entre todos, preparamos algo de picotear a modo de cena ligera, y Carmen sacó una mesa de su cabaña, donde cabíamos todos, y allí que nos sentamos, alrededor y con muy buena sintonía.

Al final, me había acostumbrado a los horarios de comida y cena de España, aunque, al principio, me costó la misma vida.

No así a Peter, que decía que no se podía cenar a esa hora, que acostarse con el estómago lleno le hacía perder el sueño.

—No te preocupes, mi amor, que yo me encargo de que ese insomnio te sea de lo más placentero —le dijo María, guiñándole un ojo.

—Tata Carmen, como en tu cabaña hay otra cama libre, mejor duermo con vosotras, que estos dos no me van a dejar dormir —dijo Saúl, como quien friega y no enjuaga.

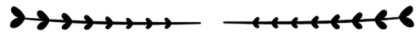
—¡Niño! ¿Qué sabrás tú de eso? —le dijo su madre.

—Todo, mamá, que nos lo han explicado en el colegio. Eso sí, otro hermanito, dejadlo para un poquito más adelante.

Todos soltamos una carcajada, pero me fijé en como Carla aguantaba las lágrimas, y le pregunté a Nuria con mi mirada, pero negó con la cabeza.

No insistí, ya me lo contaría cuando lo encontrara apropiado.

Capítulo 18



Nuria

Al final, el viaje me iba a resultar más placentero de lo que pensaba, puesto que Liam y yo habíamos hecho las paces, y estaba como loca por volver a estar a solas con él.

No iba a ser patosa y retirarme antes, entre otras cosas, porque a Carla le vendría muy bien estar entretenida.

Ayudé a mi madre a recoger todo, y cuando estuvimos a solas, me cogió por el brazo y me puso de frente a ella. Sabía que se iba a disculpar, pero no tenía por qué hacerlo.

—No digas nada, mamá. Si alguien se tiene que disculpar aquí, soy yo, por la manera en la que te he hablado antes.

—Nuria, lo has hecho desde la rabia, y no te lo voy a tener en cuenta.

—Como yo tampoco te tendré en cuenta que le contaras todo a Liam. Lo has hecho buscando mi felicidad.

—Eso es lo que quiero que te quede claro.

—Gracias, mamá.

—Ahora, con lo nuestro aclarado. Quiero que me cuentes lo que le ocurre a Carla.

Puse a mi madre al día. Sabía que mi amiga no me lo tendría en cuenta, porque ella misma la veía así. Al no tener familia cercana, era lo más parecido a una que tenía.

—Y tiene que tomar la decisión de si seguir adelante con el embarazo o interrumpirlo —le dije.

—Me gustaría hablar con ella, pero prefiero que sea ella la que me cuente como se siente.

—Mal, Carmen, así me siento —dijo Carla, que acababa de entrar.

—¿Qué es lo que te atormenta? —le preguntó mi madre.

—Perder el trabajo, que tengo claro que lo voy a hacer, no poder pagar el techo que cobijará a mi hijo y, por supuesto, no darle la vida que se merece, no ser una buena madre.

Intenté salir de allí y dejarlas a las dos a solas, para que hablaran con toda tranquilidad, pero mi amiga me pidió que no lo hiciera, que me quedara.

Mi madre la miró con una ternura que me llegó al alma, y entendí que le iba a contar su historia, como ella se había enfrentado a la maternidad en solitario, porque mi madre sí que no tenía a nadie.

—Carla, con esto que te voy a contar no quiero condicionar tu decisión, porque es tuya y de nadie más. Pero creo que deberías valorar todas las opciones —le dijo.

—Nadie mejor que tú para entender lo que me pasa por la cabeza en estos momentos.

—No te diré que es fácil, porque no lo es, pero sí que, cada esfuerzo, merece la pena.

Mi madre le contó lo que sintió cuando mi padre, la persona que debería de haberme protegido, se quitó de en medio, como tuvo que enfrentarse sola, a mis abuelos.

—El momento en el que mi padre me puso las maletas en la puerta, pensé como tú, en que no iba a ser capaz de sacarlo adelante, pero lo hice.

—¿No tuviste miedo en ningún momento?

—No tuve miedo en algún momento, tuve miedo siempre.

Le explicaba cómo había decidido venirse al sur, alejarse lo más posible de su familia, porque le iba a resultar más doloroso cruzarse con ella y que me ignoraran.

—Lo que más me costó fue dejar atrás a mi hermano, con el que no he vuelto a hablar, ni quiero, la verdad.

—Yo no tendré ese problema, porque estaré sola.

—No, Carla, tú no tendrás ese problema porque, tu familia, que somos nosotros, te vamos a apoyar, decidas lo que decidas.

Le explicó que, cuando se encontrara sin fuerzas, ahí estaríamos nosotras. Mi madre no había tenido esa suerte, no hasta que encontró a esa señora que se apiadó de nosotras.

—Si te sientes con más seguridad, deja tu casa y vente a la mía. Podrás seguir estudiando, mientras, yo me haré cargo del niño.

Carla agachó la cabeza, como si tuviera miedo de hacer lo contrario y de ser juzgada, pero mi madre se lo quitó de la cabeza, pues no era eso lo que quería decir.

—No quiero decirte con eso que debas tener al bebé por cojones. Lo que pretendo que entiendas es que, si decides tenerlo, tendrás ayuda y no te verás sola.

—Gracias, Carmen. Tu testimonio me ha sido de gran ayuda. Ahora, me toca meditar todo y tomar una decisión. No quiero dejar pasar mucho el tiempo y que, cuando quiera hacerlo, no pueda.

—Siempre te quedará la opción de darlo en adopción —le dije yo.

—Eso sí que no lo contemplo, porque no podría hacerlo. Una vez que lo tuviera en mis brazos, no podría desprenderme de él —dijo Carla.

Le di un abrazo y la dejé dentro, hablando con mi madre. Cuando salía, me crucé con Saúl, que venía con su mochila de la cabaña donde estaba su madre con Peter.

—Adiós, tata Nuria, hasta mañana. Que descanses.

—Hasta mañana, cariño, que duermas bien.

Le dejé al niño un beso en la mejilla, al igual que él hizo conmigo, y salí hasta donde se encontraba Liam, que hablaba con Peter.

En cuanto me vio llegar, no tardó en echarme el brazo por los hombros y apretarme contra su cuerpo.

—Bueno, chicos, os dejo que, tengo un jacuzzi que llenar y una cena que bajar —nos dijo Peter.

—Nosotros también nos vamos a dar un chapuzón, lo que no tengo claro todavía es si será en la bañera o en el jacuzzi —le contestó Liam.

—Da igual, la temperatura del agua la vais a subir vosotros, la única diferencia será si hay burbujas, o no —habló su amigo.

—Te diría una de las mías, pero mejor me lo reservo para cuando tengamos más confianza —le dije.

Bueno, no os voy a dejar con la intriga de lo que le iba a decir, que no era otra cosa que, con dos buenos pedos, estaban las burbujas aseguradas, pero me pareció demasiado.

Nos despedimos de él y entramos a nuestra cabaña. No me dio tiempo ni a respirar, pues, en cuanto Liam cerró la puerta, me aprisionó contra ella.

—No te puedes imaginar la cantidad de veces que he soñado con este momento, con poder tenerte de nuevo entre mis brazos.

—Déjate de palabras y demuéstramelo con hechos.

La mirada incendiaria que me dedicó me puso la piel de gallina, y él se dio cuenta de lo que había provocado.

Se lanzó a mi boca como si nunca la hubiera probado, como si tuviera hambre de ella, y nos besamos de una manera que, más que besarnos, nos estábamos devorando el uno al otro.

Para el viaje me había puesto un vestidito muy cómodo que no necesitaba sujetador, pues ya empezaba a hacer calorcito, junto a una rebeca de hilo, que me tuve que quitar en cuanto me bajé del coche.

Metió sus manos por debajo de mi vestido, al igual que yo lo hice por la parte interior de su camiseta, sacándola por la cabeza.

Sentir su pecho pegado al mío, el calor de su piel mezclado con el de la mía, me encendió todavía más.

Sus manos bajaron a mis pechos, amasándolos, tirando de mis pezones, volviéndome loca, sobre todo cuando se los metió en la boca y empezó a lamerlos y succionarlos.

—No aguanto más, Liam, necesito sentirte.

No dijo una sola palabra, se arrodilló delante de mí, levantó una de mis piernas hasta dejarla sobre su hombro y se lanzó a mi sexo, partiendo el tanga con los dientes.

Cuando aprisionó mi clítoris con sus dedos, cuando lo lamió, un escalofrío me recorrió la espalda, haciendo que me corriera de una manera brutal.

—Ahora que ya estás más relajada, vamos a darnos un baño.

—Joder, no me puedo ni mover en este momento, Liam.

No lo dudó, me cogió en brazos y me llevó hasta el baño. Lo hizo con mis piernas enroscadas en su cintura, notando su miembro erecto, rozándome y poniéndome cardíaca de nuevo.

Cuando llegamos al baño, me puso en el suelo, y reguló la temperatura del agua, mientras que abría los grifos para que se llenara.

No me lo pensé dos veces, pues su pene me estaba llamando como si fuera un imán y mi boca un trozo de metal.

Me arrodillé ante él, le quité el pantalón de algodón que llevaba y me traje con él su bóxer.

Cuando lo tuve delante, saqué mi lengua de paseo, lamiéndolo desde la base hasta la punta, para acabar metiéndomelo en la boca.

En esta ocasión, me dijera lo que me dijera, no iba a parar hasta que terminara en ella. Eso era algo que no me había llamado nunca la atención, pero con él, todo era distinto.

Lamí, succioné y hasta mordisqueé el glande, haciendo que tuviera que agarrarse al mueble del lavabo para no caer rendido por el placer que estaba sintiendo.

Por mi manera de hacerlo, supo que no iba a parar, por lo que, enrolló mi coleta en su mano, y marcó en ritmo con el que me penetraba la boca.

—Si quieres parar esto, ahora es el momento. Luego, no sé si podré.

Lejos de sacarla, la metí más adentro, rozando casi la campanilla, y haciendo que se volviera loco de placer.

Lo hizo, terminó en el interior de mi boca, pero lo hizo con un gruñido que me dejó claro que le había gustado, y mucho.

Cuando nos quisimos dar cuenta, casi tenemos que llamar a un fontanero, porque, en el interior de la bañera, el agua estaba llegando al mismo filo.

Quitamos el tapón y dejamos que se fuera un poco de agua y cuando vimos que tenía la cantidad precisa, nos introducimos en ella.

Liam me soltó la coleta y con una esponja que había traído, me fue mojando todo el pelo, hasta que estuvo completamente mojado.

Mi espalda estaba apoyada en su pecho y con esa misma esponja, en la que vertió una dosis de lo más generosa de jabón, fue limpiando mi cuerpo de una manera dulce y delicada.

Quise hacer lo mismo, pero no me dio tiempo a mucho, porque, al sentarme a horcajadas en sus piernas, su pene quedó a la altura de mi sexo, y no me pude reprimir.

Lo puse a la entrada de mi vagina, y me dejé caer sobre él, penetrándome hasta el fondo.

Me fui moviendo lentamente, girando mis caderas, subiendo y bajando sobre su miembro, y volviéndome loca de placer.

—Me estás matando, preciosa.

—Pues no encuentro una muerte más dulce que esta.

—¿Dulce? Querrás decir, picante, porque no hay nada más sensual que ver tus pechos moverse delante de mis ojos.

Sin previo aviso, echó su cuerpo hacia adelante, y se metió uno de los pechos en la boca.

Sus dientes mordisqueaban mis pezones, mientras que una de sus manos iba directa a mi clítoris.

Supe que no aguantaba más, pero que no se dejaría ir hasta que yo no me hubiera corrido de nuevo, por eso, aumenté el ritmo, lo mismo que hizo él con sus dedos sobre mi botón del placer.

Nos corrimos casi al unísono, entre jadeos y gemidos, pues a ambos nos resultó de lo más placentero.

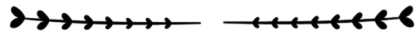
Puedo decir que, tanto para él como para mí, el orgasmo que nos atravesó fue demoledor, casi eléctrico por lo que tuvimos que esperar durante un buen rato antes de levantarnos y podernos meter en la ducha.

En la ducha tampoco tuvimos las manos quietas y, aparte de que me lavó con todo el mimo del mundo, al llegar a mi sexo vio que estaba completamente preparada, al igual que él.

No hizo falta palabras, me dio la vuelta, poniéndome de cara a la pared, levantó mis caderas y me volvió a penetrar, fuerte, de un solo empellón, haciéndome gritar de placer.

Esa vez fue rápido, pero igual de intenso que la anterior, hasta el punto de dejarnos sin resuello. Cuando volvimos a recuperar el aliento, nos salimos para secarnos e irnos a la cama.

Capítulo 19



Liam

Después de pasar casi toda la noche haciendo el amor, porque no era follar, eso ya lo haríamos, en esta ocasión queríamos dejarnos claro lo que ambos sentíamos, nos quedamos dormidos, abrazados.

Antes de dormir, Nuria me contó lo que le ocurría a Carla, y el dilema por el que estaba pasando.

Cuando me dijo lo que el tipo le había propuesto, la sangre me hervía, pero para eso estaba Peter aquí, para tomar cartas en el asunto.

Al día siguiente, hablaría con ella y le diría que mi amigo podía ayudarla, puesto que la empresa en la que trabajaba era una de las más activas contra el acoso laboral.

Tenía un apartado que se dedicaba exclusivamente a eso, a asesorar a empresas y trabajadores para prevenirlo o frenarlo, según se diera.

Me quedé dormido oliendo su pelo, ese olor tan característico que tenía que, aunque lo lavara con otro champú, como había sucedido en esta ocasión, no lo perdía.

Abrí los ojos por el jolgorio que se escuchaba fuera, y me estaba dando a entender que se trataba de la llegada de Kyle.

No fui el único que lo hizo, puesto que Nuria también se percató de su llegada, y así me lo comunicó.

—Creo que el traidor ya ha llegado.

—Pobrecito, no sabía si contármelo o no.

—Pero bueno, da igual, se lo contó a mi madre, que es lo mismo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque, desde el primer momento en el que le conté que me había acostado contigo, se puso de tu parte. No te puedes imaginar la bronca que me echó por no pedirte el teléfono.

Nuria puso los ojos en blanco, y yo solté una carcajada, porque esa historia la había escuchado antes, pero de la boca de Carmen, su madre.

No pensaba salir de esa cama sin conseguir que tuviera, al menos, otro orgasmo, por lo que me situé entre sus piernas, comprobé que estuviera lista y la penetré.

No había nada que me gustara más que sentir el calor y la estrechez de su vagina, era algo que me volvía loco.

Escuchar sus gemidos en mi oreja me ponía muchísimo, y era la mejor banda sonora que podía tener en ese momento.

Estuve así hasta que noté que iba a tener su primer orgasmo del día, y me dejé ir con ella. Esto no me había sucedido antes con ninguna de las mujeres con las que había estado, y me parecía algo mágico.

En cuanto terminamos, la invité a pasar por la ducha, conmigo, pero me dijo que no, que primero uno y luego el otro, o no íbamos a salir de la cabaña en la vida.

Solté una carcajada, porque me hizo una gracia horrorosa verla, completamente desnuda, con las manos en su cintura y diciendo eso, como si me estuviera riñendo.

Al final fue ella la que entró primera, ya que no se iba a lavar de nuevo el pelo, pues lo había hecho la noche anterior.

Mientras que ella se vestía, me duché yo, que salí del baño con un pantalón corto de algodón y una camiseta sin mangas, pues todo preveía que el calor apretaría a lo largo de la jornada.

Ella pensó lo mismo, pues se puso unos shorts, también de algodón, y una camiseta de tirantes, que le hacía un pecho delicioso.

—Espero que los amigos de Kyle sean también gais, porque, como alguno se atreva a mirar esos pechos, se las va a tener que ver conmigo.

—Pues pensaba ponerme esta misma ropa el lunes, para ir a la facultad.

—Si no quieres que haya más de un suspenso en la clase o, peor aún, que me tenga que volver a mi país deportado, será mejor que no lo hagas.

Nuria soltó una carcajada, porque, aunque ella pensaba que se lo estaba diciendo en broma, estaba hablando muy en serio.

En mi vida había sentido celos con respecto a una mujer, jamás, pero no sabía lo que tenía Nuria que era capaz de sacar todas mis inseguridades.

No os vayáis a pensar que soy un machista que intenta controlar la vida de mi pareja, decirle como vestir o cualquier otra cosa, pero es que, el atuendo que había elegido Nuria era como para volver loco a cualquiera.

Salimos, y la primera en la frente, al amigo que estaba allí con Kyle se le iban a salir los ojos de las órbitas. Pero no me hizo falta hacer ni decir nada, ya se encargó Nuria.

—Chiquillo, que parece que vienes de un convento, y no has visto nunca el pecho de una mujer —le dijo.

—No es que no los haya visto, pero es que me pareces espectacular, y no en el sentido que te estás imaginando, que yo juego en la liga de Kyle.

—Entonces, lo estás mirando por envidia. Lo siento, chaval, pero estas son mías, bueno, y de este, que también las disfruta —le contestó, haciendo referencia a mí.

Kyle había llegado con tres amigos, este que estaba hablando, que se llamaba Hugo, Mateo, que tenía pareja pero que había decidido tener esta escapada de amigos, y Felipe, que se quedó prendado de Daniela, nada más verla.

A este último le había pasado como a Peter con María, pero él no se lo pensó tanto, porque, en cuanto que tuvo ocasión, se acercó a ella y le dijo que era preciosa.

—Tú, bocachancla, la próxima vez que me entere que vas contándole a la gente mis planes, no te digo ya ni donde guardo los folios —le dijo Nuria a Kyle.

—Amigo, no te preocupes, que yo te doy las gracias —respondí, guiñándole un ojo.

—¡Madre del Amor Hermoso! ¿En América sois todos iguales? —dijo Hugo.

—¿Iguales? Pero si somos completamente diferentes —respondió Kyle.

—Iguales de buenorros, chaval. En mi pueblo no hay hombres así.

Me di cuenta de inmediato que Hugo sentía interés por Kyle, pero que le daba miedo decirlo abiertamente.

En cuanto nos quedamos a solas, no lo pensé, me senté a su lado y le dije lo que estaba pensando.

—No lo dejes pasar por miedo o terminarás arrepintiéndote —le dije.

—No es miedo, es que no quiero perder su amistad.

—¿Y si no la pierdes? Me refiero, a que no sabes si él siente lo mismo por ti o no.

Hugo me miró, puso una sonrisa, y fue hasta donde estaba Kyle. Lo cogió por el brazo y le dio la vuelta.

No se lo pensó, le plantó un besazo en la boca que, cuando fue a separarse, fue Kyle el que lo cogió por el cuello y profundizó en ese beso hasta que se quedaron casi sin oxígeno.

En mi boca se pintó una sonrisa, porque Kyle parecía que estaba esperando a que Hugo diera el paso.

Al final, el uno por el otro y la casa sin barrer. Cuando llegaron hasta donde estábamos los demás, nos fundimos en un aplauso.

Hugo se sentó a mi lado, me miró y se dirigió a mí con palabras de agradecimiento.

—Gracias, guiri, tus consejos han sido de lo más valioso.

—Tampoco te ha hecho falta mucho para decidirte.

—El empujoncito, nada más.

—El empujoncito, mejor, te lo doy yo luego —le dijo Kyle, haciéndonos reír a todos.

Durante todo el día estuvimos bromeando, incluso Felipe no dudó en tirarle la caña a Daniela.

A pesar de vivir casi uno al lado del otro, no se habían visto en la vida. Felipe también era de la ciudad, pero había pasado toda su infancia y parte de su adolescencia en Madrid, junto a sus padres.

Cuando llegó la hora de empezar a estudiar la carrera, les dijo que quería volver a esta ciudad, que no quería seguir en la capital de España.

Sus padres, lejos de enfadarse, hablaron con el inquilino que tenían en su casa, y le dijeron que necesitaban el piso para su hijo, y este, no dudó en marcharse, dejándolo libre.

Ellos venían de vez en cuando, sobre todo en vacaciones, pero, realmente, el que vivía en el piso era Felipe.

Daniela se dejaba querer, según nos contó esa noche, cuando terminamos de cenar y era la hora de la tertulia, con una copa delante, que estuvo enamorada de Alex durante mucho tiempo, pero que había llegado el momento de dejarlo atrás.

No fueron pocos los desprecios que ese chaval le hizo, y no entendía por qué, puesto que Daniela era una niña de lo más dulce, y Felipe se ofreció para ayudarla a olvidarlo.

Ella le dijo que también le gustaba, pero que prefería ir poco a poco, conociéndose bien, en todos los sentidos, antes de tener algo serio.

Felipe le contestó que, por él, no había ningún problema, tan solo le pedía exclusividad el tiempo que estuvieran conociéndose, y ella le pidió lo mismo.

Sellaron su acuerdo con un beso, ante el que también aplaudimos. Parecía que estábamos en uno de esos concursos de la televisión en los que se buscaba pareja.

Cuando pensábamos que ya estaba todo dicho, que las confesiones se habían terminado, le tocó el turno a Mateo, que nos pidió consejo a todos.

—A ver, yo llevo con mi pareja desde hace unos años, incluso pensamos en irnos a vivir juntos en cuanto que termináramos la carrera, pero últimamente está muy rara —nos dijo Hugo.

—Rara… ¿en qué sentido?

—Antes, se moría de ganas porque hiciéramos cosas juntos, ahora nada le apetece, ni siquiera tenemos relaciones, apenas.

—¿Has hablado con ella? —le preguntó Carmen.

—Lo he intentado en infinidad de veces, pero siempre me contesta que son imaginaciones mías, que ella está igual que antes, pero la noto ponerse nerviosa.

—Chico, yo no quiero decirte nada, pero me parece que le estás sirviendo de tapadera —le contestó Hugo.

Se puso a explicarle que, a él, antes de salir del armario, le ocurrió lo mismo. Empezó a salir con una chica que le resultaba muy agradable, incluso tuvo relaciones con ella, pero no terminaba de llenarlo.

—Una noche, en un pub de ambiente, al que entré por casualidad, conocí a un chico que me atrajo muchísimo, y pasé la noche con él. Era mi primera vez con alguien de mí mismo sexo.

—¿Me estás diciendo qué mi chica es lesbiana?

—No te lo puedo asegurar, eso te lo tendrá que decir ella. Yo tan solo te puedo decir que, después de pasar la noche con ese chico, no volví a ser el mismo, hasta que decidí contarle lo que me había ocurrido.

—Pues, la verdad, preferiría que me lo contara lo más pronto posible, no me gustaría seguir perdiendo el tiempo de esta manera.

Mateo se levantó, y entró en la cabaña, sabía que iba a hacerle una videollamada a su chica, en la que esperaba que se sincerara del todo con él.

Noté como Carla miraba a Mateo, le había gustado, pero no se atrevía a hacer ni decir nada, por dos razones. La primera y principal, porque el chico tenía pareja, la segunda, porque todavía no había decidido lo que hacer con su bebé, o eso pensábamos todos.

—Pues, ya que estamos de confesiones, yo tengo que decir que estoy embarazada de un indeseable que me la ha jugado, pero pienso sacar a mi bebé adelante, yo sola, como otras muchas mujeres.

—Joder, esto parece las hogueras de las películas de adolescentes, donde se cuentan todas las penas —dijo Hugo, que no podía tener más arte.

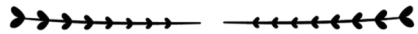
—Bueno, pues ahora me toca a mí. Tengo una relación con un hombre y está dos cabañas más allá, no quería que lo supiera mi hija todavía —dijo Carmen.

Todos volvimos la cara, rápidamente, pues llevábamos dos días aquí y no la habíamos visto hacer ningún movimiento extraño.

—¿Me estás diciendo qué te escapas en mitad de la noche, como si tuvieras quince años? —le preguntó Nuria.

—Sí, tan solo que tengo cuarenta y cuatro —soltó ella, haciéndonos reír por la forma en la que lo dijo.

Capítulo 20



Nuria

Tras otra noche de pasión, venía un día de lo más intenso, pues a mi madre se le antojó que quería conocer la zona y, de paso, presentarme a su novio.

No es que me pareciera mal, ni siquiera precipitado, pero ya lo podía haber hecho como todo el mundo, con una paella un domingo.

Pero, no, ella lo quería hacer al estilo Indiana Jones, con una ruta de senderismo por la zona.

Ahora entendía las muchas salidas con María, o las veces que me decía que se quedaba a dormir en su casa, cuando en realidad, lo que estaba haciendo era pasar la noche con él.

Lo consideraba una verdadera estupidez, sobre todo con la edad que tenía. Siempre nos habíamos contado todo, así que, el ocultarme a este hombre debía tener una razón de peso, que estaba a punto de averiguar.

—Mirad, chicos, este es Hans. Cariño, ella es Nuria, mi hija —nos dijo.

—Hola, Hans, encantada —le respondí.

—Eres mucho más bonita a como me había imaginado que serías —contestó.

Me dio un abrazo, un pelín excesivo para ser alguien que acababa de conocer, pero lo dejé pasar.

Lo primero que me escamó es que me dijera que era alemán, y tenía algunos gestos que me resultaban de lo más conocidos.

Pero, en realidad, lo que me hizo abrir los ojos del todo, fue un comentario que hizo Hugo, de manera inocente, pero que dio en el centro de la diana.

—Carmen, hija, has buscado a un hombre con el mismo color de ojos que Nuria, ya es casualidad —dijo, y abrí la boca de par en par.

Y yo que siempre había pensado que tenía el color de ojos de mi madre, y ahora me daba cuenta de que no era así.

Ella los tenía más tirando a verdes, y los míos tenían un color un tanto raro, que no terminaba de ser ni verdes ni azules.

—Mamá, espero que no sea quién yo me estoy imaginando…

—Sí qué lo es, y ya no pienso dar más rodeos.

—Y, encima, la otra noche, cuando le contaste a Carla tu experiencia como madre soltera, te atreviste a nombrarlo, sabiendo que estaba a pocos metros de ti.

—Si analizas lo que dije, en ningún momento me dirigí a él, le conté mi experiencia.

—Una que, según tú, fue demoledora, y ahora, te vuelves a liar con él. Tan solo espero que no seas tan gilipollas de creerlo.

—Nuria, sé que puede parecer una excusa, pero no me marché con la intención de hacerlo para siempre, pero una serie de problemas, me impidieron volver —me dijo Hans, al que me negaba a llamar, padre.

—Claro, te caíste, te diste un golpe en la cabeza y te volviste amnésico. Ah, no, si me has dicho hace un instante que me imaginabas así de guapa, con lo que, la memoria, del todo no la perdiste.

—No fui yo, fue mi padre, que murió de un disparo, se suicidó.

Me contó que volvió a Alemania porque su madre requirió su presencia urgentemente. Él estaba haciendo un máster en Madrid, con el objetivo de hacerse con los mandos de la empresa familiar.

Cuando llegó allí, se encontró con el pastel. Su padre se había pegado un tiro, ahogado por las deudas, y le tocaba a él enfrentarse a todo.

—Tardé años en poder volver, pero siempre que podía enviaba una carta a la dirección que me había facilitado tu madre, pidiéndole que me esperara, que volvería a por vosotros.

—Unas cartas que nunca llegaron a mi poder, puesto que tus abuelos ya me habían echado de casa —dijo mi madre.

—Entonces… ¿se puede saber cómo has dado con ella? —pregunté, más por curiosidad que por otra cosa.

—Fue tu tío, el hermano de tu madre. Entre los dos, contratamos a un detective que nos llevó hasta ella.

—¿Me estás diciendo que mi tío buscó a su hermana?

—Hasta la saciedad. Jamás se creyó ni una palabra de lo que le contaron tus abuelos, tan solo estaba esperando a que se fueran de este mundo para poder acercarse a ella.

Hans me contó que, entre los dos, decidieron que, primero, fuera él quien se acercara a ella y fuera tanteando el terreno, por si mi madre quería verlo o no.

Ahora que estaba seguro de que sí que lo haría, de que no lo rechazaría, habían quedado que en cuanto que tuviera vacaciones, bajaría al sur a ver a mi madre.

—Dios mío, esto es como una telenovela de esas turcas, tenemos hasta el que se pega un tiro —dijo Hugo.

A mí me salió una carcajada de lo más profundo de mi ser, que terminó por contagiar a todos, hasta Hans terminó riéndose.

—Vamos, que cuando me he levantado esta mañana, no pensaba yo encontrarme con un padre que no he conocido, un abuelo suicida, otros dos muertos por cabrones, y un tío que vuelve a casa como el turrón, por vacaciones —le contesté.

Me estaba planteando escribir un libro con mis memorias. Vender, no sabía si lo vendería, pero reírme mientras lo escribía, lo iba a hacer un rato.

Al final, decidimos quedarnos en el camping. No estaban los ánimos para ir de excursión, cuando, además, al otro día teníamos que salir temprano de vuelta a casa.

—Venga, me acerco al restaurante y traigo comida para todos —dijo Peter.

—Te acompaño —respondió Liam.

Vimos como Mateo salía de la cabaña, no traía muy buena cara, señal de que se había llevado toda la noche dándole vueltas a algo, pero, por otro lado, se le notaba tranquilo.

No le íbamos a preguntar nada, como era obvio, pues no teníamos la suficiente confianza como para hacerlo.

Quizás, la noche anterior, se atrevió a contar aquello animado por los vinos y las cervezas que nos habíamos tomado, pero no fue así, pues él mismo fue el que empezó a hablar.

—Hugo, gracias, amigo, tenías toda la razón del mundo —le dijo.

—¿Hablaste con ella anoche? —pregunté, sin querer ahondar en nada más.

—Pero no como os imagináis…

Mateo nos contó que le había puesto una trampa. Le hizo una videollamada que ella, evidentemente, no contestó, pero que le sirvió como cebo a él.

Cambió la videollamada por una llamada de teléfono normal, que sí atendió, y le puso como excusa que la cámara del móvil no le funcionaba.

El chico, lejos de creérselo, le comentó que la habían visto en actitud más que cariñosa con su mejor amiga, y que ya era hora de que le dijera la verdad.

—Y empezó a llorar, a decirme que no sabía cómo había pasado, pero que se había enamorado de ella, que era lesbiana.

—Por lo menos, no ha sido tan cínica de negarlo —contesté.

—Estaría bueno. ¿Sabes lo que pienso? Que vio el cielo abierto cuando se lo pregunté, pues así no tendría que seguir escondiéndose.

—Y tú, ¿cómo te encuentras?

—Dolido, no lo voy a negar. Pero no tanto como pensaba que estaría. Ahora, viéndolo desde esta perspectiva, creo que los dos necesitábamos que lo nuestro se terminara.

—Pero no conseguíais dar el paso ninguno de los dos —le dijo Carla, que de eso sabía un rato, la pobre.

—Ahora que ya soy libre, me gustaría invitarte a cenar, Carla —le respondió él.

—Y a mí me encantaría aceptar, pero antes, creo que debes saber que vengo como los huevos de chocolate, con sorpresa por dentro.

—¿Perdona?

Ver la cara de los dos era de lo más gracioso. Una con la comparación que había hecho de sí misma, y el otro, que no se enteraba de nada.

—Ay, Mateito, hijo mío, que no te enteras de nada. Que está embarazada —le dijo Hugo, negando con la cabeza.

—¿Tienes pareja?

—No, la tuve, pero es una larga historia que ahora mismo no me apetece contar —respondió Carla.

—Entonces, ¿cuál es el problema? Me dices lo que no puedes comer o no te sienta bien, y vemos donde cenamos.

—¿No te importa que vaya a tener un hijo?

—Mira, mi madre me tuvo a mí con dieciséis años y, cuando yo tenía cuatro, conoció al que es mi padre, porque, aunque no lleve mi sangre, lo será toda mi vida.

—Hay pocos chicos tan valientes como tú, Mateo —le dijo mi madre.

Ella tuvo un novio cuando yo era muy pequeña, pero, en el momento en el que se enteró que mi madre tenía una hija, fue a por tabaco y no volvió, por eso lo decía.

Me fijé en la sonrisa de mi madre, y era de lo más genuina. Ver sus manos entrelazadas con las de Hans, que no paraba de prodigarle cariños, me hizo sentir bien, y por eso, decidí que le daría una oportunidad.

Casi sin darnos cuenta, el viaje había llegado a su fin, y tocaba volver a casa. Lo hicimos de manera completamente diferente a como lo habíamos hecho a la ida, tanto física como emocionalmente.

Liam volvió en el coche conmigo, Carla y Mateo. Mi madre, lo hizo con su chico, al igual que María, que viajó en el coche con Peter y Saúl, mientras que los otros cuatro, se marcharon juntos en el coche de Felipe, que era en el que habían llegado.

Tenía que ir a casa de Daniela a recoger mi ropa, pero Liam no me dejó, me dijo que ya tendría tiempo de hacerlo al otro día, cuando saliéramos de la facultad.

No tenía problema por eso, puesto que mi madre y yo teníamos la misma talla y nos gustaba cosas similares, así que, le pillaría un vaquero y una camiseta, zapatillas de deporte tenía las que había llevado al viaje.

Mi madre me dijo que pasaría la noche en casa de Hans, pues se había comprado un ático en uno de los edificios que habían edificado hacía pocos meses, y que tenía hasta solárium y piscina comunitaria.

—Chicos, ¿os importa que Hugo pase la noche en casa? —nos preguntó Kyle.

—Es que, yo comparto piso con cuatro personas más, y tenemos como norma no meter a nadie en casa, por eso de no encontrarse con extraños —aclaró Hugo.

—Para nada, eso sí, cerrad bien la puerta, por favor —les contesté, guiñándole un ojo.

No había que ser ingeniero industrial para saber lo que iba a ocurrir entre esas cuatro paredes, y que no había pasado en el camping, al tener que compartir habitación los cuatro que iban.

Se iban a coger con unas ganas de muerte, tal y como nos cogimos Liam y yo. No os vayáis a pensar que se nos había terminado la fiebre, porque no era así.

Cada noche, nos perdíamos entre las sábanas, buscando el calor de nuestros cuerpos, la manera más placentera de hacer deporte y de poner nuestros corazones a punto.

No sería la primera, desde que habíamos vuelto que nos pasáramos la noche sin dormir, ni sería la última, salvo que esta, en concreto, decidimos descansar un rato, que al día siguiente teníamos que ir a clase.

Me daba miedo enfrentarme de nuevo a la realidad. En ese viaje habíamos estado viviendo como en una burbuja, aislados de todo nuestro entorno, a excepción de nuestros amigos, y ahora tocaba la prueba de fuego.

—Mañana, cuando llegue, iré a visitar al rector, si tengo que dejar de darte clases, lo haré.

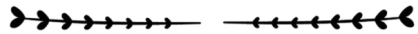
—No creo que sea necesario, la verdad. Lo mismo me asignan otro tutor para los trabajos, pero pienso que no te van a apartar del todo de la asignatura.

—Me da exactamente igual, y pienso gritar a los cuatro vientos que eres mi pareja.

—No te vayas a pasar ahora, que tú eres de los que, o calvo, o tres pelucas.

Eso se lo había oído a María en infinidad de veces, para referirse a personas que no tienen un término medio, sino que pasan de cero a cien en un segundo, y ese era Liam.

Capítulo 21



Liam

Lo primero que hice, tal y como llegué a la facultad, fue ir, directamente, al despacho del decano, ya que el rector, que era la persona con quién, realmente, quería hablar, estaba de viaje en un seminario.

No os voy a mentir, iba nervioso no, lo siguiente, y por ello quería terminar este asunto lo antes posible.

El curso ya estaba terminando y a Nuria, después de esto, tan solo le quedaría hacer el trabajo de fin de carrera, así que, lo que menos pretendía era perjudicarla.

Llamé a la puerta y esperé a que me dieran paso. Antes de abrir y entrar en su despacho, tomé una fuerte bocanada de aire.

—Buenos días, José Manuel, ¿puedo pasar?

—Claro que sí, Liam. Adelante. ¿En qué te puedo ayudar?

—Verás, venía a hablar contigo en relación con el tema de Nuria Flores.

—Pues tú dirás…

Le conté todo, sin dejarme ningún detalle, mientras que mi compañero y amigo, porque así lo consideraba, me escuchaba con atención.

Cuando terminé, lejos de enfadarse o reaccionar de cualquier otra manera, lo que hizo fue acercarse a darme un abrazo.

—En primer lugar, déjame que te felicite. Lo has conseguido y vas a ser de lo más feliz.

—Gracias, José Manuel, de corazón.

—Y ahora, en lo que respecta al trabajo, siendo el último cuatrimestre de Nuria en la facultad, lo que haremos, será lo siguiente.

Me explicó, con todo lujo de detalles el plan a seguir y que luego le explicaría también a Nuria, para que no hubiera ningún problema.

A partir de este momento, y para evitar suspicacias y murmuraciones, yo seguiría impartiendo mi materia en su clase, en su curso, pero del tema de evaluarla, se ocuparía otro de mis compañeros.

—Ella tendrá otro examen que redactará alguno de los profesores, que será el mismo que corrija sus trabajos.

—Me parece una idea excelente. Gracias de nuevo.

Estuvimos un rato más charlando, ante una taza de café, hasta que llegó el momento de marcharme, pues había llegado la hora de mi primera clase que, precisamente, era en su aula.

Lo tenía claro, no me pretendía esconder más. Mis sentimientos eran reales, al igual que los suyos y quien no quisiera entenderlo, pues peor para él.

Entré al aula y me senté en la mesa de la tarima, a esperar a que terminaran de llegar todos los alumnos.

Sabía que Nuria lo haría de las últimas, puesto que, antes de entrar, tenía que pasar por el despacho de José Manuel, y así se lo había comunicado a través de un mensaje.

—Buenos días, Liam —me dijo Daniela cuando entró.

—Buenos días, Daniela. Carla… ¿todo bien?

—No del todo, se ha llevado toda la noche llorando y ha despertado con los síntomas típicos.

—Espero que se le pase, o tendrá un día muy duro.

—Ni que lo digas. Ya le he dicho que, en cuanto que salgamos de aquí, nos vamos al hospital más cercano.

—Y haces bien, no se puede quedar así.

Mientras hablábamos, fueron entrando el resto de los alumnos, que se nos quedaron mirando.

No sabía si es que ya eran conocedores de que Nuria y yo éramos pareja, o es que estaban maquinando algo en sus cabecitas, sobre todo me fijé en Alex, que me había convertido en su punto de mira.

—Qué, Daniela, ¿intentando ligarte al profesor? ¿No tuviste bastante con hacerlo con el amigo? —le preguntó Alex.

Intentó hacerlo pasar por una broma, pero el tonito que empleó dejó muy claro que lo hacía por hacerle daño, y eso sí que no lo iba a permitir.

—Señor Alejandro, aquí cada uno se liga a quién le dé la gana, aunque, en este caso, vuelve a errar, como ya es costumbre —respondí.

—Ah, ¿sí? ¿Usted afirma qué no intenta ligarse a otra alumna? Porque, pongamos las cartas sobre la mesa, ya lo hizo con Nuria, y yo fui testigo de ello.

—Pues sí que lo afirmo, no me interesa ninguna otra mujer que no sea mi pareja, mi chica, da igual que sea alumna, profesora o conserje.

—¿Encima tiene pareja? Pues entonces, ya esto me parece un cachondeo —dijo otro de sus secuaces.

—¿Le interesa mi vida personal, señor Gutiérrez? Yo no tengo ningún problema en contársela, pero le agradecería que fuera en horas no lectivas, o no me dará tiempo a terminar el temario.

El tal Gutiérrez, agachó la cabeza, mientras que el otro le daba un codazo, pues había entrado Sofía para comentarme algo.

Estábamos hablando los dos, cuando Alejandro, o Alex, como lo llamaban todos, entró de nuevo a la carga.

—Joder con el tío, las tiene a pares —dijo, lo suficientemente alto como para que todos lo escucháramos.

—Señor Alejandro, ¿por qué no se mete usted en sus asuntos y deja la vida personal de los demás en paz? —le dijo Sofía, pensando en que lo dejaría cortado.

—Señorita Sofía, en todo el campus es vox populi que ustedes dos están liados, además de que lo hizo con una alumna, antes de empezar a trabajar aquí, y eso…

—Eso es amor, gilipollas. Porque, si tú te crees en el derecho de meterte en la vida de los demás, yo me puedo permitir la licencia de describirte tal cual eres —contestó mi compañera.

Justo en ese momento, entraban Carla y Nuria por la puerta del aula. La primera no traía buena cara, mientras que la segunda, lo que traía era preocupación.

—¿Todo bien? —pregunté.

—Carla, no se siente con fuerzas, está como mareada —me contestó Nuria.

Cuando me fijé en la chica, por sus piernas corría un río de sangre, por lo que no me lo pensé dos veces, y me acerqué a ella.

—No hay tiempo de pedir una ambulancia, está sufriendo un aborto —dijo Sofía.

—Yo la cojo en brazos, avisa al decano de que me marcho con ella al hospital —le grité.

La cogí como el que coge un bebé, puesto que Carla era muy menudita y no pesaba casi nada.

Por suerte para todos, el hospital más cercano estaba en la calle de atrás de la facultad, por lo que llegamos en menos de cinco minutos.

La atendieron rápidamente, mientras que los demás esperábamos en una sala a que nos dieran noticias suyas.

Justo cuando salía el doctor para decirnos que la iban a bajar a quirófano para practicarle una limpieza en el útero, me llamó mi compañera Sofía.

—Antes que nada, ¿cómo sigue la chica?

—Físicamente, ahora la bajan a quirófano para limpiarla. Anímicamente, se encuentra hecha una mierda, o al menos eso es lo que nos ha dicho Nuria, que es la única que ha podido entrar a verla.

—Pues aquí también se ha montado. Ahora mismo se encuentra Alejandro en el despacho del decano.

—¿Y eso? ¿Qué gilipollez ha hecho ahora?

—Pues ha ido difundiendo el rumor de que tú habías dejado embarazada a Carla, y en el momento exacto en el que lo decía, José Manuel y David estaban detrás de él.

—De verdad, que ganas tengo de perder a ese chico de vista. Yo no sé qué es lo que le he hecho para que me tenga esa inquina.

—Yo sí que lo sé, pero será mejor que te lo cuente cuando nos veamos.

—Está bien, ahora, lo importante es la chica, y como se encuentre ella.

Me despedí de Sofía y corté la llamada. Nuria había avisado a Carmen, que no tardó en llegar, con la cara blanca y acompañada de Hans.

—¿Qué le ha ocurrido a Carla? —preguntó.

—Se ha llevado toda la noche llorando, y esta mañana no se encontraba bien. Le dije que se quedara en la cama, que mi abuela estaría pendiente de ella, pero no quiso —le explicó Daniela.

—En cuanto que salí del despacho del decano, me la encontré saliendo del baño, tenía la cara blanca, pero insistió en entrar en clase —dijo Nuria.

—Y cuando entró, Sofía, mi compañera, se dio cuenta de que le caía un río de sangre por las piernas —terminé de contarle yo.

—Joder, pobre chica, cuando ya lo tenía asumido… Esto ha tenido que ser un gran golpe para ella.

—Ni que lo digas, mamá. Antes, se tocaba el vientre y lloraba. Debe sentirse vacía —le respondió Nuria a Carmen.

Estuvimos un buen rato más charlando, hasta que salió el médico para decirnos que todo había ido bien, que la subirían pronto a la habitación.

—Tarde o temprano iba a pasar esto, así que, mejor ahora, en los primeros meses, que luego —nos dijo el doctor.

—¿A qué se ha debido? ¿Ha sido por algún disgusto qué se ha llevado? —preguntó Carmen.

—No, señora. La chica tenía un mioma en el útero que le iba a provocar un aborto en cualquier momento. Gracias a eso, hemos podido extirparlo y ahora sí que podrá ser madre cuando quiera —nos contestó el doctor.

Saber que la causa no había sido nada emocional, nos dejó un poquito más tranquilos, la verdad, y creo que a ella también la dejaría de la misma manera.

Ahora tendría que superarlo y estaba seguro de que Mateo, el chico amigo de Kyle que conocimos en el viaje, la iba a ayudar muchísimo.

En cuanto nos avisaron de que estaba ya en planta, subimos todos a la habitación. Nos la encontramos con la cabeza girada hacia la ventana, como si quisiera evadirse del mundo con ese gesto, pero no se lo íbamos a permitir.

—Hola, cariño, ¿cómo te encuentras? —le preguntó Carla.

—Físicamente, bien, pero psicológicamente, estoy hecha una mierda.

—Eso tendrás que aprender a superarlo, Carla. Sé que no es plato de buen gusto para nadie, pero piensa que ha sido mejor que ocurriera ahora que más tarde, cuando ya fuera más grande —le dijo Daniela.

Carla se giró para mirarla, y lo hizo completamente extrañada de lo que Daniela decía. Al final, nos dimos cuenta de que ella no se había enterado de nada.

Tal y como nos contó, el doctor le estuvo comentando algo, pero ella no quería escuchar a nadie, e hizo como que sí que lo escuchaba, cuando, en realidad, su mente estaba en otro lugar.

Carmen, con mucha paciencia, le contó todo lo que sabíamos, y el motivo real de que hubiese tenido ese aborto.

—La vida es muy cabrona conmigo. Primero, cuando no quería ser madre todavía, me pone un embarazo y, cuando por fin lo asumo y decido seguir adelante, me lo quita de un plumazo —nos dijo, con lágrimas en los ojos.

—Piensa que todo ocurre por algo. De este modo, ya no tendrás ningún vínculo con el hijo de puta de tu jefe, y podrás ir al cuello a por él —le dije yo.

—Tienes razón, pero no se sabe lo que duele esto hasta que te ocurre.

Estábamos hablando, cuando la puerta de la habitación se abrió, y entró Mateo, con una cara de preocupación enorme y un bonito ramo de flores.

—¿Te encuentras bien, Carla?

—He estado mejor, créeme.

La aparición de ese chico en su vida iba a ser un punto de inflexión para ella, pues, después de conocerlo, de que ambos se contaran algo de sus vidas, decidió ir a por todas en el tema de su jefe.

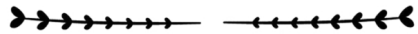
Peter se había ofrecido como mediador en el conflicto, en representación de su empresa, y le había prometido que le tendría que dar lo que, por derecho, le pertenecía, lo que estaba marcado por la ley.

Esa mañana se acercaría a la empresa, en primer lugar, con la baja médica por hospitalización de la chica, en la que pidió, expresamente, que se mantuviera oculto el motivo de dicho ingreso hospitalario.

No tenía por qué poner absolutamente nada, según la ley de protección de datos, si el paciente no quería que se supiera, no tenía por qué aparecer.

En segundo lugar, le presentaría un escrito de una posible demanda por acoso sexual en el entorno laboral que, si no quería que siguiera adelante, tendría que firmar un despido amistoso, con su consiguiente indemnización.

Capítulo 22



Nuria

Lo de Carla supuso un duro golpe para ella, pero también para nosotros. Por suerte, contaba con la compañía de Mateo, que no dudó un segundo en permanecer a su lado.

Cuando salió del hospital, dos días después, y para que no estuviera sola, que eso fue lo que puso como excusa, cogió todas sus cosas y se trasladó con ella a su casa.

—¿Y si lo que empecemos no sale bien? ¿Qué harás entonces? —preguntó Carla.

—Podemos compartir piso, lo mismo me da pagar el alquiler con mis compañeros que contigo —le dijo él esa mañana, con todos nosotros delante.

—No sé si podría compartir piso y amistad con alguien que ha pasado por mi cama, la verdad.

—Carla, te quiero en mi vida, de la manera que sea, y pienso demostrarte que, ni todos los hombres son como tu jefe, ni todas las mujeres son como mi ex.

Al final, ella claudicó, y supimos que le vendría de lujo estar juntos, tanto para él como para ella.

Los días fueron pasando y en la facultad, los rumores que Alex se encargó de difundir se fueron acallando, pues no tenían ni pies ni cabeza.

Lo que sí creció fue nuestro amor, cada día, Liam y yo, estábamos mejor, como que nos entendíamos casi sin mirarnos, y esa complicidad me encantaba.

—Joder, que ganas tengo de salir ya de este puto examen, y dejar los libros aparcados por un tiempo —le decía a Daniela, a punto de entrar en nuestro último examen de la carrera.

—Ni que lo digas, yo también estoy deseando, aunque me parece que voy a tener que seguir estudiando este verano, pues alguna me va a quedar, de eso estoy completamente segura —me respondió.

—Pues haz como tu amiga, acuéstate con uno de los profesores y verás como tendrás unas notas magníficas. Porque, otra cosa, no, pero follar, lo haces muy bien —dijo Alex, que estaba detrás nuestra, escuchando la conversación.

No lo vi venir, os lo prometo, pero de la nada, apareció Felipe, que le propinó un puñetazo con el que le partió la nariz.

No me gusta la violencia, vaya eso por delante de todo, pero en esta ocasión me sentí de lo más satisfecha, puesto que Alex venía mereciéndose uno desde hacía mucho tiempo.

Me hubiera gustado ser yo la que se lo diera, pero se me adelantaron. El otro, cuando se levantó del suelo, sangrando, no tuvo cojones de decir ni media palabra, sacó un pañuelo de papel de su mochila y se secó la sangre.

Por supuesto, a su séquito de amigos les faltó tiempo para acudir a él, así como para amenazar a Felipe con denunciarlo por agresión.

—Que lo haga, que tengo grabado en el móvil como él ejercía violencia machista sobre Daniela, a ver quién es el que gana —le dijo Felipe.

—Esto no va a quedar así, muerto de hambre. Ella no va a ser feliz nunca a tu lado, porque siempre estará pensando en mí cuando se acueste contigo —le respondió Alex.

Esta vez, la que le dio el puñetazo fue Daniela, pero mucho más fuerte que el anterior, y escuchamos el crujir del hueso.

No voy a decir que fuera agradable, pero sí que fue certero, y le sirvió para aprender con quién no tenía que meterse más.

A Alex se lo llevaron a enfermería, mientras que los demás entrábamos para hacer el examen de contabilidad y finanzas.

No era complicado, al menos si habías estudiado, pero sí que fue largo de cojones. Más de cuatro horas anotando asiento por asiento, cuando, ahora, todo se podía hacer por ordenador.

El profesor era de la antigua usanza, por lo que no quería que utilizáramos el programa del portátil, decía que, por mucho que introdujéramos los datos, si no sabíamos a la partida que correspondía cada uno, de nada nos iba a servir.

Sí que nos había enseñado a utilizar varios de estos programas, pues, en la vida real, nadie lleva la contabilidad de ese modo, pero se aseguró de que supiéramos hacerlo.

—Tengo la cabeza como un bombo. No veas lo que me ha costado que me cuadraran las cuentas —me dijo Daniela.

—Yo también, me muero por una cerveza fría y un buen platito de patatas fritas —contesté.

—¿Alguien ha dicho cerveza y patatas fritas? Me apunto —dijo Liam, que me estaba esperando en la puerta del aula.

Ya no nos escondíamos, y si teníamos que darnos un beso de despedida en el pasillo, nos lo dábamos.

Cuando le contamos lo que había sucedido con Alejandro, se llevó las manos a la cabeza, al igual que lo hicimos nosotros en el instante en el que nos enteramos del motivo de su rechazo hacia Liam.

—El muy idiota, dice que tú ya no te quieres acostar con él por mi culpa, porque te he metido a mi amigo por los ojos —nos dijo.

—¿Qué tiene que ver Peter en todo esto? —pregunté.

—Nada, primero porque yo estoy de lo más feliz con Felipe, y segundo, porque él está con María, y yo me alegro una barbaridad por los dos —dijo Daniela, negando con la cabeza.

—Pero, cuando las neuronas no dan para más, no se le puede pedir más, cariño —contestó Liam.

Al final, Alex se tendría que presentar a la segunda convocatoria del examen, que era una semana más tarde, pues, cuando volvió de la enfermería, en la que le hicieron un apaño antes de que fuera al hospital, el profesor ya no lo dejó entrar en clase.

Su cabreo tenía que ser de aúpa, porque tendría que retrasar sus vacaciones por tres días. Tanto él como sus amigos, habían decidido hacer una ruta Inter raíl por Europa, como mochileros.

No le pegaba nada, pero bueno, él quería ir de progre adinerado, que era como sus amigos lo definían, cuando en realidad era un gilipollas cuya familia había tenido un golpe de suerte, nada más.

Al final, Felipe llamó a Daniela por teléfono para verse y terminamos, Liam y yo, sentados en una terracita, disfrutando tranquilamente de una puesta de sol envidiable.

—¿Has pensado ya en darle una oportunidad a tu padre?

—¿Acaso no se la estoy dando?

—Pues, sinceramente, creo que no. Lo estás tratando como a la pareja de tu madre, con cordialidad, pero sin nada de cariño hacia él.

—Liam, no puedes pretender que quiera a una persona de la noche a la mañana, mi corazón no funciona así.

—Entonces, ¿por qué conmigo lo hiciste?

—Sinceramente, no lo sé.

—Yo sí tengo la respuesta a eso, y no es otra que, conmigo, estabas abierta al amor, y con tu padre, la desconfianza no te deja hacerlo.

—Puede que tengas razón, pero es que no sé cómo hacerlo.

—Dale un voto de confianza, no puedes estar siempre juzgando cada palabra o cada gesto del que es protagonista.

Me quedé pensando en sus palabras, y supe que tenía razón. Quizás era el momento de que yo diera un paso adelante, por lo que, le pregunté si quería cenar con ellos, a lo que me contestó con un sí, rotundo.

Cogí el teléfono y marqué el número de teléfono de mi madre, porque como me lo pensara un solo minuto, al final me arrepentiría y no lo haría.

—Mamá, Liam y yo nos preguntábamos si os apetecería cenar con nosotros esta noche.

—Nos parece una idea fantástica, mi niña, pero tu padre quiere decirte algo, no me cuelgues.

—Dime, Hans.

—Nuria, ¿qué te parece si esa cena la hacemos aquí, en mi casa?

Tenía el altavoz puesto, por lo que Liam se estaba enterando de todo, y asintió con la cabeza, respuesta que le trasladé a él.

—Os esperamos dentro de una hora.

—Gracias, Hans.

—No, mi vida, gracias a ti por darme la oportunidad.

Corté la llamada y fuimos a casa, donde nos dimos una ducha y nos cambiamos de ropa.

No es que fuéramos a sacar la ropa de los domingos, pero tampoco me parecía bien ir con la ropa de todo el día de la universidad.

Opté por un pantalón de tiro alto, acampanado en color azul marino, que combiné con una camiseta básica blanca y una chaqueta vaquera de verano, por si refrescaba.

Recogí mi pelo en una coleta alta, me planté mis cuñas y cogí mi bolso, y ya estaba lista para salir.

No me maquillé, ya que no me gustaba hacerlo a diario, lo único que me apliqué fue un poco de máscara de pestañas y brillo labial.

Liam se decidió por un pantalón chino en color verde caqui, con una camiseta básica de mangas cortas, blanca, pero con un dibujo del mismo color que el pantalón en la espalda.

Se calzó las zapatillas deportivas y cogió una cazadora en tonos verdes que se acababa de comprar y que le quedaba de muerte, como casi todo lo que se ponía.

Mi padre no vivía demasiado lejos, pero sí que tardaríamos un poquito si íbamos andando, por lo que cogimos un taxi.

Mi coche seguía en el taller, ahora por otro motivo, y, al final, tendría que darlo de baja y comprarme otro, pero todavía no era el momento, todavía no podía permitírmelo, económicamente hablando.

El edificio en el que vivía Hans era una preciosidad, no era demasiado alto, pero tenía una luminosidad que llamaba la atención.

El portero nos preguntó, a que piso nos dirigíamos, y antes de dejarnos pasar, llamó al ático para que el propietario nos diera su consentimiento.

—Adelante, señores, les están esperando y disculpen la interrupción.

—No hay ningún problema, caballero, tan solo cumplía con su trabajo —le dijo Liam.

Me puso su mano en la parte baja de la espalda, indicándome el camino hasta el ascensor, en el que subimos nada más llegar a la planta baja.

Os parecerá una tontería, pero estaba nerviosa. De repente, así como de la nada, me había salido un padre, y no uno cualquiera.

Había crecido oyendo barbaridades de ese hombre por lo que le había hecho a mi madre y, por extensión, a mí.

Ahora, no podía sacar todas esas cosas de mi cabeza de la noche a la mañana. Tenía que ver que, lo que me estaba diciendo, era realmente cierto, comprobarlo por mí misma.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, no solo me recibieron mi madre y Hans, sino que también había una pareja, que nos miraba con una sonrisa, y que me dejaron un tanto acobardada.

—Mamá, si teníais visita, lo podíamos haber dejado para otro día —le dije.

—Nada mejor que este momento para tener a todas las personas que quiero en mi vida, juntas. Me faltan María y Peter, pero Saúl está con fiebre y no han podido venir —me dijo.

Miré a Liam, que me la devolvía, pero con una sonrisa que me dejó claro que todo esto había sido orquestado por ellos.

No me gustaba que me manipularan de esa manera, pero entendía que era una sorpresa para mí.

Resultó que aquella pareja era mi tío Francisco y su mujer, Cata, y que no dudaron ni un instante en darme un abrazo de lo más cariñoso.

—Sobrina, no sabes las ganas que tenía de conocerte y de darte un abrazo —me dijo.

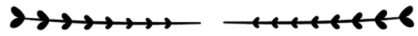
—Yo también tenía muchas ganas, y, de hecho, animé a mi madre muchas veces para que te buscara.

—Ya me lo ha contado, que querías que fuera a uno de esos programas de la televisión —me dijo, soltando una carcajada.

—Amor, te imaginas a los dos en uno de esos cuya cabecera es algo así como: "¿quieres encontrar a un familiar que hace años qué no ves? Entonces, no dudes en llamar a ese número que ves en pantalla, nosotros te ayudaremos a conseguirlo".

Cata puso la voz que suele salir en los anuncios de nuevos programas, cuando todavía no se sabe ni quién es el presentador, y me hizo soltar una carcajada. Esa mujer era de lo más simpática.

Capítulo 23



Liam

Había llegado el momento de volver a Palo Alto para dejar zanjado todo el tema burocrático.

El rector de la universidad en la que estaba ahora me ofreció un puesto fijo, ya que los resultados académicos de los alumnos habían mejorado en un cuarenta por ciento.

No me lo pensé y le dije que sí, volver a vivir en mi ciudad, lejos de todo lo que tenía, me parecía una cosa impensable.

Al final, ese viaje lo haríamos los cinco y cuando estuviéramos organizados, hablamos de pasar unos días en Orlando, que no nos cogía demasiado lejos.

Para Saúl, al igual que para Nuria, el hecho de viajar en avión les daba mucho respeto, puesto que sería la primera vez que lo hicieran, como así me contó mi chica.

—Si, hasta con el viaje de fin de curso en bachillerato, desde que dijeron que sería en avión, tuve claro que no iría. Y ahora me meto en uno que tiene hasta escalas.

—Amor, el avión es el medio de transporte más seguro que hay, te lo prometo.

—Tú prométeme todo lo que quieras, pero si al piloto le da un chungo, los que salimos en la televisión seremos nosotros.

—La otra opción que hay sería ir en barco, pero tardaríamos más del doble de tiempo en llegar.

—Quita, quita, que tampoco me seduce mucho esa idea, la verdad.

Me tenía que reír con ella lo más grande, porque a todo le sacaba punta, y yo, sabía cómo buscarle la lengua.

—No te preocupes, Nuria, que, si te veo demasiado nerviosa, hacemos una visita a los baños y te ayudo a relajarte.

—Ni que se te pase por la imaginación. Por ahí sí qué no paso, que vergüenza que todo el pasaje se entere de que hemos estado chingando ahí…

—Con lo escandalosa que eres, seguro que nos dan un aplauso y nos jalean cuando salgamos.

—Claro, claro, siempre es bueno que haya niños en casa para echarles la culpa de todo.

—¿Acaso estoy mintiendo?

—No estoy diciendo que sea mentira, lo que pretendo decir es que, al igual que yo soy escandalosa, tú lo eres en la misma medida, por no decir que mucho más que yo.

—¿Cómo puedes decir eso? Desde luego, si a mí ni se me escucha…

—Hablando de escuchar, al que no he escuchado en estos días es a Kyle con Hugo, ¿estarán bien?

—Pues no lo sé, pero siempre puedes ir a preguntarle, acabo de escuchar como entraba Kyle en casa.

Le faltó tiempo para salir corriendo de la habitación y llamar a la de Kyle. Mientras que ella hablaba con nuestro amigo, me dediqué a terminar de revisar todo, para que no nos dejáramos nada.

El avión hacia la capital salía a las cinco de la tarde, una vez allí, pasaríamos la noche y a las seis de la mañana, embarcaríamos rumbo a Palo Alto.

Teníamos que estar en Jerez a eso de las tres y media, ya que era el aeropuerto más cercano, por lo que un taxi nos recogería en una hora, aproximadamente.

Al final, Carmen y Hans no vendrían con nosotros, ellos irían a Munich, donde él iba a terminar de liquidar todo lo que tenía allí, incluida la empresa.

Con lo que iba a sacar, podría vivir como un rey el resto de su vida, aunque decía que tenía algo mirado, un negocio que le gustaba y para el que tenía a la persona perfecta.

Escuché reír a los dos, a Kyle y a mi chica, por lo que supuse que el momento confidencias se había terminado, así que fui a buscarla.

—Nuria, debemos tener todo listo, en quince minutos nos recogen para llevarnos al aeropuerto —le dije.

—Desde luego, compatriota, eres la nota amarga de toda situación, no nos dejas ni reírnos a gusto —me dijo Kyle.

—Podréis hacerlo cuando volvamos, todo el tiempo que necesitéis —respondí.

—Cuando volvamos, él ya no estará. Nos estábamos despidiendo —me dijo Nuria, y la miré, extrañada.

—¿Cómo qué ya no estarás?

—Pues, muy sencillo. Ya he terminado mi carrera y en mi ciudad, he encontrado trabajo en una clínica privada. No puedo desaprovechar la oportunidad, mi familia lo necesita.

—¿Y entonces, Hugo? ¿Qué pasará con lo vuestro?

—Eso es lo peor, tener que separarme de todo lo que tengo aquí. Hugo, de momento, no se puede venir, pues le queda una asignatura. Lo hará en cuanto pueda.

—¿Ni siquiera de vacaciones? ¿Unas semanas?

—En mi familia nadie sabe que soy gay. He decidido esperar para contarlo a tener un futuro, no me quería ver en la calle sin nada.

—Me parece mentira que esto siga ocurriendo en pleno siglo veintiuno, de verdad te lo digo.

—Cuéntale eso a un padre exmarine, con una pensión de mierda y a una madre que hace todo lo posible por sacar a sus hijos adelante —me respondió él, con tristeza.

—Amigo, nunca niegues tus sentimientos por nadie, sean aprobados o no por los demás. Tienes que buscar tu felicidad, y te lo digo yo, que de eso he aprendido muchísimo en estos meses.

Kyle se abrazó a nosotros. Quedamos en que nos mantendríamos en contacto y que, en el momento en el que quisiera volver, tan solo tendría que avisarnos.

Sabía que Nuria lo pasaría mal con su ausencia, pues se habían hecho grandes amigos, pero también estaba seguro de que, si Kyle nos necesitaba, en el momento que fuera, iba a contar con nosotros.

Bajamos hasta el taxi de siete plazas que habíamos pedido, pues, aunque éramos cinco, no cabíamos todo en uno normal.

Saúl iba exultante y pletórico, nervioso como nunca lo había visto, mientras que su madre, le llamaba la atención porque no podía quedarse quieto.

—Saúl, hijo, estate quieto ya que parece que en vez de tener un hijo tengo trillizos, de lo mucho que te mueves.

—Mamá, no puedo evitarlo, me pueden los nervios.

—Pues te dije que te tomaras una infusión de tila antes de salir de casa, y no has querido.

—¡Puag! ¡Qué asco! Si me tomo eso, vomito hasta el primer biberón que me diste.

Hasta el chófer tuvo que soltar una carcajada, y nos aconsejó que, cuando llegáramos al aeropuerto, en alguna de sus tiendas, le compráramos un chicle, que eso le ayudaría, tanto con los oídos en el avión como con los nervios.

—Espera, que yo llevo en el bolso —le dijo Nuria.

—Es cierto, justo anoche, antes de subir a casa, compró un paquete de esos que tanto le gustan —contesté.

—Pues dale cinco o seis, a ver si con suerte, se queda relajado para toda la semana —le dijo María.

Era cierto que Saúl era un tanto inquieto. No era un niño travieso ni contestón, pero sí que le habían diagnosticado déficit de atención, por lo que no podía estar más de cinco minutos haciendo lo mismo, pues se aburría.

Antes de subir al avión, también compramos una de esas revistas de pasatiempos, que al niño le encantaba resolver, y hacía que se relajara muchísimo.

A Nuria también le encantaban esas cosas, por lo que ayudaría al niño en cuanto lo necesitara, y de esa manera, también estaría entretenida durante el viaje.

El vuelo a Madrid no era el problema, porque no se tardaba más de cuarenta y cinco minutos, una hora como mucho. Lo preocupante era el otro, el que nos llevaría hasta Palo Alto, y que nos mantendría allí encerrados durante unas dieciséis o diecisiete horas.

La primera escala la tendríamos en Nueva York, donde tendríamos que pasar todo el tema de aduanas, inmigración, en el caso de las chicas y del niño, y la revisión de equipaje.

De allí, volaríamos hasta San Francisco, que era el aeropuerto más cercano a nuestra ciudad, y desde donde tendríamos que coger un coche, que ya habíamos dejado reservado.

La distancia entre el aeropuerto y nuestra ciudad era de menos de una hora en coche, y tenía paisajes de lo más bonito, que sabía que les iba a gustar a todos.

En total, tardaríamos casi un día entre nuestra salida y la llegada, si todo marchaba según lo previsto, que era lo que todos esperábamos.

Cuando tuviéramos todo listo y quisiéramos viajar hasta Orlando, tendríamos que volver hasta San Francisco, y coger un vuelo directo que nos llevara hasta allí.

No habíamos hecho la reserva de billetes porque no sabíamos el tiempo que íbamos a tardar en tenerlo todo resuelto, y decidimos que lo haríamos sobre la marcha.

Durante nuestra noche en Madrid, Francisco, el hermano de Carmen, nos ayudó muchísimo, ya que se negó a que pasáramos la noche en un hotel, así como que programáramos la recogida por parte de una de esas aplicaciones en las que podías contratar un coche.

Él mismo fue a buscarnos al aeropuerto. Por su trabajo, tenía acceso a coches de todo tipo, ya que era el dueño de uno de los concesionarios de coches más conocidos de la capital.

—Qué ganas tenía de volver a veros, solo que pensé que mi hermana también vendría con ustedes —nos dijo.

—No, tu hermana se ha marchado con Hans a Munich, que también tenía asuntos que resolver —le informé.

—Bueno, vayamos a mi casa, donde podréis descansar. A las cuatro os acercaré al aeropuerto, de nuevo.

—Tío, no tienes que hacerlo, de verdad, no nos cuesta nada coger un coche —le dijo Nuria al hermano de Carmen.

—Hablando de coches, creo que el tuyo está muriendo lenta y dolorosamente, ¿no es así?

—Pues sí, lleva tiempo padeciendo una larga enfermedad, son los achaques de la edad —le contestó ella, en tono de broma.

—¿Sí? ¿Y cuál te gustaría comprarte?

—Hombre, por pedir, pediría un Mercedes o un BMW de esos pequeñitos, pero mi economía no me da nada más que para soñar en grande.

—Vamos, que con lo que juntamos entre las dos, no nos da ni para comprarnos una moto de cuarenta y nueve —le dijo María, con todo su arte.

Francisco se echó a reír, pero algo tenía en mente, y pensaba descubrirlo, entre otras cosas porque, al mes siguiente era el cumpleaños de Nuria y no quería que se viera con dos coches.

Cuando nos quedamos a solas, él y yo, le pregunté, sin rodeos, para saber a qué atenerme.

—No es que yo se lo vaya a regalar, es que la mitad del concesionario es de mi hermana, le pertenece por ley.

—¿Qué me estás contando?

—Pues la verdad. Mis padres pusieron todo a mi nombre en vida, haciéndome una cesión, para que, cuando llegara la hora de su muerte, no hubiera nada que mi hermana pudiera reclamar.

—Entonces, ahora… ¿se lo piensas devolver?

—Por supuesto que sí. Pondré todo lo que tengo a nombre de los dos, a excepción de mi casa, que esa la he pagado yo con el sudor de mi trabajo.

—No creo que Carmen vaya a aceptarlo, la verdad, y menos ahora, que tiene a Hans.

—Sé que, cuando mi hermana y mi sobrina nos necesitaron, no estuvimos ahí, pero entiende que yo tenía diecisiete años, y no quería correr la misma suerte que ella.

—Es completamente entendible, lo que no se entiende es la postura que adoptaron tus padres.

—Ni yo mismo lo entendía, que era su hijo, cuanto más lo iban a hacer los demás.

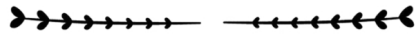
Antes de acostarme, me enseñó en la página web del concesionario todos los coches que tenían disponibles, para ver cuál era el que le podía gustar más a Nuria.

Lo tuve claro desde el primer momento en que lo vi. Había un Audi A5 precioso, de color azul marino, y supe que le vendría de maravilla, puesto que no era excesivamente grande, y se podría mover perfectamente por la ciudad.

Francisco y yo quedamos en que, en cuanto tuviéramos fecha de regreso, le enviaría un email, para que pudiera tenerlo todo preparado y se lo encontrara aparcado en la puerta, cuando llegara.

Fue hasta un mueble, y me entregó las llaves del coche, puesto que había seleccionado unos cuantos candidatos antes de que llegáramos.

Capítulo 24



Nuria

No os voy a decir que el vuelo me resultara placentero, sobre todo por el tiempo que perdimos en el aeropuerto JFK de Nueva York, en la escala que tuvimos que hacer.

Pasar inmigración y demás, fue algo tedioso, que nos llevó casi tres horas. Por suerte, el vuelo hacia San Francisco salía cuatro horas después de nuestra llegada, o lo habríamos perdido.

Tan solo esperaba que, al llegar allí, no tuviéramos que realizar los trámites de nuevo, o me tiraría por un puente, os lo prometo.

Llevábamos visado para seis semanas, que era lo que tenía María de vacaciones, ya que había conseguido juntar todas las horas extras y los turnos de ampliación que tuvo en el último mes, para tener más tiempo.

Saúl estaba ya desesperado por llegar, y no era el único, ya que el trayecto era demasiado largo, no así el vuelo de Nueva York a San Francisco, que se nos hizo corto.

—¡Por fin en tierra firme! —exclamé, antes de montarme en el coche que nos estaba esperando.

—Ni que lo digas, mi niña. Si me tienen dos horas más por los aires, me convalidan el curso de auxiliar de vuelo —dijo María, haciéndonos reír a todos.

—Como se nota que sois de Andalucía, porque casi que no exageráis, ni nada —respondió Peter, negando con la cabeza.

—Vamos, te digo una cosa, primera y última vez que viajo tan lejos. La próxima, a algún lugar que se pueda ir, incluso andando —respondí.

—Pues empieza a andar, porque a Orlando no se puede ir en patinete —me dijo Liam.

—Ah, eso sí que no, tata Nuria. Después de la *pechá* de avión que nos hemos pegado, ahora no me vengas con que a Orlando no vamos, porque soy capaz de dejarte el Palo ese —dijo Saúl.

—Palo Alto, corazón. La ciudad se llama Palo Alto —le dijo Peter al niño.

Afortunadamente, desde el aeropuerto hasta que entramos por la ciudad, el trayecto duró poco más de media hora, que se nos hizo hasta corta, viendo los paisajes que la naturaleza nos estaba regalando.

Íbamos a parar en la casa de Peter, ya que la de Liam, según me había contado, estaba alquilada.

Había quedado con sus inquilinos esa misma tarde, pues quería ponerla a la venta y, antes de ponerla en ninguna inmobiliaria, quería comprobar si ellos estaban interesados.

Cuando llegamos a la casa de Peter, nos quedamos prendadas de ella. No se podía ser más bonita, ni estar mejor situada.

Se encontraba a pocos metros del centro de la ciudad, cerca del campus universitario, pero lo suficientemente lejos para huir del bullicio.

Tenían un precioso jardín trasero, que se encontraba un poquito descuidado, al haber pasado mucho tiempo lejos del lugar, pero que, cortando un poquito el césped y arreglando las plantas que tenía, volvería a lucir en todo su esplendor.

Contaba con dos plantas muy bien distribuidas, sobre todo la planta baja, que era de concepto abierto. Desde la entrada, se podía divisar las distintas estancias que la conformaban.

—Peter, lo has puesto así para jugar a las canicas, ¿verdad? —le dijo Saúl.

—¿Qué son las canicas? —preguntó Peter, que no tenía ni idea de a qué se estaba refiriendo.

Saúl le explicó lo que era y cómo se jugaba, y se ofreció a enseñarle a jugar cuando volvieran a España.

Peter nos fue enseñando toda la casa, y nos advirtió de que, esa tarde, vendrían de una inmobiliaria para ponerla a la venta.

—Ojalá y se venda rápido, porque así, podremos volver antes —nos dijo.

—¿Qué más asuntos tienes que tratar, amor? —le preguntó María.

—Mañana mismo tengo que ir al centro, a mi empresa, a firmar el traslado y las nuevas condiciones de trabajo.

—¿Tendrás que ir a Sevilla todos los días? —preguntó el niño, mientras que él negaba con la cabeza.

Saúl se había acostumbrado a su presencia de una manera que, si se tuvieran que separar, al pequeño le iba a costar un disgusto enorme.

Menos mal que, en la empresa en la que Peter trabajaba, le habían puesto todo tipo de facilidades. Y hablando de la empresa, tenía que preguntarle como iba el tema del jefe de Carla, pues con todo el jaleo, ni me había acordado, la verdad.

En cuanto nos quedamos a solas, no perdí la oportunidad de hacerlo, pues tenía ganas de que a mi amiga le salieran las cosas bien.

—Oye Peter… ¿se sabe algo del jefe de Carla?

—Uf, con todo esto se me ha olvidado contaros nada, ni siquiera Carla lo sabe. Ahora le enviaré un correo con todos los datos.

En España, ahora mismo sería de noche, pero, a pesar de que nos caíamos de sueño, preferimos quedarnos despierto y así evitar un poquito el desfase horario.

Peter me contó que, en un primer momento, rehusó a atenderlo, diciéndole que se pusiera en contacto con el abogado de la empresa que, curiosamente, era el hermano de la mujer.

Nuestro amigo le dijo que no había problema, pero que, había intentado arreglarlo de manera amistosa.

Justo cuando le estaba diciendo eso, entraba la mujer, que ya estaba con la mosca detrás de la oreja sobre las infidelidades de su marido y, al oír hablar a Peter, se interesó por el asunto.

Su marido intentó impedirlo, pero como la empresa estaba a nombre de ella, como responsable de la misma sería ella la que tendría que tomar cartas en el asunto, o enfrentarse a la empresa de Peter en un juicio.

El momento en el que tuvo delante la copia de la demanda, su cara pasó del enfado más absoluto a la mayor de las decepciones.

Los insultos volaron en ambas direcciones, y con mi amigo como único testigo de todo.

Al final, la mujer no se lo pensó dos veces, firmó todo lo que Peter le puso por delante, para evitar una demanda de la que, no solo saldrían muy mal parados económicamente, sino que también lo haría su reputación.

Ella venía de una familia bien posicionada socialmente, por lo que, un escándalo de este tipo terminaría salpicándola.

Pero la cosa no quedó ahí, puesto que varias de las empleadas, que fueron llamadas por la mujer, reconocieron que, cada vez que llegaba una chica nueva, hasta que no pasaba por su cama, no paraba, como les había ocurrido a ellas mismas.

—Si es cierto que, según las chicas, nunca pasaba de una noche, a excepción de Carla, con la que sí que tuvo una relación duradera en el tiempo —me explicó Peter.

—Vamos, que Carla ya debe tener un dinerito en su cuenta bastante suculento —respondí.

—Y qué le vendrá de lujo —dijo María, que había llegado hacía un ratito hasta la cocina, donde estábamos nosotros.

Peter cogió su móvil y le envió un correo a Carla con todos los detalles y, contra todo pronóstico, el teléfono de nuestro amigo sonó, y era ella.

—Dime que lo que acabo de ver en mi cuenta no es cierto.

—No sé, qué es lo que has visto en tu cuenta, pero si te hace ilusión, te lo digo.

—Una cantidad indecente de dinero, y pone compensación más finiquito en el concepto.

—Pues entonces, lamento decirte que no es mentira, que es todo tuyo. Además, en mi correo tengo toda la documentación para que puedas solicitar la prestación por desempleo.

—¿También tengo derecho a cobrar eso?

—Claro, es lo que marca la ley española.

—Pues, cuando puedas me lo envías, que me voy en cuanto amanezca, a la oficina del INEM más cercano.

Peter colgó la llamada, con los gritos de júbilo de mi amiga de fondo, llamando a Mateo. Bueno, a él y a todos los vecinos, porque casi la escuchamos nosotros desde aquí.

Liam había estado guardando su ropa y dándose una ducha antes de salir de camino a su casa, donde había quedado con los propietarios.

—Si te das una ducha rápida, y te cambias de ropa, te da tiempo de venir conmigo.

—No quisiera que llegaras tarde por mi culpa, de verdad.

—Entonces… ¿prefieres quedarte aquí?

—Si no te molesta, sí. Ya mañana, si quieres, me llevas a conocer la ciudad, porque hoy no puedo con mi cuerpo.

—Está bien, quédate y descansa, pero no duermas, o luego te pasarás toda la noche en vela.

Me dejó un beso en los labios y salió de camino a su cita. Mientras, yo me di esa ducha tan deseada y me planté un pijama fresquito, porque no os podéis imaginar el calor que hacía en esa ciudad.

Peter, a pesar del cansancio, y para evitar que Saúl se durmiera, se lo llevó al jardín, donde se puso a jugar con él a la pelota, para cansarlo todavía más.

A las siete de la tarde, Liam todavía no había vuelto, así que, me preparé algo rápido de comer con la compra que había encargado Peter para esos días, y me metí en la cama.

Mis ojos decidieron que hasta ahí habían llegado, que no aguantaban ni un minuto más abiertos y nada más dejar caer la cabeza en la almohada, Morfeo se apoderó de mí.

Ni siquiera me di cuenta de a la hora que había vuelto Liam, pues no lo sentí ni acostarse. Tan solo sé que, en cuanto abrí los ojos, ahí estaba él, pegado a mí y abrazándome.

Ese día, mientras Peter iba a su oficina para dejar zanjado todo el tema legal del traslado, el resto decidimos dar un paseo por la zona.

—Me gustaría que, el primer lugar que visitáramos, fuera el Museo y Zoo Palo Alto Junior —nos dijo Liam.

—Estamos a tu entera disposición, y te aseguro que mi hijo disfrutará muchísimo —respondió María.

—Pues venga, vayamos dando un paseo, que no queda excesivamente lejos.

—Sí, además nos vendrá bien para ir moviendo las articulaciones después de tantas horas sentados en el avión —le dije yo.

El paseo fue de lo más agradable, y nos fue mostrando todos los lugares destacados de la ciudad que nos fuimos encontrando, como el Standford Theatre, la torre Hoover y el centro comercial de Stanford, al que decidimos que iríamos al día siguiente.

Toda la ciudad era preciosa, y el verde de sus jardines y parques era el más bonito que había visto en mi vida.

Si no estuviera tan lejos de España, tan lejos de mi madre, no dudaría en venirme a vivir aquí, pero con ella allí, lo tenía más complicado.

Llegamos al museo, y aquello era una maravilla. Cuando Saúl lo vio se le pusieron los ojos vidriosos, y era por la emoción.

—Gracias, Liam. Si no fuera por ti y por Peter, jamás hubiera podido ver todo esto, para mí, es un sueño del que no quiero despertar —dijo el niño.

—De nada, campeón. Y no tendrás que despertar, porque esto durará para siempre —le contestó Liam.

María, de ver a su hijo así de emocionado y de agradecido, se le saltaron las lágrimas. En un solo mes había viajado y visto más que en toda su vida, mientras que su padre, no mostraba, ni siquiera, una pizca de interés en él.

El lugar no era excesivamente grande, pero estaba tan bien organizado y planeado para los niños, que era una gozada verlos jugar.

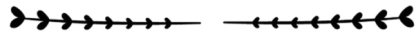
La parte del zoológico estaba pensada para ellos, para que pudieran ver a los animales sin tener que recorrer grandes superficies, y con las especies autóctonas de la zona.

Saúl se lo estaba pasando de lujo y como ya lo había visto todo, decidimos que era hora de irnos a comer.

Peter nos había avisado de que lo hiciéramos sin él, porque tardaría al menos un par de horas más. Así, también aprovecharía para comer con sus compañeros y despedirse de ellos.

Justo cuando estábamos a punto de entrar en uno de los restaurantes de la zona, escuchamos una voz de mujer que llamaba a Liam.

Capítulo 25



Liam

—¡Pero mira a quién tenemos de vuelta!

—Aida, buenas tardes —le dije.

No me lo podía creer, otra vez esta mujer dando por saco. ¿No se aburría de mí? ¿No me iba a dejar en paz en la vida?

—¿No te acercas a conocer a tu hijo? —preguntó, mirando directamente a Nuria, que se mostró de lo más sorprendida.

—Sabes de sobra que no es mi hijo, que nunca me acosté contigo.

—Si tan seguro estás, hagamos una prueba de paternidad.

—Pon el día y la hora, y allí estaré.

Intenté darme la vuelta y coger a Nuria de la mano para entrar en el restaurante, pero Aida me lo impidió.

—No sé qué historia te habrá contado, pero si yo fuera tú, no me creería nada —le dijo a Nuria.

—Si lo creo o no, es problema mío. Tú, más vale que te preocupes de informar al padre de tu hijo, pero al de verdad.

—El padre de mi hijo lo tienes delante y se demostrará, por mucho que le pese.

Se dio media vuelta y se marchó, dejándonos allí con el mal cuerpo de habernos encontrado con ella.

—Nuria, te prometo que no me acosté con ella, y te lo demostraré haciéndome esa prueba de paternidad.

—No me tienes que dar explicaciones, lo que de verdad me dolería es que te hubieras acostado con ella y me estuvieras mintiendo.

Sabía a lo que se estaba refiriendo. Si de verdad me hubiera acostado con Aida y ese hijo fuera mío, le daría igual. Ella lo que quería era que, si era cierto, se lo confesara ahora, no después de hacerme esa prueba y que saliera positivo.

El ambiente durante la comida se enrareció un poco, no sabía si era porque Aida había sembrado la duda en Nuria o porque me sentó mal tener que volver a verla.

El caso es que, cuando terminamos de comer, en vez de ir al centro comercial, como teníamos pensado, decidimos volver a casa.

Peter llegó al rato de llegar nosotros, y lo hizo exultante de felicidad. No solo había conseguido ese traslado tan deseado, sino que, además, lo había hecho con una subida de rango y sueldo.

—Lo único así más engorroso es que tendré que ir una vez a la semana a la central de Sevilla, en vez de una vez al mes como teníamos previsto —nos dijo Peter.

—Por favor, si eso, por la autopista, llegas en un pis pas —le dijo María, quitándole hierro al asunto.

—Procuraré que coincida con los días en los que tengas turno ampliado, así no tendremos que separarnos más tiempo del estrictamente necesario.

—¿Os habéis vuelto siameses y yo no me he enterado? —le preguntó Nuria, riendo.

—Más bien somos como los pajaritos esos que siempre van con su pareja, y que ahora mismo no recuerdo como se llamaban. Los del pico rojo… —contestó María.

—Mamá, esos pájaros se llaman inseparables —le dijo Saúl, que le estaba contando a Peter todo lo que habíamos hecho durante toda la mañana.

Vi como Nuria se disponía a salir a la parte trasera del jardín, esa que ya Peter había mandado limpiar y arreglar un poco, de cara a una posible venta.

Cuando salí tras ella, me la encontré sentada en el césped, mirando al horizonte, y supe que algo le pasaba.

—¿Qué te ocurre? ¿En qué piensas?

—En que, si algo no soporto son las mentiras, y esa mujer estaba muy convencida de que tú, eres el padre de su hijo, o no se hubiera atrevido a realizar esa prueba.

—Sabía que Aida había sembrado la duda en ti, pero te garantizo que no es cierto. Ella tiene esa extraña habilidad de hacerle creer a la gente cosas que no son.

—Entonces, ¿por qué la acogiste en tu casa, sabiendo cómo era?

—Porque a mí también me engañó. Me contó una película que nada tenía que ver con la realidad.

Le expliqué lo que me había dicho, como me había vendido que se quedaba desamparada y sin dinero en la ciudad, cuando la realidad era otra muy distinta.

—Si necesitas que alguien te lo cuente y que sea ajeno a mi círculo cercano, puedes preguntar en la universidad, donde fue un secreto a voces.

—No es eso, pero ponte en mi lugar, viniendo de un padre que, por un motivo o por otro, se desentendió de mí.

—Y lo hago, y te comprendo perfectamente, pero si fuera mi hijo, no habría dudado en acogerlo, aunque no tuviera nada con su madre.

Permanecimos allí un buen rato, hasta que entramos para preparar la cena. Cuando estaba en Palo Alto, respetábamos los horarios que teníamos en la ciudad, no así cuando volvíamos a España.

Saúl decía que él no podía cenar a las siete de la tarde, que esa era la hora de merendar que, después, a las diez, le volvería a entrar hambre.

—Chiquillo, no seas más pesado, si luego te entra hambre, pues vienes a la cocina y te preparas un bocadillo —le dijo su madre.

—Vale, pero no me regañes cuando lo haga.

—Saúl, corazón, una cosa es prepararse algo de comer en días puntuales, como hoy, y otra que comas entre horas, que es lo que tu madre no quieres que haga —intentó explicarle Peter.

—Si tú lo dices, pero a mí me parece lo mismo, la verdad —respondió el niño.

Nuria y María se pusieron a hacer dos tortillas de patatas, una normal y otra con verduras, así como una ensalada, mientras nosotros tres poníamos la mesa.

En realidad, María solo hizo la ensalada, pues sus tortillas quedaban un poco secas, por decirlo de una manera un tanto comedida.

Me partía de risa con el niño, sobre todo cuando le decía a la madre que estaba echando de menos los guisos de su tata Carmen, y ella se ponía toda indignada.

—Cuando volvamos a España, te vas a vivir con ella —le decía su madre.

—De eso nada, que tú lo que quieres es quedarte con Peter para ti sola —le respondía él.

—Manda cojones el asunto. Una, toda la vida trabajando para sacarlo adelante, para que llegue un guiri de mierda y me quite su cariño.

—No te lo quita, mujer, lo comparte contigo —dijo Nuria.

—De eso nada. ¿Has oído a mi hijo decir qué no, porque me va a echar de menos? Porque yo lo único que escucho es Peter, por todos lados.

—No, si al final va a terminar estando celosa de mí —murmuró mi amigo, negando con la cabeza.

Nos fuimos a la cama temprano, pues todavía no nos habíamos acostumbrado al nuevo horario y a eso de las siete de la mañana, sentimos como llamaban a la puerta.

Todos nos levantamos a la misma vez, encontrándonos en el pasillo, pero ninguno bajaba a abrir.

—¿Quién será tan temprano? —preguntó Nuria, medio dormida.

—No creas, en este país, a esta hora, ya está casi todo el mundo trabajando —contestó Peter.

—Gracias a Dios y a la Virgen del Carmen que yo no vivo aquí, sino en España —dijo María, de una manera muy teatral.

Al final fui yo el que bajó a abrir, y lo que me encontré tras la puerta, no era algo que me fuera a alegrar el día, ni mucho menos.

—¿Se puede saber qué haces aquí? ¿Cuándo te vas a cansar de perseguirme?

Nuria, que me había escuchado desde la primera planta, al igual que nuestros amigos, no dudaron en bajar a ver quién era.

Sí, como habéis podido adivinar, se trataba de Aida, que seguía insistiendo en lo mismo.

—Lo haré cuando me des lo que es mío, lo que me pertenece.

—Te pertenece una mierda, y maldigo la hora en la que me dio por ser buena persona contigo y abrirte las puertas de mi casa.

—No es a mí, sino a mi hijo, a nuestro hijo, al que le pertenece.

—¿Cuántas veces tengo que decirte qué no me he acostado contigo?

—Para quedarme embarazada, no hace falta que me acueste contigo.

—¿De qué estás hablando?

—Bueno, aquí tienes la citación en la clínica en la que nos harán las pruebas de paternidad, si no vas, emprenderé acciones legales contra ti.

Se dio media vuelta y se marchó, dejándonos allí con una cara de tontos que no podíamos con ella.

—¿A qué se ha referido con eso de que no ha necesitado acostarse contigo? —preguntó Peter.

—No tengo ni la más remota idea, te lo prometo.

—Bueno, está claro que no os habéis acostado juntos —dijo Nuria.

—Eso significa que, si se demuestra que este niño es tuyo, lo habrá hecho utilizando malas artes, y eso es lo que tendrás que intentar probar —me dijo María.

Nos sentamos en la cocina a desayunar, mientras en mi cabeza no paraba de dar vueltas a la manera en la que había podido conseguir quedarse embarazada.

—No puede ser… no creo que haya sido capaz de eso —dije, acordándome de algo.

—¿Qué te ocurre, Liam? —preguntó mi amigo, pues mi cara tendría que ser un poema.

—¿Recuerdas el día qué te conté que me había dormido muy rápido y que tuve un sueño muy extraño?

—Sí, el que te levantaste con dolor de cabeza, recuerdo que algo me dijiste —me contestó Peter.

—Me parece que, lo que me pareció un sueño, fue una realidad.

Le conté mis sospechas a todos, pero ahora, después de tanto tiempo, sería imposible saberlo.

Creía que Aida me había vertido algo en la bebida esa noche, pues no podía ser que, sin estar tan cansado como otras veces, me hubiera quedado dormido nada más empezar la película.

Durante ese sueño profundo, me pareció que alguien me hacía una felación, pero lo achaqué a que estaba soñando.

A la mañana siguiente no pude ir ni a trabajar, porque tenía una migraña como hacía años no la tenía, y que me dejó metido en la cama durante, al menos tres días. Por suerte, eso sucedió la noche del jueves.

—Tienes que denunciarlo, Liam —me aconsejó Peter.

—¿De qué valdrá esa denuncia?

—Porque, si es cierto, podrás acusarla de sumisión química, y te servirá como atenuante, irás un paso por delante de ella —me explicaba María.

—Si es cierto que ese niño es mi hijo. Si, de verdad, ella hizo eso, te prometo que no voy a parar hasta que me den la tutela de ese niño, y una orden de alejamiento de su madre.

Estaba claro que ella hizo eso a propósito, que buscó ese embarazo para tenerme atado de alguna manera.

No creo que fuera en el plano sentimental, porque tampoco es que estuviera enamorada de mí. Yo pienso que, tal vez, lo había hecho para asegurarse un nivel de vida que no tenía y que ansiaba por todos los medios.

Nadie, ni siquiera mi entorno más cercano, era conocedor de que yo había recibido una herencia hacía unos años, un dinero que no me esperaba, pues era de un tío abuelo al que no había visto en mi vida.

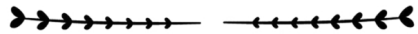
Ese dinero lo invertí, y no es que fuera Rockefeller ahora, pero sí que tenía mi jubilación bien asegurada, y la de mis hijos, llegado el caso de que los tuviera.

Pero… ¿y si ella me había investigado? ¿Y si había sido capaz de leer mi correspondencia y se había dado cuenta de que era la gallina de los huevos de oro?

Tenía que haber sido eso, que se había cegado por el dinero, porque nadie en su sano juicio, era capaz de hacer una cosa así, mucho menos con un ser inocente al que no le estás garantizando nada.

Todo apuntaba a que ese niño era fruto de un lío que tuvo con el jefe del supermercado en el que trabajaba, pero resultó que el hombre era estéril desde que contrajo las paperas, por lo que no podía ser hijo suyo.

Capítulo 26



Liam

Esa noche nos fuimos a dormir algo apesadumbrados, con la cosita de ver que pasaría al día siguiente.

Al final, Peter llamó a un amigo suyo, que trabajaba en el laboratorio de una gran compañía farmacéutica, y me dijo que, dependiendo del producto que me hubiera administrado, podría aparecer en sangre hasta casi dos años después.

Esa misma tarde me citó en su consulta, y me extrajo sangre. Me dijo que el resultado tardaría unos días, porque tenían que buscar cualquier tipo de drogas utilizadas para la sumisión química que había en el mercado, tanto legal como ilegal.

Salí de allí con la clara certeza de que, si el resultado daba positivo, en ambos casos, la llevaría ante los tribunales, y haría todo lo posible para que no se pudiera acercar a mi hijo.

Lo tenía claro, pero no le había pedido opinión a Nuria, y eso podría acarrearme problemas con ella.

No vayáis a pensar que, si ella me decía que no, renunciaría a mi hijo, ni mucho menos. Lo primero era mi obligación como padre, todo lo demás vendría de añadido.

—¿En qué estás pensando, Liam?

—Si te soy sincero, en que no te he preguntado nada sobre la decisión que he tomado si ese bebé es mi hijo.

—Ni me la tienes que preguntar, lo primero es tu hijo.

—¿Estarías dispuesta a ayudarme a criarlo y educarlo?

—Para mí, sería todo un placer que me tuvieras en cuenta para algo tan importante.

—¿Te he dicho ya qué te quiero?

—Pues, siendo sincera, la verdad es que no.

—Entonces, te lo diré un montón de veces, por todas las que me he callado anteriormente.

No era cierto, pero a ella le gustaba buscarme la lengua y a mí, me encantaba seguirle la corriente.

Esa noche volvimos a hacer el amor, hasta que ya no tuvimos fuerzas. Nuria era todo lo que necesitaba en mi vida, mi complemento, la pieza que faltaba por encajar en mi puzle.

Nos levantamos temprano, porque teníamos cita en el laboratorio a las ocho y media. Me moría por obtener los resultados, por saber qué pasos tenía que seguir.

Nada más entrar, allí estaba ella, con el bebé en brazos. Ciertamente, no tenía ningún parecido conmigo, como tampoco lo tenía con ella, pero eso, a edades tan tempranas, era difícil de definir.

—Yo pensé que no ibas a venir hoy —me dijo, con toda la maldad del mundo.

—Si que lo iba a hacer, porque, si ese es mi hijo, está claro que conseguiste mi semen de una manera, digamos que, poco lícita.

—Pero jamás podrás demostrarlo.

—Yo no estaría tan segura.

—De lo que estoy segura es de que no has dejado tu vicio por las niñas jóvenes. ¿Otra alumna?

—¿Por qué no te metes en tus asuntos, guapa? —le espetó Nuria.

—Porque no me da la gana, así de sencillo.

Aida entró con el niño de manera muy altiva en la consulta, pero como no confiaba en ella, en que le diera el cambiazo a la muestra, entré detrás.

El médico que se encontraba en su interior no me puso ninguna objeción, por lo que permanecí allí hasta que las dos muestras fueron catalogadas y enviadas en el mismo recipiente.

—Los resultados estarán en setenta y dos horas —nos dijo el doctor.

—Gracias, doctor, ha sido usted muy amable —respondí.

Al girarme, noté cierta confianza en ellos, así como un parecido asombroso del niño con ese hombre.

Llamadme paranoico, pero no me conformé con lo que había observado, sino que le pedí que me diera las muestras que había obtenido, tanto del niño como mía.

—Señor, eso no se puede hacer —me dijo.

—Por supuesto que se puede. ¿Cuánto vale esta prueba?

—Mil quinientos dólares.

—Deme las pruebas y un datafono para pagarla. No las necesito, además, no estoy conforme con que se realicen en este laboratorio.

El doctor no tuvo más remedio que hacerlo, pues lo que menos le convenía a esa empresa era un escándalo público, y yo estaba dispuesto a formarlo.

Una vez que tuve las pruebas en la mano, me giré hasta Aida, que me miraba con la cara descompuesta, pues no se podría salir con la suya.

—Me parece que tenemos delante al padre de tu hijo. La genética es muy caprichosa, a veces.

—Eso no es cierto, él está casado y no podrá mantenernos, el niño es tuyo…

—Si es mi hijo o no, lo sabremos pronto, pues pienso llevar estas muestras a otro laboratorio.

No le dije el nombre, no quería que se me adelantara o que intentara dar el cambiazo por una muestra de ese hombre, que era lo que pretendía hacer, me había quedado claro.

Al final, avisé al amigo de Peter, que me dijo que me pasara por allí, porque, además, habían encontrado algo que querían mostrarme.

Salí de la consulta con una sonrisa y, cuando Nuria me vio, notó mi cambio de actitud, en comparación con el que tuve al entrar.

—¿Me puedes explicar qué ha pasado ahí dentro para que salgas con esta sonrisa?

—Por supuestísimo qué sí, pero será lejos de este antro.

La cogí de la mano y salimos de allí apresuradamente. No paré para explicarle todo hasta que no estuvimos muy lejos de allí.

Una vez que me sentí a salvo de miradas y de oídos indiscretos, le conté todo lo que había pasado, así como le mostré la bolsa donde estaban recogidas las muestras, y que el amigo de Peter analizaría en las próximas horas.

Pusimos rumbo al laboratorio de John, que así se llamaba el chico, y que nos estaba esperando en la puerta, o no habríamos tenido acceso a él.

—Te estaba esperando, toma —me dijo, tendiéndome un sobre.

—¿Qué es esto?

—Lo que hemos encontrado en tu sangre. Si no eres consumidor de esto, que por lo que te estoy observando, no lo eres, ese día podrías haber muerto.

John nos explicó que me habían administrado un cóctel de drogas que eran para tumbar a un caballo y que, en caso de haber tenido alguna insuficiencia renal o pulmonar, me hubieran dejado, como diría María: "tieso como una mojama".

—Mi consejo es que denuncies a esa mujer, porque, si lo ha hecho contigo, es porque no es la primera vez que lo hace.

—Tengo claro que, el siguiente paso es ir a comisaría a denunciarla, pero, de todos modos, yo me vuelvo a España en unos días.

—¿Traías algo para mí? Creía que te lo había escuchado decir cuando me llamaste.

—Sí, me gustaría que me hicieras la prueba de ADN, entre estas dos muestras, por favor.

—Dame un minuto y enseguida tendrás los resultados.

—¿Tan rápido? —preguntó Nuria, que se había mantenido en silencio hasta ahora.

—En este laboratorio tenemos las máquinas más fiables y rápidas de todo el país. Venid conmigo.

Lo seguimos hasta un cuarto donde, antes de entrar, nos tuvimos que poner una bata y unos guantes, así como un gorro de papel y una mascarilla, al igual que John también hizo.

—Siento el engorro, nunca mejor dicho, pero es que necesitamos proteger todo de cualquier contaminación —nos explicó.

—No te preocupes, es lo lógico —le dije yo.

Vimos como introducía cada una de las muestras en un recipiente diferente, que introdujo en unos compartimentos de una máquina.

Eso empezó a centrifugar, como si fuera una lavadora, y al cabo de unos diez minutos, aproximadamente, arrojo un resultado, en papel, como si fuera un informe.

—Está clarísimo, la coincidencia genética es de un quince por ciento, ni siquiera sois parientes lejanos —nos dijo, entregándonos el documento.

—Gracias, John, no sé lo que hubiéramos hecho sin ti —le respondí.

Salimos de aquella habitación y, tras quitarnos todo lo que llevábamos encima, le ofrecí mi mano para que la estrechara, y lo hizo gustosamente, al igual que con Nuria.

—Que tengáis buen viaje de regreso y, para todo lo que necesitéis, ya sabéis donde encontrarme —nos dijo.

Salimos de allí con una sonrisa y yo, con la satisfacción de tener pruebas suficientes para que Aida me dejara en paz.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Para empezar, buscar un lugar donde hacer copias de estos documentos, y los dejaré en la caja de seguridad de mi banco.

—¿Con qué fin vas a hacer eso? Porque, sinceramente, no le encuentro lógica.

—Pues es muy sencillo, ahora mismo te lo explico.

Le conté que, si denunciaba a Aida, durante el tiempo que durara el proceso, no podría volver a España, y eso no era lo que yo quería, entre otras cosas, porque al día siguiente habíamos quedado para la venta de mi casa.

Quería alejarla de mí, de nosotros, pero no podía ser por la vía legal, no si pretendía volver a casa lo antes posible.

Mi idea era ir a buscarla, y ponerle la documentación por delante, para que se diera cuenta de que no hablaba en vano.

Pero no podía hacerlo con los documentos originales, porque, si mucho no me equivocaba, intentaría romperlos y acabar con ellos para seguir insistiendo en lo mismo.

—No te pienso dejar solo y que esa mujer se invente que la has agredido de cualquier forma.

—No había caído en eso, así que, vamos, quiero terminar ya con todo esto de una puñetera vez.

Nadie se podía imaginar las ganas que tenía de volver a casa, de dejar todo esto atrás, aunque pasáramos unos días en Orlando, para llevar a Saúl a los parques, ya no sería lo mismo.

Después de eso, nos esperaba una vida de tranquilidad y amor, o eso esperaba, porque el cupo de sobresaltos ya lo teníamos cubierto.

Paré un taxi y le pedí que me llevara a la dirección de Aida, pues, después me enteré de que sus padres no habían vendido la casa, sino que se la había quedado ella para poder vivir.

Otra cosa más que añadir a la lista de engaños de esta mujer. Como siguiera así, iba a ser más larga esa lista que la de los Reyes Magos.

Nos paramos en su puerta, y dio la casualidad de que estaba llegando. El bebé lloraba amargamente, pero a ella le daba igual, no mostraba ni un ápice de tener instinto materno.

—¿Qué quieres ahora, terminar de rematarme? —me preguntó, de mala manera.

—Vamos a esa cafetería, todos, tenemos que hablar.

No fue una pregunta, ni una sugerencia, sino que sonó tal y como yo quería que sonara, a orden.

Empujó el carrito del bebé, que seguía llorando desconsoladamente, hasta que entramos en la cafetería.

Nos dirigimos hasta una de las mesas del fondo, que estaban libres, y nos sentamos.

—¿Por qué llora?

—Y yo qué sé, porque le da la gana. Se pasa todo el día así, y ya estoy harta.

Nuria, sin pedir permiso, se levantó de la silla y lo cogió en brazos. El bebé, en cuanto que vio que alguien le hacía caso, que le ofrecía cariño y atenciones, dejó de llorar.

—¿Qué tiempo tiene? —le preguntó Nuria, en tono conciliador.

—Ocho meses, los peores de mi vida.

Os prometo que se me cayó el alma al suelo, porque ese niño no tenía culpa de nada, ni había pedido venir al mundo.

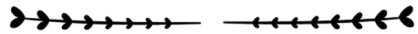
—Iré al grano, tengo estas pruebas contra ti, si no quieres que terminen en un juzgado, te aconsejo que me dejes en paz.

—¿Sabes? No quería dinero, ni siquiera tu atención. Lo único que buscaba era a alguien que se hiciera cargo de él, porque yo, no sirvo como madre —me contestó.

—¿Lo estás diciendo en serio? ¿Sabes la cantidad de mujeres que están deseosas de ser madre y el destino no les ha dado la oportunidad? —le dijo Nuria, y sabía que se estaba refiriendo a Carla.

—Pues yo les regalo el mío, que se lo vayan turnando. Aunque, visto lo visto, lo tengo claro, lo pienso dejar en algún orfanato, en cuanto tenga el dinero suficiente para marcharme lejos.

Capítulo 27



Nuria

No me podía creer lo que estaba oyendo. Desde luego que, lo que decía María era una verdad como un templo, "Dios le da pañuelo a quién no tiene nariz".

No entendía como una madre podía hablar así de un hijo, como se podía ser tan desnaturalizado y desear deshacerte de tu propio hijo.

No era porque no pudiera mantenerlo, que podría hacerlo si quisiera, porque tampoco tenía una piara de retoños a los que limpiar mocos y darles la papilla.

Tan solo lo tenía a él y, si quisiera, se buscaría un trabajo y lo podría sacar adelante. El problema era que le molestaba en sus planes de vida.

Miré a Liam, que, con mi mirada, supo lo que quería decir. Puso una sonrisa y asintió con la cabeza.

—Danos al niño en adopción a nosotros y ya no tendrás que volver a verlo, nos lo llevaremos a España —le dijo.

—¿De verdad me estás ofreciendo eso? ¿A cambio de qué?

—A cambio de nada. Lo único que quiero es que nos dejes en paz, niño incluido.

—Vamos ahora mismo donde tengamos que ir, porque si logro hacerlo, esta noche me voy a pegar una fiesta que ni cuando tenía quince años —nos respondió.

Se levantó de la mesa apresuradamente, como si le fuera la vida en ello, y a mí me cayó como un jarro de agua helada en pleno enero.

Estábamos cerca del juzgado de menores, donde ella había tenido que acudir a firmar no sé qué documentación. Por lo visto, no era la primera vez que dejaba al niño solo, de noche, para irse con su amante por ahí.

—Buenas tardes, soy Aida Velasco, y quisiera hablar con el licenciado Tower —dijo a la chica de recepción, que la miró con mala cara.

—Aida, te acabas de marchar no hace ni una hora. ¿Qué has vuelto a hacer?

—Nada, tan solo he hecho lo que el señor Tower me ha pedido. Aunque, en realidad, yo no he hecho nada, me ha caído la solución del cielo.

La chica avisó a ese señor por el teléfono interno, y cuando llegó hasta nosotros levantó una ceja en tono interrogativo.

—¿Quiénes son estos señores, Aida?

—Me dijiste antes que buscara a una persona responsable que se quedara con el niño, pues, en vez de una, te traigo dos. Ellos quieren la adopción del niño.

—¿Es eso cierto? Y, si me permiten la pregunta, ¿a qué es debido ese interés?

—Sencillamente, nos hemos dado cuenta de que no lo quiere, y me parte el alma ver a un niño tan pequeño, desprotegido —le dijo Liam.

Pasamos todos a un despacho, y el señor Tower le pidió la identificación a mi chico. En principio, como no estábamos casados y, además, yo era extranjera, se solicitaría tan solo a nombre de Liam.

Una vez que hubiéramos formalizado lo nuestro con papeles, podría pasar a adoptarlo yo, pero no tendríamos que volver hasta aquí, se podría hacer desde cualquier juzgado de España.

Mi chico le contó que tendría que ser una adopción exprés, puesto que su trabajo estaba fuera del país y yo tan solo tenía un visado de turista, que tenía los días contados.

En cuestión de horas, el equipo que llevaba el caso se puso manos a la obra, para investigar la situación financiera y legal de Liam.

—Pueden llevarse al niño ahora mismo, si quieren. Tan solo me tienen que dejar una dirección en la que podamos localizarlos, y dadme un par de días, como máximo, para montar todo el expediente.

Os prometo que no había visto a nadie tan feliz como a esa mujer, en todos los días de mi vida.

En cuanto se enteró, salió de allí escopeteada, para traernos las cosas del niño, cosas que, por otro lado, estaban para tirarlas.

La ropa estaba llena de suciedad incrustada, de no haber visto una lavadora desde que salió de la tienda y que, además, se veía que no era nueva, sino heredada de alguien, mientras ella iba que no le faltaba un perejil.

Una hora después, salimos de allí con el bebé en brazos, que no lloró ni una sola vez desde que se marchó su madre.

Lo primero que hicimos fue avisar a Peter y a María, para comunicarles que nos íbamos al centro comercial, por supuesto, después de contarle todo lo que nos había pasado.

—Nos vemos allí, amigo —me dijo Peter.

—Perfecto, os esperamos en la puerta.

Según nos había contado su madre, el niño tan solo se alimentaba de leche y alguna que otra papilla de cereales.

¿El motivo? A ella no se le daba bien la cocina y no podía pedir puré en los restaurantes a los que acudía.

Nos dijo que ya comería de todo cuando le salieran todos los dientes. Os prometo que sentía una impotencia que no podía con ella.

Una vez en el centro comercial, lo primero que hicimos fue comprarle un conjunto de ropa con el que cambiarlo y una sillita de paseo nueva, porque el pobre, con ocho meses, todavía iba metido en la capota.

En cuanto tuvimos eso, entramos en el baño, donde lo aseé con toallitas, ya luego le daría un buen baño, le cambié el pañal y lo vestí de nuevo, echándole colonia.

Lo senté en la sillita nueva, que Liam había preparado en un tiempo récord. Todo lo que llevábamos de él, lo tiramos en un contenedor de basura. No nos quedamos ni con los biberones.

—Tengo la impresión de que no ha comido, al igual que nosotros. Será mejor que entres y le compres un potito.

—Sí, porque el pobre debe estar harto de leche, además de que eso no debe dejarlo harto.

Le tendí al niño y entré en una parafarmacia, donde me hice con varios potitos, pañales y algunos chupetes, así como con varias cosas más que íbamos a necesitar antes de volver a España.

Justo en ese momento, entraban Peter y María, junto al pequeño Saúl, que no dudó en acercarse a él para hacerle una carantoña.

No había visto al niño reír tanto como hasta en ese momento. Verse rodeado de personas que le daban amor y atenciones, lo hizo volverse un niño feliz y risueño.

—Tata Nuria, él también vendrá con nosotros a Orlando —preguntó Saúl.

—Claro, mi vida, y a España, si todo sale bien —le contesté.

A Saúl se le pintó una sonrisa en los labios. Y él era el que decía que no quería hermanos, pues, me apostaba lo que fuera a que, dentro de un par de meses, ya estaba pidiendo uno.

Llegó el momento comida y, tras mirarnos raro al ver cómo le poníamos un babero, se fijó en el plato que tenía delante.

—No, no, eso no se toca, que te puedes quemar —le dije, pero sin gritos y sin enfado.

El niño retiró su manita, y empezó a fijarse que, en la mía, había una cuchara, una de bebés que compré también en la parafarmacia.

La cara de ese niño cuando le di la primera cucharada de potito fue para grabarla. Cuando descubrió esa mezcla de sabores, abrió los ojos de par en par y, con su mano, buscaba la mía para que le diera más.

Lo que nos reímos con él, fue poco. Una vez que terminamos de comer todos, lo senté de nuevo en la sillita, se cogió su chupete nuevo y se quedó completamente dormido.

La criatura lloraba, aparte de porque estaba carente de afecto, porque tenía más hambre que Carpanta, que era un personaje de comics de la época de la señora que cuidaba mi madre, que era la que lo decía continuamente.

Antes de salir de allí, compramos todo lo necesario, pero tampoco quisimos gastar mucho dinero, pues la mayoría de las cosas no la podíamos llevar en el avión, así que las más necesarias, las enviaríamos con las cajas de Peter.

El resto, las que pudiéramos comprar en España, las donaríamos a alguna asociación de las muchas que hay de ayuda al necesitado.

No os puedo decir lo bien que dormimos esa noche, con el niño a nuestro lado, en una cuna de viaje que habíamos comprado, y que nos llevaríamos entre otras muchas cosas.

—Siento haberte metido en este embolado, Liam.

—¿A mí? Si no hubiera querido, ten por seguro que no lo habría hecho, Nuria.

—¿Te has fijado qué no sabemos ni su nombre?

—Es que no lo tiene. Mientras estábamos en el centro comercial me ha llamado el señor Tower para decírmelo, ni siquiera lo ha registrado.

—Entonces… ¿será más complicado qué nos lo podamos llevar?

—Todo lo contrario, será mucho más fácil, puesto que se registrará directamente con el nombre que elijamos y con mi apellido.

Estuvimos debatiendo un buen rato y, al final, nos decidimos por un nombre que nos gustaba a los dos. El niño se llamaría Noah.

Nos despertamos temprano, como hacíamos siempre, pues, desde que llegamos, cogimos la rutina de irnos a la cama sobre las nueve, así que, antes de las siete, ya estábamos levantados.

Le di a Noah un baño para que estuviera fresquito, lo vestí de limpio y bajé para darle una papilla de cereales, pero no como las que le daba la madre, que cogía leche para adultos, le echaba cereales de paquete y la batía.

Eso, en el mejor de los casos, porque la mayoría de los días, y siempre según su versión, le daba la leche directamente de la nevera.

Se había habituado a la rutina del babero y sabía que, cuando se lo ponía, era porque le iba a dar de comer.

Después de eso, se lo dejé a María, mientras que nos duchábamos y cambiábamos nosotros, ya que teníamos cita en asuntos sociales.

—No se puede ser más bonito que tú —le dijo María.

El niño parecía que entendía, pues, en cuanto que alguien le decía un piropo, el soltaba una sonrisa de lo más simpática.

—Ven, Saúl, qué te está mirando —lo llamó Peter.

Al principio le daba como miedo, pero pasados los primeros instantes, las risas de uno y las pamplinas que le hacía el otro, se mezclaban irremediablemente.

—Ya estamos listos. Enseguida volvemos —les dije.

—No tengáis prisa, nosotros vamos a estar por el centro, llamadnos y os decimos donde vamos a estar —nos contestó Peter.

Noah iba de lo más contento sentado en su sillita, viendo todo lo que le estaba rodeando, los árboles, los colores y señalando a todo.

—Buenos días, el señor Tower nos está esperando —le dijo Liam, a la chica de recepción.

—Disculpe la intromisión, pero ese es…

—Efectivamente, el niño que traía la señora Velasco —dijo Tower.

Ambos se quedaron maravillados del cambio que había dado el niño, que, por otro lado, era un muñeco de bonito, tan solo que estaba opacado por la mugre y la desatención que tenía.

Ya teníamos todos los documentos listos, podíamos salir del país con él. El día anterior, por si alguien nos paraba o por si a la loca esa le daba por denunciar la desaparición del niño, que todo podía pasar, nos dieron un documento de amparo de un menor.

A mi madre no le había dicho nada, como tampoco lo hice con mis amigas. Queríamos que fuera una sorpresa, y qué se la iban a llevar, era algo que estaba clarísimo.

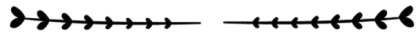
No quisimos estar más tiempo en la calle, porque hacía un calor asfixiante, y, al igual que nuestros amigos, optamos por volver a casa.

Buscamos un vuelo al día siguiente para Orlando, pero sin decirle nada a Saúl, para él, sería un vuelo de rutina para un trámite de los que tenía que hacer Peter.

Nuestro amigo había vendido la casa en tiempo récord, y como Liam también lo había hecho, ya no teníamos allí nada pendiente. Volvíamos a casa.

Peter tenía ya todas sus pertenencias recogidas, y esa misma tarde, avisaría a una empresa de mudanzas internacionales para que se lo llevaran a España. Puso como fecha de entrega cinco días después, y así estaría seguro de poder recogerlas.

Capítulo 28



Liam

No os podéis imaginar la cara de ese niño cuando vio a donde lo habíamos llevado. Lloró como si no se lo terminara de creer, provocando que a todos nosotros se nos saltaran las lágrimas.

Era un niño tan sumamente agradecido, que pocos había visto en mi vida como él, os lo prometo.

—Me habéis engañado, mi madre me dijo que íbamos a no sé, qué trámite de Noah —nos decía.

—Pero… ¿te ha gustado la sorpresa? —le preguntó Peter.

—¿Gustarme? Eso es poco. Hacedme muchas fotos, que cuando vuelva a clase este año, pienso contarles a todos donde he estado. Este año ya no me pienso callar.

—¿Por qué te callabas antes? —preguntó mi amigo.

—Porque, decir que habías estado en la playa o que habías ido al cine, se podía hacer en cualquier época del año. Mis amigos siempre viajaban, aunque fuera aquí al lado, y yo no lo había podido hacer nunca.

Su madre se tuvo que dar la vuelta para llorar a gusto, mientras Nuria la consolaba.

Ella se mataba a trabajar para poder darle de comer y pagar el alquiler de la casa, pero su dinero ya no llegaba para más.

Jamás pudo sacarlo de vacaciones a ninguna parte, mientras que su padre se pegaba un viaje con su nueva familia todos los años, subiendo las fotos a las redes sociales.

—Saúl, te prometo una cosa, pero tú también me tienes que prometer otra a cambio —le dijo Peter.

—Venga, pero tú primero, a ver si no me va a convenir.

—Te prometo que, todos los veranos, viajaremos durante al menos una semana, donde tú quieras, pero a cambio…

—A cambio te prometo que me pondré las pilas y estudiaré todos los días, le haré caso a mi madre y seré el mejor hijo del mundo —respondió el niño.

Ambos se fundieron en un abrazo, y vi como mi amigo se secaba las lágrimas con disimulo.

Fuimos al hotel a dejar las cosas, y nuestra primera parada, fue el parque Disney, como no podía ser de otra manera.

Peter se volvió loco ahí dentro, y compró gorras de orejas para todos, para las chicas de Minnie, y para nosotros y los niños, de Mickey. Sabía que mi chica querría llevarles algún detalle a sus amigas, y no me lo pensé.

Había visto una pulsera de esas que llevan los muñecos a modo de colgantes, que eran preciosas, y entré a comprar cinco iguales, una para cada una.

Peter, que me había visto entrar, hizo lo mismo, pero con unos pendientes y unas camisetas. Al final, salimos cargados de bolsas que fuimos dejando en la parte baja de la sillita de Noah.

Pasamos un día estupendo y, aunque no nos daría tiempo de verlo todos en tres días, sí que queríamos que el niño viera los que más le gustaba.

Era un fan incondicional de la saga de Harry Potter, así que, cuando se enteró de que el parque temático estaba cerca, no dudó en pedirnos, por favor, que lo lleváramos.

Esa sería la visita del día siguiente, pues ahora tocaba volver al hotel, donde teníamos contratada una cena con los personajes.

Tanto el niño, como Noah, iban ataviados con uno de los trajes de los personajes, en concreto, Saúl iba del vaquero de Toy Story y a Noah lo vestimos de Mickey.

Disfrutaron como no os podéis imaginar, y al volver a la habitación, tanto niños como mayores, caímos rendidos.

No es que se nos hubiera pasado la pasión con nuestras parejas, pero ya tendríamos tiempo para eso cuando volviéramos a casa. Ahora era el momento de ellos, y así queríamos que lo vivieran.

La entrada en el "The Wizarding World of Harry Potter" fue sencillamente alucinante.

Nada más llegar, te encuentras que la recepción es el andén nueve y tres cuartos, y al atravesarlo, sales directamente al "Callejón Diagón".

Nos faltó tiempo a los tres para entrar en la tienda de varitas, donde nos hicimos con una cada uno. Evidentemente, las nuestras eran de colección, mientras que la de Saúl era de esas interactivas.

A Noah, al ser tan pequeño, no le compramos ninguna, ya heredaría la de su primo, porque así lo llamaba Saúl.

Otro día espectacular, pero en el que terminamos con los pies como el Yeti, de hinchados que los teníamos.

Y el tercer y último día del viaje, en el que nos iríamos al parque acuático. Noah no tenía bañador, así que le compramos esos que venden que son como pañales, y así, si se hacía pipí o caca, sería más fácil limpiarlo que si lo hacía en un bañador normal.

Aunque menos estresante, sí que fue igual de cansado. Nos hicimos fotos de todos los colores y en todas las posturas habidas y por haber.

Nos reímos lo más grande cuando, Saúl, en un arranque de valentía, decidió tirarse desde uno de los toboganes más altos.

Menos mal que se encontraba Peter esperándolo abajo, porque, de no ser así, el niño hubiera dejado la piscina sin agua, de toda la que tragó.

Pero lo mejor fue María, que, en vez de preocuparse por él o preguntarle, en cuanto que vio su cara saliendo del interior de la piscina, empezó a reír a carcajadas, hasta el punto de que tuvo que salir corriendo para el baño.

—Y después se pregunta por qué te prefiero a ti —le dijo Saúl a Peter, completamente indignado.

Su madre no se enteró, o hizo como que no se había enterado, que también podía darse el caso, y salió pitando hacia el baño.

Esa noche no dormiríamos apenas nada, al menos los mayores, porque los niños, estaba seguro de que lo harían en el vuelo hasta San Francisco.

Llegamos al hotel a lo justo para darnos una ducha, coger algo de cenar y recoger nuestras cosas, pues teníamos que estar en el aeropuerto a las ocho y media.

El aterrizaje en San Francisco estaba previsto sobre las tres de la mañana, y el vuelo hasta Nueva York salía a las cinco. Para no ir cargando con maletas, pusimos el equipaje directo a Nueva York.

Tan solo nos quedamos con unas pequeñas mochilas con ropa y la bolsa de Noah, ni siquiera el carrito de bebé, pues lo pusimos para recogerlo allí. Nos iríamos turnando para llevarlo en brazos.

Ese vuelo no se hizo tan pesado como el de ida, aunque todavía nos quedaba el peor, que era el de Nueva York a Madrid. Ahí sí que nos la tendríamos que apañar para que los niños estuvieran distraídos, porque, además, nos cogería el horario de día.

No me refería al horario físico, al que marca el reloj, sino a nuestro reloj biológico, que tendríamos que sincronizar de nuevo cuando llegáramos a España.

Por suerte, todavía teníamos vacaciones y podríamos hacer el cambio paulatinamente, porque, si no, iba a ser un desastre para todos tener que trabajar con el desfase horario en el cuerpo.

—Venga, chicos, ¿preparados para la vuelta a casa? —les dije, a punto de embarcar en el vuelo que nos llevaría hasta Madrid.

—Yo tengo ganas ya de estar en mi casa. Peter, el trato que hemos hecho, que sean viajes más cortitos, por lo que tú más quieras —dijo Saúl.

Al final, no había dormido lo suficiente, por lo que, si todo iba bien, puede que gran parte del vuelo a Madrid lo pudiera hacer durmiendo.

El problema era Noah, que no se había subido nunca en un avión y no sabíamos cómo iba a reaccionar, puesto que los dos que habíamos abordado ya, los había pasado en el quinto sueño.

—No creo que nos dé muchos problemas, Liam.

—Yo tampoco, pero a él no podemos darle un chicle para que se relaje.

—No, pero yo traigo sus chupetes y sus mordedores.

Nuria sacó una bolsita con todo tipo de artilugios que había comprado para le dentición del bebé.

Tal y como habíamos supuesto, Saúl se pasó la mayor parte del viaje dormidito, y cuando se despertó, se puso a jugar con uno de los juegos que se compró en Orlando, así que no dio ningún tipo de lata.

Noah, al principio se asustó un poco con el despegue, pero cuando el avión se estabilizó, se volvió a quedar tranquilito.

Iba sentadito en mi regazo, mirando por la ventana las nubes, pues los trayectos anteriores había sido Nuria la que había cargado con él.

Antes de embarcar, avisé a Francisco para que pusiera todo en marcha, ya que no nos daba tiempo a nada, pues el siguiente vuelo que sería de Madrid a Jerez, salía una hora después de nuestro aterrizaje.

En Nueva York, facturamos el equipaje directo a Jerez, y así no tendríamos que perder el tiempo en volver a facturar maletas, o podríamos perder el vuelo.

Muchísimas horas después, estábamos entrando por el portal del edificio. Serían como las tres de la tarde, pero para nosotros era como si fueran las tres de la mañana.

Antes de emprender el camino de regreso a casa, y en el mismo aeropuerto, nos dispusimos a comer algo y a darle de comer a los niños.

Sabía que, sobre todo con Noah, sería muy difícil, pues seguía teniendo el horario anterior, pero, al menos, podríamos ir acostumbrándolo.

—¿Y ese niño? —dijo Carmen, desde la barandilla del pasillo que daba al patio.

—Ahora te contamos, pero vete haciendo a la idea de que ya eres abuela —le respondió Nuria.

La cara de espanto que puso Carmen era para grabarla. Lo que nos reímos fue poco, y ella sin moverse.

—¿Qué pasa, se te han paralizado las piernas, o qué? —le preguntó María.

—Perdón, perdón, aviso a Hans y que baje a echaros una mano —contestó Carmen.

—Eso mamá, tú los riñones hasta con la etiqueta, por si puedes descambiarlos cuando te haga falta otra cosa —le dijo Nuria.

La mirada que le echó fue de lo más incendiaria. Si por ella hubiera sido, la habría cogido por los pelos, y con toda la razón del mundo.

Si alguien había trabajado en esta vida, esa era Carmen, que no dudaba en coger cualquier cosa que le salía para sacar a su hija adelante.

Al final, bajó ella también, pero no os vayáis a creer que cogió una maleta o alguna de las bolsas, para nada. Ella cogió al niño en brazos, que, por otro lado, parecía que la conocía de toda la vida.

—Desde luego, mira que es bonito mi nieto. Ahora vengo, que se lo voy a enseñar a las vecinas —nos dijo, y desapareció.

—Esta mujer es de lo que no hay. Primero, pone cara de asustada y ahora, está encantada con la noticia —dijo Nuria, negando con la cabeza.

Capítulo 29

Nuria

En cuanto subimos a mi casa y llegó mi madre con el niño, miró a mi padre, que le devolvió la mirada, como asintiendo a lo que ella le estaba preguntando.

—Venga, mamá suéltalo.

—Verás, tu padre y yo hemos estado hablando y pensando mucho durante todos estos días…

—Y, supongo, que habéis llegado a una conclusión que, de un modo u otro, me va a afectar.

—Hija, tu madre y yo nos vamos a ir a vivir juntos, por lo que, esta casa, se quedará para vosotros dos —dijo mi padre.

—No quiero que alquiles habitaciones, porque no lo vas a necesitar —continuó mi madre.

—Claro, porque yo ahora me alimento del aire, fíjate.

—No, cariño, pero con mi sueldo, más mis inversiones, podemos vivir tranquilamente.

—¿Y ser una mantenida? Por encima de mi cadáver. En cuanto empiece el curso y el niño vaya a una guardería, me pongo a buscar trabajo.

—Eso es lo que te queríamos decir. Hemos visto un local en la calle Ancha, que sería ideal para montar una gestoría, una que podéis llevar entre las tres — dijo mi padre, refiriéndose a Carla, Daniela y a mí.

Se puso a explicarme todo lo que había pensado hacer, desde las reformas hasta los tipos de contratos, en el que seríamos tres socias, pero que la capitalista sería yo.

No me desagradó la idea, entre otras cosas porque sabía que, a mis amigas, les hacía falta ese trabajo y si yo podía brindárselo, pues mejor que mejor.

Con respecto al niño, le contamos a mis padres todo lo que había sucedido, así como sentimos que no podíamos dejarlo desprotegido, y lo entendieron perfectamente, por lo que nos felicitaron por la decisión tan valiente que habíamos tomado.

Les entregamos los regalitos que habíamos comprado en Orlando, y ella se vio de lo más favorecida con esos pendientes y esa pulsera, que, por otro lado, las teníamos todas iguales.

Avisé a mis amigas, pues quería ponerlas al día, y quedamos los seis en vernos en el bar de Menchu, a la que también le había traído un regalito, pero más acorde con ella y sus necesidades.

Menchu no podía llevar pulseras ni anillos en el bar, ya que la normativa lo prohibía, pues se podía caer en el interior de cualquier plato o recipiente, por lo que a ella le compramos un bolso, que le encantaba.

Cuando llegamos, ya estaban los cuatro allí, y me miraban como si no se pudieran creer lo que estaban viendo, ya que iba empujando el carrito de Noah.

—¿Cuánto tiempo has estado por las Américas? ¿Mira qué si has entrado en un túnel del tiempo de esos? —dijo Daniela.

—Tú, y tus conspiraciones paranoicas —le contesté, dándole un beso en la mejilla.

—Tiene razón, por primera vez, la tiene. Cuando te marchaste no estabas ni embarazada y apareces con un bebé que tiene… ¿siete u ocho meses? —dijo Carla, que también se había levantado para saludarme.

—Mira que sois ansiosas, de verdad. Dejadla que hable y seguro que os enteráis de todo —les recriminó Mateo.

Una vez que tomamos asiento y que repartí los regalitos, menos a Menchu, que no había llegado todavía, me puse a contarles la historia de Noah.

Me fijé en las lágrimas de Carla, y en como Mateo le sujetaba la mano para darle ánimos. También me fijé en la rabia que reflejaba Daniela, y que no sabía disimular.

—Tiene cojones que algunas queramos ser madres y lo perdamos, mientras que otras, que tienen esa bendición, tiran a sus hijos —dijo Carla.

—Amiga, todo se paga en esta vida, te lo aseguro —respondió Daniela.

Estuvimos un buen rato hablando de todo el tema del viaje, y llegó el momento cotilleo. Lo del trabajo había decidido dejarlo para el final.

Nos contaron que, al final, Alex había venido una tarde, llorando a casa de Daniela, diciéndole que lo perdonara, que había sido un idiota que se dejó llevar por las palabras y consejos de su madre.

Para la señora del agua, como así la llamábamos desde aquel día, toda mujer que no tuviera un mínimo de ceros en su cuenta no era digna de entrar en su familia, y eso le inculcó a su hijo.

Alex pensaba que tendría siempre a Daniela ahí, a su entera disposición para cuando a él le saliera del alma, pero al verla feliz junto a Felipe, se dio cuenta que la perdía.

—Supongo que lo mandarías a tomar viento, ¿no? —le dijo Liam.

—No, a tomar viento no, lo mandé al carajo, directamente y sin pasar por aduanas —le contestó ella.

Lo dijo en un tono que no pudimos más que empezar a reír a carcajadas, porque, además de eso, fueron también las caras que puso.

—Desde entonces, cada vez que me cruzo con él, me mira con aires de superioridad, como si yo me lo hubiera inventado, vamos.

—Esa gente es así, lo que no sé es como no me di cuenta antes —respondí.

Ahora le tocaba ponerse al día a Carla. Habían sido cinco semanas las que estuvimos fuera, pero veintiún días muy intensos, demasiados.

—Pues si esto te ha sorprendido, deja que te cuente la última de mi querido jefe.

—A ver, sorpréndenos con la genial idea que se le ha ocurrido —le dijo Liam.

—Me ha denunciado…

Carla nos contó que le había llegado una demanda porque, según él, ella se había practicado un aborto sin su consentimiento, pues era el padre de la criatura.

Como comprenderéis, eso no fue a ningún sitio, entre otras cosas porque el aborto que sufrió mi amiga fue espontáneo, y no programado.

Nos explicó que su mujer, después de eso, le puso las maletas en la puerta y lo despidió de la tienda. Ahora, que no tenía adónde ir ni nadie que lo mantuviera, estaba como loco para que mi amiga volviera con él.

No porque estuviera enamorado, ni mucho menos, sino por tener un techo y un plato de comida caliente, del que carecía sin su esposa al lado.

Le contó todo tipo de patrañas, como que había sido él el que la dejó, que se había dado cuenta de que estaba completamente enamorado de ella. Y así, mil excusas más.

—Le costó entender que lo nuestro estaba más que finiquitado, y que ahora, soy feliz con otra persona —me dijo, y se volvió para darle un beso a Mateo.

Y llegó mi turno de contarles las buenas noticias. Cuando les conté los planes de mi padre, Carla no dudó en decirme que ella quería contribuir y pagar su parte del tirón, no en pequeñas cantidades, como había sugerido mi padre.

—Amiga, no sabemos si irá bien o irá mal, deja ese dinero guardado para lo que te pueda hacer falta.

—Ves, yo ese problema no lo tengo. Como no tengo un duro, o lo pago a plazos, o me quedo en tierra —bromeó Daniela.

—Sabes que, en tierra, no te vamos a dejar nunca, así que, no digas más tonterías, por favor —le contesté.

Quedamos en que iríamos al día siguiente, junto a mi padre, a ver el local, y si estaba en tan buenas condiciones como nos habían contado.

Teníamos claro que, si había que hacerle mucha reforma, buscaríamos otro. No era algo que tuviéramos que hacer de un día para otro, pues acabábamos de terminar la carrera, y ahora nos tocaba disfrutar unos meses.

Al volver a casa, por primera vez en mi vida, sentí ese arraigo de familia. No teníamos papeles, ni siquiera el niño compartía nuestra sangre, pero así nos consideramos.

Esa noche fue un poquito porculera, en el sentido de que Noah tenía los horarios cambiados, y el día anterior, con eso de los aviones, lo dejamos dormir bastante, y ahora decía que iba a dormir Rita, porque lo que era él, más bien, no.

—Mañana, cuando se quede dormido, lo despertamos, o tendremos siempre el mismo problema —me dijo Liam.

—Mañana, la que se va a quedar dormida voy a ser yo, y tú, te encargas de despertarnos a los dos —le respondí.

Al final, me fui al salón con el niño, y le puse los dibujos animados en la televisión y a eso de las dos de la mañana, se quedó frito.

No lo moví siquiera, lo dejé en la cuna de viaje en la que se había quedado dormidito y me recosté en el sofá, quedándome dormida yo también.

No os puedo decir cómo, pero a la mañana siguiente, aparecimos los dos en el dormitorio, yo cómodamente en mi cama y él igual que yo, pero en su cuna.

Escuché como Liam recibía una llamada de teléfono y me desperté. Estaba hablando como en susurros, y oí como le decía a quien fuera que bajaba enseguida.

Se puso unas zapatillas y una camiseta, y salió de la casa. Ahora que el niño debería de estar despierto, se encontraba en el quinto sueño, el capullo.

Me moría de curiosidad por saber que ocurría, así que, me levanté de la cama y me asomé al balcón, pero no alcance a ver quién estaba dentro del coche en el que se montó.

Lo esperé allí, al pie del cañón, y deseando que me diera la cara, me iba a tener que explicar muy bien a dónde había ido y con quién se había montado en ese coche.

Algo ocultaba, porque, de no ser así, me habría dicho que se marchaba y si tardaba o no.

Cinco minutos después, ahí lo tenía entrando por la casa y silbando, como si no pasara nada.

—¿Se puede saber de dónde vienes?

El pobre dio un salto del susto que le di, que casi vuelve a salir otra vez, aunque en esta ocasión, por la ventana.

—Me cago en la leche, Nuria, que casi me da un infarto.

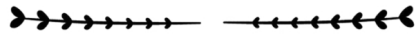
—El infarto me va a dar a mí, como no me contestes.

—Desde luego, no eres para una sorpresa ni para nada. Anda, ponte algo que voy a coger al niño y bajamos.

—¿Para qué?

—Para que veas el regalo de cumpleaños de tu tío y tu madre.

Epílogo



Liam

Quince años después…

Desde que llegué a esta ciudad encontré en ella todo lo que necesitaba, la tranquilidad, la estabilidad, pero, sobre todo, el amor.

Nuria y yo, a pesar de tener nuestros altibajos, como todas las parejas, nos queríamos más que el primer día, y nuestros hijos eran conscientes de ello.

Sí, hijos, en plural, pero será mejor que os cuente todo tal y como ha sucedido, y desde el principio…

Empezaré con nosotros, aunque esté feo, pero así lo entenderéis todo mucho mejor.

Ese día, cuando Nuria bajó a ver el coche, no solo se encontró eso, sino que también había una pancarta enorme que decía: "Nuria, mi amor, ¿te quieres casar conmigo?"

Le costó verla, no voy a ponerme galones de que la vio la primera y que se emocionó, porque no ocurrió así.

El coche le hizo una ilusión tremenda, y no levantó la mirada hasta que Daniela, que también me había ayudado a colocarla, la increpó para que me contestara.

Por supuesto, me dijo que sí, y nos casamos al año siguiente, cuando Noah tenía casi dos añitos.

En nuestra luna de miel en Roma, pues decía que ni muerta se volvía a subir tantas horas en un avión, lo dejamos al cuidado de Peter y María, y a nuestra vuelta, ambos nos sorprendieron con un embarazo.

En mi caso, fueron mellizos, un niño y una niña, que se llamaban Liam y Roma, en honor a la ciudad en la que fueron engendrados.

Menos mal que no nos dio por hacerlo en Tombuctú o algo parecido, sino la pobre niña iba a arrastrar un trauma durante toda la vida.

Mis mellizos tenían catorce años, mientras que Noah ya tenía dieciséis. Y, hace un par de años, nos encontramos con la sorpresa de otro embarazo. No fue buscado, os lo prometo, aunque yo insistía en que quería tener más hijos.

Y de esa sorpresa, nació Triana, una niña preciosa que era igualita que su abuela. Y sí, lo que estáis pensando, a la niña también la engendramos allí una Semana Santa que nos dio por hacer una escapada romántica.

En cuanto salió del paritorio me lo dijo bien claro, o te cortas el pajarito, o no sale más a cantar. Y eso hice, me operé en ese mismo mes y me hice una vasectomía.

Triana tenía dos añitos, y estaba para comérsela. Era el juguete de todos sus hermanos.

En cuanto a lo laboral, yo seguía en la universidad, impartiendo mis clases de economía y algún que otro seminario, y estaba de lo más realizado.

Nuria y sus amigas, montaron esa gestoría que, con el tiempo, se había convertido en una de las más prestigiosas de la ciudad, y tuvieron que contratar a más gente para que les ayudaran.

Con respecto a Peter y María, en cuanto se enteró que estaba embarazada, se la llevó a una notaría y se casaron por lo civil

No hubo grandes aspavientos ni nada parecido, sino una ceremonia íntima con los amigos y listo.

Peter consiguió que el padre de Saúl renunciara a él, por lo que pudo adoptarlo y convertirse en su padre de pleno derecho.

A mi amigo le costó su buen dinerito que aceptara, pero eso él nunca se lo contó a su mujer, no quería verla sufrir más.

Tuvieron una niña, preciosa, que se llamaba Carmen, como su mejor amiga y la persona que más la había ayudado en la vida. Tenía trece años, como nuestros mellizos e iban a la misma clase.

Carmen y Roma eran inseparables, mientras que su hermano, lo era de otro de los chicos de nuestra pandilla. En este caso, de Carla y Mateo.

Sí, finalmente, la cosa cuajó y fueron padres de un hijo, que se llamaba Mateo, como su padre. Después de eso, quisieron volver a ser padres, pero ya no pudieron, y se dieron por vencidos.

Entre Daniela y Felipe la cosa se enfrió, sobre todo cuando él decidió volver a Madrid una vez que se doctoró en Medicina, pues decía que allí tenía más posibilidades de trabajar que aquí.

Mantuvieron su relación durante unos meses más, hasta que la cosa se volvió insostenible y decidieron dejarlo.

Daniela había conocido a un chico hacía ya unos años, y vivían juntos, pero ellos habían decidido que no querían ser padres, por lo que se dedicaban a viajar y disfrutar de su tiempo libre a solas.

Os estaréis preguntando que pasó con Kyle y Hugo, pues ahora mismo os lo cuento.

Kyle, nada más llegar a Nueva York y ver que no podía estar separado de Hugo, habló con sus padres. Tal y como esperaba, le pusieron la Samsonite en la puerta y les dijeron que se marchara.

No se lo pensó, me llamó una noche por teléfono, por si podía ayudarlo a volver, y enseguida le envié dinero y los pasajes para que volviera.

No se establecieron en nuestra ciudad, ni el pueblo de él, lo hicieron en Sevilla, donde ambos encontraron un trabajo muy bien remunerado, y con el que poder vivir tranquilos.

Se casaron hace unos años y fueron padres a través de una gestación subrogada, por supuesto, tuvieron que hacerlo en los Estados Unidos, pero querían que los niños fueran uno de cada uno, como así fue.

El mayor, Daniel, era igualito que Hugo, y el pequeño, Mario, se parecía a Kyle una barbaridad. Tenían cuatro años y eran dos petardos de cuidado.

—¿En qué piensas, amor?

—Pues en que, gracias a Aida, tengo todo lo que quiero en mi vida.

—¿Gracias a esa mujer? Te recuerdo que la que tuvo que empujar para traer a estos monstruitos al mundo, fui yo.

—No mujer, no me refiero a eso. Lo que digo es que, salí de allí huyendo de ella y de su acoso y terminé aquí, en esta bellísima ciudad, donde te conocí.

—Bueno, también tenemos que agradecerle la presencia de Noah.

—Sé qué, de todos nuestros hijos, es tu preferido, a pesar de ser el único que no es biológico.

—Quizás por eso es por lo que lo quiero tanto, o porque fue el primero que me llamó mamá.

—¿Eres feliz?

—Tanto que a veces me da hasta miedo.

—Te quiero, mi vida.

—Pues yo, te amo.

Puedes encontrarme en:

Facebook: Martina Leiva
Instagram: @martina.leiva.escritora